

*Margarida CASACUBERTA i ROCAROLS*

***SANTIAGO RUSIÑOL: VIDA, LITERATURA I MITE***



*Dirigida per Jordi Castellanos i Vila*

*Departament de Filologia Catalana  
Facultat de Lletres  
Universitat Autònoma de Barcelona  
1993*

## Otra vez desde el carro. De Manlleu a San Feliu (III)<sup>16</sup>

Sr. D. Modesto Sánchez Ortiz.

Querido amigo: ¡Fuego!!! ¡Fuego!!! Este grito desgarrador, que lanzó Casas, acompañado de un fuerte empujón en mis espaldas, me despertó súbitamente, allá en el fondo del carro. ¡Válgame Dios y los doce apóstoles! Teníamos fuego a bordo. ¡Nuestro porvenir estaba ardiendo! Naturalmente, despertado de modo tan repentino, aunque seriamente motivado, sobresaltéme. Vi que nuestro carro ardía, que una columna de humo se levantaba de nuestros mismos pies; ver el fuego y comprender lo que nos estaba sucediendo, fue cosa de un instante. Nada, nos estábamos quemando. Nos dormimos con el cigarro encendido, sin contar que un carro es cosa de naturaleza tan delicada, que le basta una chispa para dar al traste con toda su arboladura y con todas las ilusiones que de ése nos hubiéramos forjado.

El primer paso, ante tal calamidad, fue bajar del vehículo y ponernos a salvo antes que todo, porque creímos que esto es lo más prudente en estos casos. Afortunadamente, el teatro de nuestra expedición tiene más anchas aberturas que los demás teatros, y como salimos sin aglomeración y con gran comedimiento, sin daño personal pudimos salvarnos todos, conservando una sangre fría que nos honra más o menos.

Ya en tierra firme, del primer tirón salvamos también la maleta en que iba el capital. Luego, con otro esfuerzo, pudimos retirar, no sin riesgo de quemaduras, el colchón de paja que era el foco del incendio y, ya despejado el local, fuimos apagando el resto a garrotazos, y tirando puñados de tierra, para aislar el elemento voraz.

Lo logramos por fin, sin ayda de autoridades y, entre el caballo y nosotros, dominamos que había de dominar. Hay que decir en honor a la verdad más extricta, que el caballo se portó de una forma exquisita. Estoy por decir, y lo digo, que tal vez se asustó mucho menos que nosotros, pues en su expresivo semblante, ni notamos movimiento de sorpresa ni nada que

---

<sup>16</sup> *La Vanguardia*, 9-VIII-1892.

tuviera asomos del menor miedo. Estuvo, pues, a la altura de su cargo.

Repuestos ya del susto, con un poco de aguardiente, gran licor para estas y aun para otras circunstancias de menos compromiso y sobresalto, examinamos los destrozos. Por de pronto, el *sliping-car* estaba echado a perder y ¡ay! las siestas aquellas se acababan para siempre; luego el *velarium* tenía algunas cogidas por donde, desde entonces, entraría el sol con desparpajo, y además habían sufrido las esteras y algún otro chirimbolo.

Pero estaban intactas las rueds, y rodando ellas, andando el tiempo y el caballo y conservando nosotros el buen humor y la constancia por la noble empresa que llevábamos de competir con todo ferrocarril advenedizo, se podía ir muy lejos. Con esta fé en el corazón, y bajo los rayos del sol, continuamos, pues, con dirección a Gerona.

Andábamos por unas montañas rasas, andábamos por una serie no interrumpida de torrentes en los que por una combinación de subidas y bajadas se había logrado imitar un camino, que si no lo era lo hubiera podido ser, y andábamos mal (es preciso confesarlo), pero como esperábamos encontrar la carretera real de España a Francia, no protestamos, teniendo la esperanza en el porvenir y presintiendo momentos más venturosos.

¡La carretera real! Ojalá no la hubiéramos encontrado! ¡Qué carretera, Dios mío! qué barranco! qué abandono y qué ruinas! Es imposible formarse idea aproximada, no padeciéndola, hasta qué punto puede llegar una carretera real, que tendría que ser una real carretera de primera clase (según cantan los documentos grabados con indelebles caracteres de granito) en esta mísera España! No de granito ha de tenerse la cara, sino de bronce para que no enrojezca de vergüenza. Figuraos un camino, ancho a trechos y a trechos angostísimo, lleno de hierba, inundado por los campos, surcado profundamente, y lleno de arroyos y torrentes que lo surcan a gusto y capricho de las lluvias. Figuraos que allí, desde años, nadie toca nada si no es para destruirlo, que se borran hasta las señales de lo que fuera camino, que los hermosos plátanos sirven de leña al que quiere tomarse la pena de arrancarlos y que los pocos que ni sirven para eso, yacen tronchados, por el suelo, muertos de mano airada.

Figuraos que por allí no se ve cruzar ni un carro, que aquella vía, en su quietud, tiene algo de la *Via Apia* y en su desolación parece que conduzca al fin del mundo, a países muertos o a deshabitadas pampas.

Puntos hay en los que el carro apenas tiene sitio para pasar, arrollado el camino por terrenos desprendidos, que por lo viejos parecen ya geológicos, puntos en los que aquel camino de *primera* se convierte en istmo estrechísimo, en precipicio ridículo; puntos, enfin, en que ensanchándose, continúa otra llanura destruida, inmensa, de una igualdad que atrista el ánimo y deja el cuerpo abatido.

Por ahí anduvimos horas y horas, que nos parecieron de un meridiano aburrido, sin encontrar alma viviente. Aquel camino parecía ser tan sólo para nosotros y deseábamos llegar a alguna parte, a cualquiera, con tal de salir de aquella línea recta que parecía sin término. Por fin, empezamos a encontrar algún plátano macilento y el hecho de estar tan sólo moribundo, si bien con heridas mortales, hechas de mano *humana* en el tronco, nos indujo a creer que pronto llegaríamos a poblado.

Realmente, al volver un cerro, advertimos con gran contento los conocidos campanarios de la inmortal y pintoresca Gerona y entramos en ella por donde entraron sin duda los franceses; pero con menos dificultad. Era ya tarde y bien poco pudimos ver de tanto y tan bueno como encierra la población. No pudimos gozar con recogimiento de sus tesoros artísticos, de sus calles, en cuya angostura no caben sus recuerdos y se esparcen por el mundo, de sus legendarias murallas y de sus íntimos y solitarios rincones que están hablando a la mente, como libro lleno de páginas gloriosas. No obstante, sentados en las amplias escaleras de aquella enorme catedral, teniendo a los pies esa yerba que nace en las junturas de las abandonadas piedras, teniendo a cada lado largas y desnudas paredes donde la vista reposa, y delante la esbelta aguja de San Feliu, destacando sobre un cielo moribundo, todavía pudimos disfrutar de aquel descanso solemne; de aquella soberana quietud, que tanto habla a la memoria, de aquella dulce nostalgia que sólo se respira a la sombra de tan viejos monumentos. Todo callaba. Callaba el aire, y dejaban de gritar las mismas golondrinas que daban vueltas a los altos campanarios. Sólo en ellos, de vez en cuando, lloraban las campanas, contestaban allá a lo lejos otras voces de metal dulcificadas por el aire. Era aquello un coro sin notas, la misma esencia del arte, el aire de la poesía que vibrante vagaba por allí y que nos daba a pensar que si yendo en carro el cuerpo sufre molestias, en cambio proporciona momentos al espíritu como ése, que compensan con creces las miserias de nuestro pobre organismo.

Por la noche, aún seguimos algunas de aquellas calles angostas llenas



de encanto y de misterio, aún bajamos a ver el río, ese río Ter que cansado de mover tantas turbinas y de tanto en tanto saltar de presa en presa, en honor y provecho del presente, parece allí dormirse y descansar en los brazos del pasado. En brazos del cansancio nos dormimos también nosotros y dormimos hasta las primeras horas del día, y continuamos durmiendo en el carro, mecidos por su dulce (para nosotros) traqueteo.

Al despertar estábamos en pleno país del corcho. Por todos lados y hasta donde puede abarcar la vista no veíamos más que árboles llenos de corcho, mostrando los troncos fornidos, rojos unos, de color avinado otros y todos de formas raras e inesperadas. Allí, en todo lo que es inmóvil, se forma corcho; en los postes telegráficos, en las piedras del camino y en las montañas.

A nuestro mismo caballo, iba ya tan cansado y con tan mala gana cumplía el acarreo, que se le formaba ya una capa de corcho en las espaldas, y hasta nosotros mismos teníamos de rascarnos la nariz de vez en cuando a fin de evitar la formación del corcho, que se hubiera posado de seguro en nuestra piel, a continuar inmovilidad tan sosegada y espantosa.

Afortunadamente, el caballo a última hora tuvo uno de aquellos presentimientos que no le engañaron nunca. Presintió que llegábamos al final de la jornada y que el pueblo que andábamos buscando desde hacía cuatro días, estaba detrás de la sierra que teníamos enfrente. Corrió, pues, acumulando todo el resto de sus fuerzas, y despidiéndose de ellas en un arranque supremo, vio las casas de San Feliu, blancas como hijas de la costa, sobre aquel azul amigo, y vímoslas también nosotros, y, de pie en el carro, las saludamos con un grito de alegría.

Habíamos llegado a término. Sobre aquel hermoso mar que teníamos delante no podía andar el carro, y nos paramos. Aquella estrella que vimos al salir y en la que tanto confiábamos, como buena se portó, y desde estas columnas le enviamos lo único que puede enviarse a toda estrella, una mirada agradecida. Ella nos permitió viajar del modo más bello para el espíritu, ni muy aprisa, para no conocer a los hombres, ni con sobrada lentitud para conocerlos demasiado.

## Filosofías que como a tales no han de servir de gran cosa<sup>17</sup>

Saber cuándo se ha de decir verdad o mentira, es problema que nos ha preocupado muchas veces.

No creo que haya nadie en el mundo que en sus palabras, en sus actos o en sus escritos, no haya mentido alguna vez, venialmente, ya por descuido, por ignorancia o con pleno convencimiento, en circunstancias especiales de la vida.

Todos estamos conformes que hay verdades que no pueden decirse por amargas, aun sin saber hasta qué punto hay que ocultar la verdad para no dar amargura al corazón que escuchándola ha de sufrir un desengaño; y al mismo tiempo todos sabemos que nunca debiera mentirse, aun a trueque de evitar un dolor o un sufrimiento.

Si callando se puede evitar un conflicto de conciencia, claro que entonces en callar estamos de acuerdo todos; pero si hay que hablar a toda costa y de las palabras que se digan depende la felicidad de un hombre, o de muchos, o hasta de un pueblo según quien las pronuncie, nos asalta la duda nuevamente, sin saber cuál es el mejor camino que hay que seguir en esos trances.

Que hayan impuesto las costumbres severa obligación de no faltar a la más estricta verdad en ciertos actos y que el mundo salga indignado cuando no son cumplidos sus preceptos, y que en otros no menos graves sea indulgente y bondadoso, más por hábito de tradición que por puro convencimiento, no es cosa que nos deje convencidos, ni mucho menos satisfechos: el problema queda en pie y no hay quien lo descifre.

De las mentiras de amor, por ejemplo, nadie hace caso, ni hay quien las tome en serio. Parece muy natural engañarse, a juzgar por la sonrisa que inspiran los que cuentan el engaño. Parece más: que sin engaño no habría amores posibles y que sólo el engaño prolonga la ilusión de los que se aman. Algunos poetas, de la clase de románticos, no pudiendo ser engañados,

---

<sup>17</sup> *La Vanguardia*, 21-VIII-1892.

fingen estarlo, engañándose a sí mismos, y cantan desilusiones mentidas que pagarían a buen precio de tenerlas verdaderas, y hasta los hay que prefieren un bien amar fingido, a un cariño verdadero, pero soso o toscamente traducido.

Estas son mentiras inocentes que no tienen importancia. En cambio, cuando de otros asuntos se trata, cuando se miente en menosprecio de la dignidad del hombre, de su honor o de su crédito, el que tal bajeza comete se considera como ser despreciable.

Pero aquí no se trata de esas verdades o mentiras capitalísimas, de esas que no admiten réplica en todo corazón recto; se trata aquí, dentro del mentir al detalle consentido por el uso, dentro del pacto callado que unos a otros nos concedemos, hasta qué punto podemos y debemos considerar a un hombre, por el hecho de mentir, completamente formal, y hasta qué punto debemos mirarlo con recelo.

Se consiente a un político que engañe a sus electores; se consiente que les prometa lo que sabe que no podrá cumplir nunca, que sea optimista con ellos cuando no ve más que tempestad en el fondo, y a pesar de saber que aquel hombre está mintiendo ni le negamos el saludo ni dejamos de estrecharle la mano si a mano viene; se consiente que un médico engañe a sus enfermos, diciéndoles que van a sanar, cuando ve que caminan por la senda de la muerte, y este mentir no sólo lo consentimos sino que por pura humanidad lo secundamos; se consiente que un tendero engañe a sus compradores, poderándoles el género, y procurando vender por bueno lo que le consta que es malo, y decimos que son ardidés legales del negocio; se consiente, en fin, un sinnúmero de engaños a los que no prestamos importancia y que no dejan de ser engaños reñidos con el octavo mandamiento.

Todo esto consentimos, y otra vez nos quedamos con las mismas dudas de antes. La conciencia nos dice que no se debe mentir nunca, pero nos dice también la razón, que hay que hacerlo cuando sea en bien del prójimo. La conciencia nos dice que son muchas las veces que se hace un mal creyéndose hacer un bien, y que la imaginación se engaña; nos dice que muchas veces la más inocente mentira se convierte en cataclismo, y la verdad más hermosa en irremediable trastorno.

Ahora mismo, cuando el cólera se presenta en el horizonte, no se sabe

qué es lo mejor: Si engañarnos creyendo que no existe, o saber a qué atenernos con todos sus pormenores. Si se oculta, con la mentira no hay quien tome precauciones y la muerte encuentra al hombre desprevenido; si se divulga honradamente, cunde el terror en los pueblos y la miseria se presenta con su séquito de horrores.

¡Siempre la misma duda ha de salirnos al encuentro! ¡Siempre dudando qué uso hay que dar a la mentira cuando tenga que emplearse! Hasta el arte, los que de él se preocupan, no han llegado nunca a entenderse ni creo que se entiendan nunca. Unos por convicción y muchos por impotencia, creen que el arte ha de huir de la verdad tratando de hermosearla dentro del convencionalismo; otros, son esclavos de ella; para éstos, la prosa es la verdad y es falsa la poesía, al contrario para aquéllos. Nosotros creemos con la fe más absoluta, que no hay nada tan bello cual la verdad y que por su misma hermosura no se puede llegar más que a una imitación mezquina. Hay quien pretende que la fotografía es la exactitud en el arte. Nada más falso ni más contra la verdad. El cliché nos da cierta verdad de la línea, cierto claroscuro a foco, pero esto sólo en un momento preparado de antemano. La misma vida que dibuja el instantáneo no es la vida que están viendo nuestros ojos; es la línea de un momento, y no un conjunto de la vida.

¡No! La verdad no existe en aquella frialdad de claroscuro, sin alma y sin vibraciones, en aquella corrección de máquina sin sentimiento, en aquella precisión sin atmósfera y sin ambiente. Los que como Bastien Lepage y otros artistas de talento de su escuela, han querido imponerse la corrección como a lema, han podido convencerse que si ésta puede aprenderse, en cambio a sus cuadros les falta ese algo del natural que no se detiene nunca y que pasa en el aire como un sueño para escarnio y tormento del artista. Tan así lo han comprendido Claudio Monet en el paisaje y Degas en la figura, que de ahí ha nacido el impresionismo que no busca más que detener sensaciones. Su escuela es fijar sobre la tela esas íntimas sutilezas que se expresan en el aire del dibujo, en la esencia del color, en el carácter de la forma más que en la forma misma, en el alma de esa verdad tan buscada, en ese vago no sé qué que corre en el firmamento traducido en intraducibles colores. Pintor hay como Puvis de Chavannes que de la verdad sólo busca la sensación general decorativa; pintor hubo este año en la "Exposición de Independientes" que concretó sus estudios a buscar el movimiento del paisaje por medio de ondulaciones.

Todo en pos de la verdad. Todo en busca de un ideal artístico

eternamente discutido, y lo que es más triste, irrealizable, ya que hasta esta vez, cuando el artista tiene empeño en ver con los ojos de la verdad más sincera, son ellos que le engañan, o es el *genio del natural* que se burla de sus quimeras y evoluciona con arrogante desprecio del que quiere arrancarle sus secretos.

Secretos serán siempre para el hombre esas filosofías de la verdad y la mentira; esas luchas interiores del espíritu, esas divagaciones del entendimiento humano; podrán dar las matemáticas reglas exactas para medir las leyes del mundo físico y aun de otros mundos apartados; podrá con precisión algebraica pesarse todo lo que pesa, pero del mundo moral, de lo que pasa en el fondo del corazón de cada hombre, del porqué empuja la vanidad una mentira hasta los labios o detiene la modestia una verdad en los secretos pliegues del pensamiento, del cómo evoluciona en cada máquina humana la sinceridad que nace en lo más profundo hasta transformarse en el cumplimiento que brota a la superficie; de qué manera nace la idea matriz y de cómo se selecciona hasta convertirse en lisonja; de todas estas grandezas y pequeñeces del alma poca cosa podrá saberse, qué problemas son éstos tan íntimos y variados que dejan a oscuras a los sabios más sabios y entendidos.

Ellos, por mucho que lo sean ¡pobre gente! no pueden discernir hasta qué punto hay o no hay que engañar, ni cómo, ni cuándo, ni en qué momentos y circunstancias de la vida; no saben una idea lanzada al viento, ni dónde irá a parar, ni el bien o el mal que hará en su vuelo por la tierra, y faltos de leyes, lo fían todo a consejos y dejan el mando a las conciencias, sin contar cuan variables son ellas y cuan enfermas vagan muchas sobre la mísera tierra.

En ella, el engaño en sí sería cuasi siempre un lenitivo de la vida, si la desilusión no le siguiera, y la mentira una gran cosa si pudiera prolongarse hasta la muerte. Así, pues, quizás es mejor engañarnos mutuamente, puesto que no hay otro remedio, pero engañarnos para siempre. Ya que la vida es sueño, dejar que el sueño se apodere de nosotros, esperando el definitivo, y sin profundizar, ni filosofar, sobre todo, vivir a flor de mundo.

## Un viaje ignorado de Colón<sup>18</sup>

A nosotros los sabios, la vida de Cristóbal Colón siempre nos ha preocupado en gran manera.

No nos basta conocer el calvario de su vida, su lucha encarnizada de la fe en su gran empresa con las tercas preocupaciones de su época y finalmente la gloriosa apoteosis de su dorado sueño. Nos precisa saber si calzaba zapatos de doble suela o zapatillas abolladas, si se teñía el cabello, y con qué, o si no se lo pintaba por ausencia de cabellera, si era de genio enamorado o sentía indiferencia por la atracción natural de la mujer con todas sus consecuencias.

Los menores detalles de su vida: si se constipaba con frecuencia, si cumplía con la parroquia, si era buen nadador o si vestía con holgura, son cosas que aunque parezcan pequeñeces comparadas con la sublimidad de aquella grandiosa obra, no dejan de ser detalles buenos para lucir sus virtudes los pacientes y honorables eruditos.

Un sabio de Moscou, amigo mío, tras largos estudios y concienzudos trabajos, vino a poner en claro que Colón padecía del estómago y que por lo tanto debía marearse en su primer viaje, y, probablemente, en su segundo y tercero. No seré yo quien niegue o deje de negar aserto tan atrevido, que no tengo documentos a la vista (ni fuera de ella) que lo prueben ni lo oculten, pero sí diré, que con esos líos de la historia tenemos que andar muy escamados, ya que los más concienzudos caemos de vez en cuando en cada desvarío que tiembla el orbe y dan pie a controversias tristísimas y lamentables.

Hombres hay de nuestra facultad concienzuda que obrando y maniobrando con documentos apócrifos han negado en seco la existencia de Colón, añadiendo, quizás mal aconsejados, que América se descubrió por sí misma. Otros más cautos en el gremio de historiar, queriendo transigir con los americanos auténticos y con los hombres de por acá, aseguran que nada se

---

<sup>18</sup> *La Vanguardia*, 4-X-1892.

ha descubierto y que los de aquí con los de allá se encontraron en mitad el Océano en viaje de ida y vuelta; y no falta por fin quien asegura que América está por descubrir y que aquel hermoso país es sueño de nuestra raza latina.

Tal cosa no es verdad. Protesto. América está descubierta y bien descubierta, España misma, sin ir tan lejos, posee en ella unas islas verdaderas, donde manda gobernadores y empleados, a cambio de cigarros, plátanos, cotorras vivas y confitura de guayaba, y Colón no solamente ha existido, sino que pasó el Océano cinco veces, o sea una más de las que se había creído, como he de probar con ayuda de valiosos documentos.

Hasta hoy, veinte y tres fueron los pueblos (si no ando equivocado, que bien podría ser), que se disputan la honra de haber visto nacer al ilustre navegante; y el misterio de esa cuna que había sido un matasabios, ha quedado resuelto en definitiva.

Colón, el gran Colón, por primera vez nació en Sitges, digan lo que quieran los demás. Dispéñeme Génova, Calvi y las demás ciudades comprometidas en tan peliagudo asunto si les disputo tal gloria patria, pero los hechos, hechos son y delante de las sagradas verdades de la historia no puede, ni debe haber contemplaciones. La topografía de esta costa, el carácter emprendedor de sus hijos, la misma naturaleza de esta playa y otros documentos auténticos que me callo, pero que son tan valiosos y fehacientes como éstos, prueban bien claro la evidencia de que aquí y sólo aquí podía nacer hombre capaz de tan heroicas y felices aventuras.

Es verdad que el bautizo no aparece en el archivo parroquial, que he registrado con gran detenimiento; es verdad que no hay testimonios de aquellos tiempos, que digan haberle visto en muchas leguas a la redonda, pero bien podría ser que le hubieran bautizado en Génova o en otra parte, que no hay ley que obligue a bautizar a un hombre, por célebre que tenga que ser, en el país en que ha nacido por obra y gracia del caprichoso destino.

Lo que sí es verdad, y no hay quien lo niegue, es que aquí empezó a viajar y aquí dio a conocer sus hermosas aptitudes. Consérvase una carta, con faltas de ortografía (lo que prueba que es auténtica) dirigida a un amigo, y fechada en las islas Baleares. "Ya he descubierto una isla (dice en ella) y apenas cuento diez y ocho años. Más tarde descubriré un nuevo mundo. Colocadla en el mapa y avisad a los navegantes, en tanto me decido a estudiar sus defectos y virtudes. Por de pronto debo deciros que es una isla

habitada, y que hablan cuasi en catalán, lo que prueba cuan extendida está y cuan hermosa es nuestra lengua. Los hombres no muerden ni comen carne de persona, van vestidos y son cristianos. En ella no tengo nada que hacer y me vuelvo en el mismo barco. Expresiones".

Volvió, y a los pocos años emprendió otros viajes hasta el estrecho. Allí, al pie de las columnas, avivóse más su deseo de conocer los sublimes misterios del Atlántico, de penetrar en aquella noche de agua, de atravesar aquel líquido para solidificar su nombre, de dar la vuelta a la esfera y llegar por donde no había venido. A no espantarse el personal ante la idea de acabar con los víveres que llevaban, quizás desde allí mismo se hubiera ya dirigido al nuevo mundo, pero volvió a Sitges, y allí empezó la construcción de la primera carabela que debía realizar el atrevido viaje.

Según cuentas que he repasado, el barco vino a costar tres mil duros de los de ahora (con la pérdida de la plata), que se pagaron en tres plazos. El casco fue construido con maderas del Vinyet; el palo mayor era un pino de las costas de Garraf, y la vela fue tejida por las delicadas manos de las hermosas hijas de Sitges, que ellas mismas quisieron contribuir con sus labores a empresa tan laudatoria.

El veinte de marzo de mil cuatrocientos cincuenta y ocho fue el gran día en que Colón botó al agua su ligera carabela. Embarcóse como segundo Juan Milá, y tripuláronla entre otros atrevidos navegantes, Marando, Batetas, Botella y Carcolse, que derramaron lágrimas de despedida que con otras lágrimas fueron cambiadas en tierna correspondencia.

Ya embarcados, hiciéronse a la mar como es costumbre y para explicar el viaje tenemos grandísima escasez de documentos. Es de creer que pasarían contratiempos y amarguras, que se perdieron algunas veces en aquella inmensa superficie de las olas, que no comieron lo que les pedía el cuerpo, ni durmieron con el dulce sosiego con que se duerme en esta patria del dulcísimo *far niente*. Pero todo esto no fue obstáculo para que llegaran a término, según relatos por escrito que se conservan en el museo Balaguer y que hemos tenido a la vista.

"La tierra descubierta (dice un documento sin firma) se parece tanto a la nuestra como un huevo a una castaña. Empezando por los hombres, visten con tal desahogo que con cuatro plumas en la testa se abrigan en verano y en invierno. Algunos se pintan dibujos en la frente, en las mejillas y sobre



todo en la nariz, que es ancha de base y negra como todo el resto del cuerpo, otros con llevar largas las uñas ya se creen ataviados y elegantes y todos son de la respetable clase de salvajes, lo que no obsta para que vivan tranquilos, ni necesiten de nosotros, para la felicidad de su placentera vida. En cuanto a fieras, están surtidos de gran variedad de especies. Las hay en forma de lagartos colosales, que en actitud sosegada y semidormidos en el fango de los pantanos, no dejan de ser dañinos y se comen un hombre si a boca viene con una tranquilidad que desespera al más prudente; no faltan tampoco serpientes de longitud tan grande y anchura tan peligrosa que fingiendo un falso sueño destrozaban la caza y los animales de pelo; abundan las fieras propiamente dichas, y sobran también las bestiezuclas como mosquitos y cucarachas que, sin tener gran fiereza, no dejan de molestar al forastero con toda clase de malignas picaduras. Pero en cambio, son los pájaros de tal belleza, vuelan tan bien vestidos, es tan brillante su plumaje y de tan matizados colores que la vista se embriaga al contemplarlos nadando en el firmamento. Los hay tan diminutos, que no se concibe cómo pueden tener fuerza para sostener cola tan bella y tan rozagante, ni cómo caben en su cuerpo del tamaño de una uña, tal brillantez de matices. Los hay grandes como cisnes, pero mejor coloridos y adornados, los hay también verdes como una pradera, que dicen "Pepa, dame la pata" y saben las cuatro reglas y muchísimas otras cosas.

En cuanto al paisaje, el bosque domina por todas partes, convertido en selva en los puntos más espesos. Nada de perales, ni viñedos, ni manzanales; palmeras de formas nuevas; matorrales de alturas inverosímiles, y un enredo de lianas capaz de volver loco al que quisiera descifrar aquel enigma. Nada de trigos, ni albaricoques, ni naranjas: frutos todos de empeño, mayores de tamaño natural y a propósito para el estómago, la abundancia por todos lados, las aguas todas potables, los ríos de verdad y el cielo azul como el de nuestra propia España".

Concíbese el entusiasmo con que Colón y los paisanos de Sitges, verían aquella tierra, y se comprende que allí pasaran larga y deliciosa temporada y que aquí les esperasen con angustias y sobresaltos. ¡Dos años tardaron en volver aquellos hombres! ¡Dos años mortales de no recibir carta ni saber por dónde andaban! ¡Dos años que hubieran quedado oscuros a no dar con los datos verídicos que estampo en este papel!

Llegaron por fin y llegaron destrozados. El barco no tenía forma de barco, ni los hombres sombra de hombres tenían. Sosteníanse sobre el agua por un milagro de equilibrio, no traían víveres ni buen humor y si no habían

perdido el tiempo, el tiempo les había perdido a ellos.

-¿De dónde venís? -preguntáronles las mujeres, celosas de sus maridos.

-De descubrir un nuevo mundo.

-Es mentira.

-Que lo diga Colón, que ha dirigido el viaje.

¡Bien lo dijo Colón! ¡Y bien que lo dijo el pobre! Bien lo contó a las familias, y a los Reyes, y al clero, y a quien quería escucharle, que existía un nuevo mundo! Bien se fue de Ceca en Meca, de Venecia a Portugal, de Francia a Génova, explicando a todo el mundo que existía un mundo nuevo.

¡Nadie quería creerle! Tomábanle por un loco, por un inventor, por un artista, por cualquier cosa menos por un verdadero navegante. Y el hombre que había visto América, junto con unos pocos suburenses, que había pisado aquella tierra prometida y que seguía prometiendo, y que había visto los negritos con sus verdaderos ojos, lloraba de amargura, al verse desairado como un pobre demente.

Como a tal le tuvieron hasta el día del triunfo, hasta el día en que volvió a salir de Palos con los Pinzones. No he de contar aquí sus martirios y su gloriosa victoria. Mi objeto era, aprovechando la atención con que estos días se escucha todo lo referente al gran completador del mapa mundi, dar a conocer este primer viaje, del que no se había ocupado todavía ningún sabio de renombre.

Si otros con menos datos, hablan día tras día, de los cuatro que le siguieron, bien puedo yo hablar del primero que es auténtico y del que estoy por lo menos tan enterado como muchos que comentan, como yo mismo, lo que no saben de cierto. Datos son estos que considero muy útiles y que podrán servir muchísimo a los pintores de historia.

## Montserrat reformado y corregido<sup>19</sup>

Ya el menestral puede estar satisfecho. Ya los hombres maletas, los curiosos amantes de la *marcha del progreso*, pueden ir a Montserrat tranquila y cómodamente, que el ferrocarril famoso es *un hecho* realizado.

Ya tenemos funicular en la montaña. Ya tenemos esos cochecitos muy lujosos en forma de ridículos vagonzuelos, que trepando por aquella augusta sierra, llegan al monasterio atravesando el corazón de la querida montaña. Ya los amigos de la diosa comodidad podrán dar al cuerpo lo que no dieron ni quisieron dar al espíritu.

Los hombres prácticos de la vida, los sesudos, los partidarios de *Prudhomme*, los cronómetros del buen sentido, los aristócratas del vulgo, habrán ganado la batalla a los pobres poetas, a los tristes soñadores, a los míseros artistas que tienen la desgracia de no entender de las cosas de este mundo!

¡Qué saben esos locos platónicos de cómo se administra la tierra, ni de cómo se saca jugo de las bellezas de un suelo, de sus añejas tradiciones, y del sabor de la patria! Qué saben ellos, de administrar sensaciones y sacar producto del alma de los paisajes ni de las dulces emociones de la gran Naturaleza! A esos nobles dementes hay que dejarles llorar sobre el musgo de las ruinas, que a los hombres positivistas incumbe el deber de abaratar la belleza y ponerla al alcance de todo ciudadano *artista*.

¡Ellos y sólo ellos, deben saber vivir en la tierra! ¡Ellos solamente saben lo que conviene al mundo y del modo que hay que adornarlo y corregirlo! Entregad el más hermoso país a esos prácticos del paisaje, dejadles explotar las riquezas artísticas de aquel suelo y, ¡hombres del pensamiento! si tenéis valor de volver, volved allí al cabo de unos cuantos años. ¡Qué animación! ¡Qué bien calculado todo para el curioso forastero! ¡Qué hábilmente numerados los puntos en que hay que entusiasmarse! Pero ¡qué vacío de emociones y qué horroroso fastidio tenéis que sentir por dentro, de lo que por fuera habréis visto, compuesto y arreglado por aquellos hombres de hielo!

---

<sup>19</sup> *La Vanguardia*, 11-X-1892.

A su gusto habrán formado lo que a su gusto se avenga y aunque sea mezquino y vulgarote, ha de tomar paciencia el hombre de paladar refinado; que el mundo les pertenece porque son más y más fuertes y es inútil luchar con ellos, que de ellos fue, es y será siempre la victoria. No importa que el pueblo artista, el más sencillo, el más noble, el único hijo de la madre Naturaleza, rechace por instinto esos arreglos de la gran obra de Dios. Ante esa terca fuerza, no hay más que doblegarse y seguir la corriente impetuosa del mal gusto, que va minando la belleza con el buril de la vulgaridad.

Ellos convirtieron aquella hermosa Venecia, aquel sueño de colores, aquella divina casualidad de un arte refinadísimo, en una ciudad de cromo, en un país de linterna, en un centro fotográfico; la gran patria de los artistas del color pobláronla de majaderos cicerones; arrinconaron las góndolas amigas de la quieta corriente, y lanzaron al canal antipáticos vapores, que remueven con su hélice la pátina de aquel agua que en silencio guardaba los reflejos de tantos siglos de gloria; convirtieron en estación de *recreo* lo que era lugar de sagrado recogimiento y dulce consuelo a los ojos, como punto de reposo al cansado pensamiento.

Ellos poblaron también aquella Suiza espontánea de hoteles y casas de fastidio, sembraron ingleses al lado de aquellos cedros centenarios, numeraron las alturas con precisión antipática, llenaron de maletas y de bagages la soledad de aquel paisaje sublime y convirtieron el país más agreste en un país de ópera cómica, pulcro, arreglado, enarenado como un paseo, sin una línea imprevista ni una nueva sensación inesperada.

Y todo esto están haciendo, tomando la bandera del adelanto por lema, y pregonando que ellos y sólo ellos van en busca del progreso. ¡No, vive Dios! el progreso no ha de ir contra el buen gusto ni ha de matar la obra de la creación, ni destruir lo poco bueno de que el hombre puede gozar; el progreso no ha de olvidar que no son las torpes comodidades las que hacen feliz al rey de la Creación, sino que hay algo más en el fondo de la materia que no se contenta con esas aplicaciones de los inventos modernos que satisfacen solamente la pobre carne de hombre, sino que éste ansía una paz que encuentra muy raramente en el constante torbellino en que hemos de vivir los que por suerte o por desgracia nacimos en este siglo.

Y esta paz, esas horas de sosiego, medidas por el aire de la patria y en brazos del más sublime silencio, las gozábamos los catalanes a la sombra de aquellos peñascos únicos; hermosos doblemente porque lo son y porque

siempre fueron nuestros. Allí sentíamos correr las horas, solos, con nosotros mismos, allí, como en otra ocasión decíamos, todos los que queremos la Montaña, acudíamos a ella como quien va a la casa pairal a descansar de las fatigas de la vida: allí íbamos a llenar la mente de ideas con que nutrir el pensamiento, allí a escuchar los ecos que nos son tan conocidos, a encontrarnos todos amigos, a sentirnos todos hermanos bajo su amparo, porque Montserrat es nuestra montaña, el patrimonio de todos los catalanes. Y ahora, aunque parezca exagerado, no hay que dudar que habremos perdido todo esto. Donde llegan los hombres indiferentes, mueren los entusiasmos todos, y allí con el ferrocarril inaugurado, subirá ese mundo exótico, que tan mal ha de cuadrar en aquel fondo, llevando con ellos la vacuna del fastidio y la muerte de toda emoción sincera.

¡Dios les perdone su obra! que bastante castigo lleva el hombre comodón y positivista, con la carga de su eterno aburrimiento! Que construyan allí casitas de alquiler y disfruten a tanto el palmo lo que en conjunto disfrutábamos todos en armoniosa compañía! Que urbanicen la montaña, como un ensanche advenedizo; que pongan faroles si quieren y luz eléctrica en las ermitas, billares en la fonda y tiro de gallina en las cuevas, que bien necesita distracciones quien tan pobre tiene el alma para sufrir las molestias de la vida y bien poco merece gozar de aquel panorama excelso quien tan exigente es con lo que se presenta a sus ojos colmado de esplendideces.

Los que amamos nuestro Montserrat auténtico, démonos prisa en subir; no perdamos momento los que adoramos su intacta virginidad, que dentro de poco tendremos que admirar aquel prodigio de Natura como un museo de provincias, con ayuda y estorbo de cicerone y disfrazarnos de alpinista para escalar los cerros que tratamos antes con íntima franqueza. Ya tenemos allí, sobre el granito, una estación con su jefe, señalando la salida y llegada de los trenes por un meridiano que no es el de la montaña; ya ha sido hollado el legendario romero por unos raíles antipáticos a estilo de carboníferas minas; ya el humo de la locomotora ha tiznado aquella joya purísima que la mano del tiempo había mimado hasta ahora con exquisito cariño!

¡Y si no fuera más que esto! ¡Si de esta primera culpa no vinieran males mayores! Porque, las montañas como ésa, y como todas las obras de Dios, tienen su virginidad; y, ¡ay de ellas si se rompe el cristal de su pureza! En tal caída, recordaría unas ruinas que visitamos hace años en Bretaña. Eran las bóvedas y una torre de un derruído castillo. Las paredes sosteníanse con

tirantes bruñidos y plateados; en los puntos de peligro había un pasamano de terciopelo flamante; regábase todos los días la hiedra, y había en la puerta, arruinada con esmero, un rótulo que decía: "Rincón poético. Entrada, 50 céntimos".

Tal podría ser Montserrat en el transcurso del tiempo. Arreglado de parterres, sembrado de arena y descuidadamente cuidado, no habría más que añadir al pie de aquella mole gigante: "Montaña poética, con vistas a treinta pueblos". Se visita por dos pesetas.

¡Dios quiera que sea muy mal profeta, y que por una vez triunfe el arte y la poesía, pero qué poca fe tengo en ello!

## Habilidades de salón<sup>20</sup>

Del modo difícil que van poniéndose los tiempos, en los cuales la carestía de alimentos no guarda proporción con la mezquindad de las ganancias, en estos momentos históricos en que los alquileres suben tanto como los pisos y el sastre se hace modisto y la modista sastre, y los hombres saben de matemáticas y de álgebra las mujeres, el padre o madre que ve *vagar por su casa media buena docena de hijas casaderas no ha de aguardar el verano para sentir sudores copiosos, ni puede dormir todas las horas que recetan los sabios y curiosos libros de higiene que andan impresos por la faz de la tierra.*

En la santa antigüedad de hace treinta años, tenemos entendido por relatos de hombres que vivieron en aquella edad hermosa, que a una niña casadera le bastaba tener un rostro presentable, una figura no reñida con las estéticas que se usaban en aquellos felices días, un corazón bondadoso, no difícil de hallar en el sexo que no es el nuestro, una esmerada educación y una instrucción algo menos que primaria, para encontrar marido confortable, buen mozo, rico en moneda si no en sabiduría, bien provisto de fincas rústicas y urbanas y con provisto armario de ropa escasamente usada por ilustres y abolengudos antepasados.

Hoy día no basta todo esto. La niña destinada al matrimonio, a lo que van a parar la mayor parte, necesita a más de dinero, más dinero, y además poseer alguna habilidad, aprendida si no innata. Necesita tocar el piano a toda costa y pese a quien pese hacer ejercicios mareadores sobre el endeble teclado, para llegar al dominio de un vals de ésos que no se bailan ni se escuchan, de una gavota atropellada, de una marcha fúnebre o funeraria, de una sonata con número o de un motivo de ópera, en la que éste desaparece ahogado por un atropello de notas que saltan a cada lado como cascadas sin dique; necesita gastar en canto la voz que Dios la concediera para la palabra hablada y conocer los nombres de centenares de músicos que se mueren de hambre cada cual en su patria respectiva; necesita un sin fin de habilidades como medio de lucir las prendas artificiosas y como camino seguro de conquistar el corazón de los hombres, débil de sí para resistir tanta tentación

---

<sup>20</sup> *La Vanguardia*, 22-X-1892.

puesta en música y tanta palabra brotada en gorjeos seductores.

Una vez adquirido el manejo de la voz y el ligero movimiento de los dedos, es preciso conocer el campo de maniobras donde dar a conocer lo aprendido a costa de tantos y tantos afanes; el escenario donde dar a luz esos frutos de la humana inteligencia, y de ahí el nacimiento de las reuniones o tertulias, cuyos componentes se dividen en dos clases: los que reciben y los que son recibidos; los que escuchan y los que son escuchados; los que han de enamorar y los que deben enamorarse, so pena de ridículo a perpetuidad, con costas y demás gastos menores.

Generalmente, el que recibe tiene ya varias hijas que no han de tener la garganta ociosa mientras dure el culto jaleo de la noche; niñas que esperan caer con premeditación en brazos del doncel de sensible corazón y experiencia menguada, capullos que aguardan la brisa del amor para convertirse en flores, haciendo aguantar la capa a Chopin, Gounod y aun al mismo Stradella con ser hombre formalote y poco amigo de zambras y amoríos; vergeles de la casa que con amabilidad digna de mejor causa van recibiendo a los curiosos invitados, los cuales, vestidos lo más de negro posible, serios, formalizados y sonriendo tan sólo al decir alguna vulgaridad de éstas en forma de fórmula ensayada de antemano, se agrupan como pueden alrededor de las damas sentadas en correcta simetría, la resignación en el alma, la gravedad en el rostro y la lánguida mirada en dirección al piano que enlutado, allá en el fondo de espaldas a la amable concurrencia aguarda silencioso que le saquen el sopor que le tiene cohibido.

¡El piano! ¡De cuántas demasías artísticas tiene la culpa ese escandaloso mueble! ¡Cuántas desgracias ha causado en este mundo y de cuántos y cuántas ha sido la perdición para siempre! El mortal que tiene en casa aquella tremenda máquina bruñida como instrumento de horrorosa cirugía, ha terminado de dormir ya para siempre o para siempre ha de acabar con la alegría de todos los parroquianos que acudan a escuchar el terrible tecleteo. Detrás de aquella frialdad de líneas se oculta uno de los tormentos que con más refinamiento ha inventado el hombre, para vengar los pecados de sí mismo, que él y sólo él es causa principal de los atentados artísticos que se ejercen en toda reunión, con premeditación ensayada y con nefasta alevosía.

Con ello se levanta, empezada la velada, un buen señor, alto si con voz de bajo, regordete si atenorado y de expresión indecisa si su garganta responde a la media escala, y confiando en Dios y en sus tiernas criaturas, se



dirige al instrumento, con paso firme, rumiando una pectoral y arreglándose en el cuello de su camisa, que suele ser anchuroso y mal planchado, para dar libre salida a los raudales de música que han de salir, pese a quien pese, de lo profundo de su pecho. Generalmente, el cantante aficionado es hombre que apenas nació se sintió artista por dentro. Su fortuna, su posición social, su cuna u otras razones de poderoso calibre le impidieron dedicarse al teatro y sin tal válvula con que desfogar su genio, su genio hubiera acabado con la vida y milagros inclusive de esos preclaros varones, a no haberse inventado esas reuniones familiares, de las que tratamos con método y detenimiento. En todos los balnearios, en todas las casas de aguas termales o ferruginosas, tan sólo tenéis que encontrar a esos sacerdotes del canto. Diríase que padecen de todos los males juntos y que andan buscando remedio, siendo así que lo que anhelan es que haya quien les escuche: su mal se cura con dosis de aburrimiento, y en ninguna parte se encuentra tal medicina como al lado de un piano mal tocado.

Allí, en plena reunión, cantan con vista (lo que tiene mucho mérito) la romanza del Trovador, el *Suona la trompa intrépida*, una *Cansone d'amore* u otra pieza de compromiso para el que canta y mucho más para el que escucha, y cuando hinchado el cuello, rojos de artística ira, palpitantes de emoción, parece que van a reventar con estruendo, lanzan una nota aguda, que es la mejor por ser la última y se retiran entre aplausos para dar paso a otra artista, que se presenta con la palidez en el rostro y la mirada en el cielo.

Puede pertenecer la música de este pimpollo a una de las tres épocas en que se dividen las canciones del salón: la del *Vorrey morire*, la de la *Stella Confidente* o la de *couplets* franceses, como última novedad acabada de llegar de allende los Pirineos. Si canta la canción primera, tiene propensión la niña al puro romanticismo; su alma no ha sido comprendida todavía, su ideal vaga perdido por ese pícaro mundo, volando con alas de mariposa; se remontan sus ilusiones mucho más allá de las estrellas, sueña en doncel de ojos azules; y como todo no se puede conseguir sin grandes gastos y prodigiosos esfuerzos, *vorrey morire*, dicen con terrible desengaño, que en *vorrey casarme* traduce el que entre líneas sabe leer y oye aquellas quejas que suenan con tan amargos acentos. Si en vez de esta noble canción o alguna de la familia, sale a relucir la *Stella Confidente*, ya el romanticismo es más ecléctico, y si bien la niña cantante es dada a la melancolía laica, no lleva a tales extremos los ayes de su corazón contrito. Novio amante, guapo, entendido en materias de carteo, ya sea de la clase militar o modestamente paisano, es lo que anhela para convertir en marido. Su alma es todavía idealista, si bien de ambiciones

con vistas a este mundo, su corazón ama al hombre perfeccionado, su pensamiento huye del vulgarismo, su espíritu vive en su cuerpo por puro compromiso, y en sus sueños andan en juego acentos de hombres pundonorosos, con sendos bigotazos debajo de miradas tiernas y seres desgraciados pero de la pasta de redimibles. La niña de la *Stella*, con seguridad, hará una funda de sillón con el *crochet* de número más diminuto; pintará flores a la acuarela, con un *amore* digno de mejor suerte; bordará con un realce subido, y en punto a labores de esas en que tanto trabajan los dedos, puede volar a su antojo el pensamiento, llegará a competir en paciencia con todo fraile de la orden de dominicos. Por último, las que cantan *couplets* a la francesa, son niñas que se sienten inclinadas al realismo, y al corriente están de toda corriente moderna. Esas, leen el *Figaro*, van a todos los estrenos, discuten, llevan camisa del sexo que no es el suyo, y gastan lentes por poco que su vista tenga la benevolencia de prestarse a sus antojos.

En cuanto a novio, lo quieren de carne y hueso, sin adiciones de ideales, ni otros estorbos de imaginación enferma. Aman el hombre tal cual es, con todos sus valiosos defectos y no desprecian la fortuna, en la cual están conformes las tres clases, que en eso de tener dinero cambiarían la canción pasándose al enemigo.

En lo que también están de acuerdo la mayoría de voces que salen en las reuniones es en salir desafinadas. No sé si será el ambiente, o las condiciones acústicas de las gargantas, o el temor natural a toda tierna criatura, pero es el caso que nunca al salir las notas se detienen donde debieran detenerse. A veces, no llegan a la ambicionada altura, saltanla chillando otras, derrámanse los gorjeos en cascadas, detiéndose las notas bajas y ¡ay del pianista acompañante, si se apaga aquella voz!, las escalas que antes se subieron perdidas por la dulce gritería, se vuelven a bajar entre un silencio que compromete ante tal soledad, al campeón más decidido.

Cállase, después de los aplausos, y todo el mundo dirige una mirada hacia un rincón donde se oculta el mérito como modesta y tiernecilla violeta. Allí hay otro actor de los que poseen otra habilidad de salón, allí hay algo, allí está, en fin... el Poeta!!! Este se levanta con gran naturalidad, guardando el fingimiento intacto para lanzarlo en líneas cortas al aburrido auditorio, que le aguarda como caído del cielo. Por allí sube en sus versos, sonoros, límpidos, serenos como el cielo de Grecia, oliendo a laurel y a roble, retorizados con

primoroso cariño, amplios como el mar y escritos para ser recitados alta la frente y la mirada a lo lejos. Así los canta el poeta, lejos del mundo que le rodea, entretenido entretanto. Ni ve nada, ni nada oye. Su misión no está en la tierra. Canta porque tiene voz, como los pájaros, canta por un deseo interno, porque ha de echar fuera del alma aquel estorbo, porque le ahogan y los cantarían mil veces si mil veces los escucharan... y si no le llamaran al mundo con un plato de bizcochos en prosa ruín, que salen acompañados de un criado allá en el fondo de la miserable puerta.

Es la hora del descanso; la transición para empezar el baile que ha de terminar la fiesta. Todos se han lucido ya: han mostrado todos sus muchas habilidades y tiernas las miradas, entonces, el aire vibra candente en los ámbitos de la sala. Es que el genio de la especie lanza a bailar las parejas ebrias de felicidad, es que el amor vuela por la casa, y es que oculto se sonrío Mefistófeles.

## Una silueta<sup>21</sup>

A altas horas de la noche, apoyado sobre un muro de esos callejones de la vieja Barcelona, a la vaga claridad del gas, hemos visto cien veces destacarse la silueta de un ciego. Si no llevamos prisa, y no hace viento, y en el café o en el casino no nos aguardan los amigos, nos habremos detenido un momento a contemplar aquella sombra tocando el violín de modo plañidero, y habremos pasado de largo con la mayor indiferencia. Lo más que habremos hecho si hemos tenido *valor* de sacar la mano acurrucada en el bolsillo por el frío, habrá sido echar maquinalmente una limosna en el sombrero tendido sobre el húmedo pavimento, sin detenernos la compasión delante de aquella mísera estatua del infortunio.

Alta, y miserablemente vestida, aquella silueta nadando sus pies sobre un mal calzado, apretando su pobre cuerpo dentro de estrecho sobretodo abrochado más para ocultar miserias que para combatir el frío, destácase su cabeza dulcemente inclinada sobre el vetusto instrumento. Es su rostro de una palidez verduzca, del color del hambre y cuyos ojos no tan sólo están cerrados a la luz, sino a su mismo calor benéfico; caen las líneas de su cara sin un pliegue de alegría, dóblanse sus espaldas, cansadas de llevar el peso del pensamiento por la tierra, e indica la figura entera un cuerpo que vive solamente para servir de mortaja al alma de un artista desgraciado.

Porque es verdad que existen artistas entre esos músicos callejeros: verdaderos entusiastas de un arte que sienten con toda la efusión de enamorados; fieles devotos que con la música sueñan y palpitan y por ella viven y sólo por ella les es llevadera su pobrísima existencia, porque sin amar este arte serían muertos en vida, sin auroras, sin crepúsculos, sin la embriaguez del color, sin una sensación de las que pueden disfrutar con sólo abrir los ojos al espacio todos los demás mortales; aquella eterna noche que sufren, sería la noche de la tumba a no gozar el destello de la Obra por medio de los sonidos. Por ellos pueden saber que existe un algo que tampoco ven los demás sin los ojos del espíritu, un fluido de armonías superior a la materia,

---

<sup>21</sup> *La Vanguardia*, 17-XI-1892.

que vuela invisible para los indiferentes; un aliento de arte que pasa llevado por la brisa sin mancharse en el lodo de este mundo; y, ¡ay! del pobre que no se agarra a esa tabla salvadora y cierra la única puerta por donde puede entrar la claridad dentro de aquella oscuridad sin fondo!

De esa luz y de esa visión interior alimenta su triste vida nuestro artista callejero. Hay que observarle una vez para ver que en el fondo de aquel sobretodo palpita un corazón amantísimo, un temple de alma que no lleva el cuerpo que merece. Hay que oír con compasión las quejas mal expresadas de su envejecido instrumento, para comprender al hombre que presintiendo lo bueno y no oyendo más que lo malo, todo el cariño, todo el fuego de su vida lo guarda para su música, para su pobre música, que es la única que le guarda palabras de dulcísimo consuelo y para su violín, que aun mostrando las entrañas por sus grietas, destartado y bruñado, es el solo compañero de su existencia solitaria.

Allá, en un ángulo perdido de arrabal, debajo de un arco desierto, hay que ver la suavidad exquisita, el tacto de ciego con que estira las cuerdas cual si fueran fibras de un cuerpo idolatrado, hay que ver la dulzura con que se apoya a flor de labio, dejando caer la macilenta cabeza sobre aquel trozo de carcomida madera, y la efusión con que pulsa las notas que han de brotar como lamentos tristísimos.

Es que, aunque pobremente armoniosa, su vieja música es hondísimamente sentida. Trozos de ópera borrados de la memoria de todos, cantos de un día que callaron con la moda de otros tiempos, lamentaciones que suenan como quejas de nuestros padres, ayes muertos, soñadoras melodías, voces descoloridas como coronas de tumba, la sombra de un repertorio marchito que despierta el recuerdo de una juventud lejana, las apagadas cenizas removidas a ciegas por un ciego, son sus cantos.

Los cantos que crisan sus dedos y ponen sus nervios temblorosos, es la música que de boca en boca ha llegado a sus oídos, es la que hace temblar sus fibras, y tócala porque responde mejor a sus tristezas, porque necesita su alma de armonía, como de pan su cuerpo y de aire sus pulmones, porque no puede suspirar sin ella, y ella llora por él, porque es la única que en su inocente lenguaje, tiene notas de niño que lleven una voz de ángel a su dolorido espíritu.

¡Pobre artista! cuida más de su arte con todas sus rebeldías que de

recibir la limosna, que tanto y tanto necesita para su cuerpo aterido! Entristécele más la soledad en que toca, no sentir un alma que le escuche, que el desamparo en que vive! Pide porque ha de pedir, pero en el fondo de su miseria, prefiere la compasión por sus notas a la compasión por su pobreza; más agradecido queda a la mísera dádiva atenta del corro que se detiene a escuchar las quejas de su violín amigo, que a la valiosa moneda que puede caer del viandante apresurado.

¡Con qué fervor, con qué aliento hace hablar al violín al sentirse escuchado de los anónimos trasnochadores que constituyen su público! ¡Qué lamentos cruzan del pensamiento a la mano, haciendo temblar las cuerdas como eco de otras cuerdas de su alma, y qué corrientes de fuego se deslizan por aquel cuerpo, de un modo misterioso! Da grima el pensar el frío que encuentran aquellas notas al entrar por el oído de tantos indiferentes, y appena el ánimo lo mal correspondido que es tan sincero entusiasmo por su infortunada música. Porque, cuanto más se esfuerza el pobre ciego en decir lo que diría con lágrimas a tenerlas en los ojos todavía, cuanto más suplica a su *intérprete* que explique en su lenguaje lo que en sonidos puede decirse solamente, más se entorpecen los cantos de su lira, más indóciles secundan sus dedos a sus profundos suspiros y más y más torpes responden las cuerdas de afuera a las fibras que dentro se agitan nerviosamente.

Por fortuna (¡bien relativa!), con público o sin él, falta de habilidad o sobrado de sincero entusiasmo, tocar es su misión y su consuelo, y lo mismo toca entre el bullicio de una ciudad populosa que tocaría en la soledad del desierto. Ni le espanta la noche (que noche es siempre para él), ni los elementos le espantan. Haga frío o humedad, sople el viento del norte o el vendaval más deshecho, él no abandona su esquina, tocando en ella como apartado del mundo, con la misteriosa inconsciencia de los pájaros y cumpliendo una necesidad de su concentrada vida.

A veces transcurren horas y horas sin recibir una limosna; quéjase los vecinos otras veces; quéjase un enfermo de aquella música que entristece su ánimo adolorido, atúrdele el ruido de algún coche que pasa a su lado atolondrado, sigue a éste el profundo silencio de la noche, y él, inmóvil siempre, cuasi incrustado en el muro, como objeto indiferente, soporta esto y mucho más, con la resignación del que sabe que si su arte es para él un consuelo, para el egoísmo humano es un molesto ruido.

Apaciguado el de las calles, tarde y dormido todo, llega un muchacho

a buscar a nuestro ciego. Cogido de la espalda sin saber por dónde anda, y alta la cabeza, como volando en un profundo vacío, sigue por aquellas calles andando en busca de su vivienda, de su mísera vivienda perdida en aquel bosque de casas, en el rincón más recóndito. Duérmese allí, meciéndose a sí mismo, con sus canciones repetidas por el eco de su memoria, soñando quizás en la luz, esperando un mañana siempre igual, un día más andado en un camino de invierno que, cubierto de eterna niebla, conduce a un desierto de sombras, y aquel sueño venturoso porque le ahorra momentos de su vida, para acabar con ella quisiera él que fuese el último. Y llega la mañana siguiente, pero llega también sin aurora para el pobre ciego, que de nuevo ha de seguir su camino; duélele tanto seguirlo, que a veces júntase con otros desgraciados para entre todos llevar a costas el dolor de todos, para sufrir en comunidad y consolarse mutuamente en los viajes que emprenden por los pueblos.

Suele ser en verano: fórmanse en copla un contrabajo, otro violín y un clarinete, ciegos todos menos el acompañante. Cogidos unos de otros cual cadena de desdichas, cien veces les he visto bajar azorados del tren, andar cansados por las blancas carreteras, subir las cuestas y descender los atajos como perdidos en el mundo, marchando a tientas por él sin rumbo determinado.

¡Qué viajes los de esos hombres! Sin paisajes que ver, ni colores que admirar, como las nubes caminan empujados por el viento. El cielo no tiene azul para ellos, ni el mar espuma, ni reflejos el agua, ni sombra y verdura el bosque. Van de una parte a otra viajando siempre de noche, una noche sin luna y sin matices; no conocen del país que atraviesan más que el nombre, de las mujeres la voz, y por la indiferencia, los hombres. Van cual extranjeros de día, y aunque aman la soledad, van donde reina el ruido porque de él han de vivir, van a recoger las migajas que caen de un pueblo que se divierte y a sentarse más tristes al lado de la alegría.

En las fiestas mayores, cuando en las salas del casino o del café, el humo invade la atmósfera y todos se agitan, regocijados entre la gritería, les veréis en línea tocando pacientemente; veréis entre ellos destacarse nuestra silueta, adolorido el rostro y triste, con la profunda tristeza de sentir ahogada la voz de su violín por aquel clamor del vulgo, indiferente a todo arte ¡vulgo estúpido!, que le soporta porque no oye su voz, y que no da para sentirle, sino para que enmudezca! Otras veces le veréis tocando en un baile, llevando el canto y la alegría arrancada del fondo de sus penas. Al compás de su

música, amargamente animada, veréis rodar las parejas en voluptuoso torbellino; oiréis sonar las carcajadas y deslizarse las palabras amorosas al oído, y podréis ver a nuestro ciego, que siente la felicidad a su lado, llorar vales y mazurcas, para que otros las disfruten y aspirar el viento de los vestidos como brisa del amor que hace bullir en su alma sensaciones que tampoco para él se inventaron. Veréisle, en fin, y quizás le veréis dichoso, tocando allá en el alto coro de la iglesia. Allí al menos, su violín es escuchado, allí encuentra la paz para su música; y aspira allí el perfume del incienso entre aquella quietud arrobadora, como dormido en un baño de silencio.

Pero doquiera que le veáis, de día como de noche, en verano como en invierno, tenéis que verle acompañado de su violín inseparable, que sin el uno no puede existir el otro. La última vez, vile tocando la *Traviata* en un camino desierto. No sé si ensayaba o esperaba una limosna que no había de llegar. Quizás él mismo no lo sabía. Tocaba quizás por instinto, o por costumbre, quizás para consolarse, para olvidar quizás las miserias de un mundo que tendría que abandonar sin siquiera haberlo visto...



## El guardapaseos<sup>22</sup>

Allá en los meses de octubre y de noviembre, cuando el viento despliega sus furores y lanza sus frías bocanadas a la tierra, en aquellas solitarias calles del Ensanche, las hojas pierden la vida y como locas vuelan llevadas por el aire.

A veces, cual bandadas de pájaros amarillos, se remontan en tropel, suben a extraordinaria altura y suspendidas en el cielo vacilan en su camino, sin saber dónde ir a descansar el reposo de la muerte; a veces se remolinan cual persiguiéndose a sí mismas, y subiendo a besar a sus compañeras, que se aguantan en las ramas todavía, caen en forma de cascada; ora se desprenden desmayadas sin un ruido; aquí ruedan por el suelo haciendo crujir sus huesos; allí muertas de cansancio se detienen, mostrando su palidez sobre la tersa llanura de aquellos largos caminos.

Mientras dura aquel paseo de la muerte, mientras aquel viento se desliza escogiendo inconsciente las víctimas que ha de matar, mientras la gran soledad reina en aquellas estepas habitadas por solares, en aquellas vías dibujadas por los plátanos y alineadas por las cercas, sólo una porción de hombre se atreve a cruzar aquellos proyectos de ensanche, aquellas líneas de faroles, aquellas vías quiméricas de ciudad dibujada sobre el plano, aquellas grandes extensiones urbanizadas en solitarios desiertos... y este hombre mutilado es la triste silueta del pobre guardapaseos.

Allí veréis su figura abrigada hasta los ojos, encorvada, metida dentro de unos guantes de lana y un sombrero de castor: allí veréis asomar por entre las grietas de su traje, unos ojos llenos de líneas que se cierran a la vida y una pierna de madera que sostiene aquel cuerpo magullado: aquel cuerpo que rendido de cansancio, no se turba ante la furia del viento, ni ante el terco mareo de las hojas, que bailan su danza macabra en derredor de su inválida osamenta.

Callado como un árbol y seco como las ramas, le veréis paseándose en

---

<sup>22</sup> *La Vanguardia*, 5-I-1893.

medio de la tempestad como un santo centinela de la nada; vestido con su uniforme y colocada allá en la vía, le crearéis un mojón que señala los límites de la urbanización de un pueblo; sentado sobre un banco de piedra, le tomaréis quizás por un adorno del mismísimo paseo, de tal modo la razón ha de negarse a creer que sea hombre lo que más parece ser una estatua.

Inmóvil en su deber, se pasa horas y horas guardando lo que él no sabe a punto fijo. Sabe que ha de guardar el paseo y lo guarda ¡vive Dios! sin querer saber por qué, fijo siempre a la ordenanza, y cumpliendo como viejo veterano que no permite discutirla. Para él, su misión es ver brotar en primavera las hojas, y verlas caer en otoño, y sentir las renovarse todo el año. Y tal lo hace al pie de la letra y con tal precisión y amor digno de un cargo tan delicado, que hay hoja que la sigue desde su más tierna infancia, la ve allí al borde de una rama, la siente crujir al contacto del invierno y la recoge en su caída, para, entre otras hojas de servicio, guardarla allá en el fondo de su secreta cartera.

Muchas veces, como otra de sus misiones es pasearse eternamente, se entrega a serias filosofías. Pensar y cumplir con su deber son dos cosas diferentes, y, como el hombre esclavo es de su deber, salva este inconveniente por un medio ingenioso: clava una punta de París en el cabo de pierna de madera, y en tanto ensarta con ella las hojas que encuentra por el camino, cumple con su deber, anda y monologa al mismo tiempo.

Monologa lo pasado, las tremendas batallas a que asistió de cuerpo presente, aquellas luchas políticas y trastornos patrióticos, de las que fue ocular testigo y víctima sacrificada; los rigores del invierno sufridos en aras de un ideal caluroso; la fe por causas de libertades que le costaron la pierna; las batallas intestinas entre hermanos y parientes, los fríos y los sudores de una juventud en danza, toda ella dividida en dos hechos que se destacan en su adormecida memoria: "El puente de Alcolea" y "El abrazo de Vergara".

Este puente imagínaselo en su cerebro de guarda, agrandado por la historia, como una cosa gigante; un puente más ancho que la más ancha libertad; un puente sin límites, levantado expresamente para ser campo de pelea gloriosa; un puente en que los arcos se persiguen sin encontrarse jamás, prolongado como acueducto romano, enorme y sostenido en los espacios hiperbóreos. El abrazo, más que una paz firmada de modo tan peregrino, es para él la unión de dos planetas, la plástica representación de dos atletas fornidos estrujándose las costillas, montados en dos caballos, para firmar la

felicidad del mundo, cuyos hijos, desgraciados hasta entonces, pasaban a ser felices, con algunas excepciones.

Una de ellas es su mutilada persona. Atórméntale el recuerdo de la pérdida, siempre temprana, de su necesaria pierna. El hecho de haber perdido tan importante accesorio, en el momento vulgar de atravesar un barranco, y de ser por quebradura, le tiene disgustadísimo. El hubiera deseado, para honra de aquella prenda, que una bala de cañón se la hubiere arrancado en el mismo puente de Alcolea o en el acto solemnísimos de abrazarse aquellos dos campeones. Esto hubiera coronado su existencia y le hubiera revestido de una invalidez gloriosa; esto le preocupa en gran manera y amarga los últimos días de su gloriosa carrera.

Atórméntale también el novísimo sistema de paseos. Tal abundancia de plátanos, tanta corrección de líneas, y esa eterna rectitud y esa monotonía extensa que ha de guardar, sin saber de quién ni cómo, le da la dulce nostalgia de los pequeños jardines, y de los rincones tranquilos de otros tiempos. Aquel jardín del General lo recuerda como una visión poética. Los patos familiares, las ocas, los mismos monos, tenían costumbres morigeradas que ya no tienen los modernos; las acacias, los pinos y los olmos aquellos, daban más íntima sombra, en la cual el ánimo hallaba más dulce y plácido recogimiento; el agua brotaba con más sigilo, sin repugnantes mangueras, y la gente conocía y saludaba sus medallas y su pierna de madera cual reliquias gloriosas. Allí tenía su público de sirvientes y menestrales a quien contar sus hazañas, a quien narrarles lo del puente o lo del abrazo; veía correr a los niños sobre la arena alegrando su corazón veterano: guardaba algo, en fin, que consideraba suyo, y sentía venir la vejez rodeado de familia.

Ahora, perdido en aquel desierto de casas, vive como abandonado, cobra el sueldo cual si fuera una limosna y son tantas las hojas que ve caer en Otoño, que ya no puede saber de qué plátano proceden ni adónde van a morir en aquel ensanche enorme. Días se pasa sin pronunciar una palabra, replegado sobre sí mismo, ensimismado, perdido en lo vago de lo nuevo, sintiéndose morir a pasos lentos, como un flor sin raíces. Siente horror a lo moderno, ve que su raza va perdiéndose y que en España faltan hechos para crear nuevos héroes, que no tenemos batallas, ni puentes, ni abrazos que invaliden nuevos hombres, con que hacer guardas auténticos, y esto hace que vea el mundo venidero sin asomos de esperanza.

Hasta por el clima tiene soberbios desprecios. Los fríos que hace ahora

son fríos sietemesinos; no son aquellas glaciadas que se usaban en su tiempo, los calores de hoy día no hacen sudar, como los de entonces; los pedriscos no caen con aquella intrepidez, los ciclones se desparraman en el cielo y todo parece dormido. Fuerza es que los hombres se vuelvan como gallinas, y que sienta por ellos tal aversión y piedad que de ellos viva alejado como de algo peligroso.

Sólo un día memorable les frecuenta y es el de la procesión del Corpus. Aquel día, por deber y un algo de devoción, vístese con sus mejores galas, cubre el pecho con sus gloriosas medallas, pónese la pierna nueva y con ella y el blandón sigue el curso al lado de sus pocos compañeros. Allí veréis a todos esos hijos de la guerra y a esos padres de las hojas. Firme la parte de cuerpo que les queda en buen estado, a pesar de sus achaques, les veréis marchando solemnemente, haciendo esfuerzos supremos para seguir conservando la noble marcialidad; les veréis apartados de los guardas de nuevo cuño, formando un grupo de gloriosas ruinas, les veréis inclinarse hacia tierra por el peso de los años y el peso de las medallas. Precedidos de la música, que toca las notas más fúnebres de un solemne repertorio, lento el paso y el rostro compungido, parece que asisten al entierro de algún viejo compañero; no se atreven a mirarse por temor de encontrar algún vacío, siguen el curso contándose maquinalmente con esa vaga tristeza del viejo que ve marchar uno a uno a sus amigos de la infancia.

Es el batallón de la muerte que se va quedando en cuadro. Dos faltan este año, tres el siguiente, otro el de más allá; en todos el pobre guarda ve cómo se les indulta de este mundo y cómo entran en la última y definitiva reserva, y vuelve de la revista medio muerto de tristeza.

Otra vez en el paseo, aguarda el año siguiente y aguarda sin esperanza, porque sabe que ha de venir el Otoño y que junto con las hojas ha de llevarse el viento.

## Desde una isla. El viaje<sup>23</sup>

"Yo sé de una isla (dice Mâtho a *Salambô*) cubierta de polvo de oro, de pájaros y de verdura. Sobre las montañas, grandes flores llenas de humeantes perfumes, se balancean como eternos incensarios; en los limoneros, más altos que los cedros, las serpientes color de leche hacen caer con los diamantes de su garganta los frutos sobre la hierba; el aire es tan suave que no llega allí la muerte".

La lectura de este pasaje de Flaubert, y la isla misteriosa de Julio Verne, habían hecho nacer en mi espíritu un deseo, una ambición o una locura: perderme en una isla a todo precio, vagar en ella como uno de tantos robinsones como andan perdidos por el mundo y, solo conmigo mismo, ni leer los periódicos, ni estar *al habla* con las majaderías del mundo civilizado, ni tener que estar al corriente de los líos que se traen y se llevan los mortales, sobre la costra terrestre.

Pero esto tenía para mí un inconveniente gravísimo. Yo deseaba una isla que no estuviera "rodeada de mar por todas partes": una isla de la que uno pudiera volverse, al estar cansado de ella, sin tener que correr sobre las olas; una isla de quita y pon, como quien dice, y esto, naturalmente, era imposible.

Con todo, consulté el mapa máximo, o sea el mapa mundi; lleguéme por aquellos medios quesos hasta parajes poco menos que deshabitados, salté meridianos y ecuadores, y no encontrando nada a gusto me dije: ya que ho hay una isla sin la molestia del agua, me llegaré a la más próxima, que fama goza de hermosa y tiene hijos que, a más de sernos hermanos, son buenos y hospitalarios según todas las crónicas que se han escrito o recitado.

Pensando esto me dirigí al vapor, que debía salir a las cuatro de la tarde. Era un vapor como otros muchos vapores que salen y entran del puerto, poniendo en movimiento todo el sistema de bolas de la torre de Montjuich; un vapor que calzaba un sin fin de toneladas; ancho de popa y más estrecho de proa, sereno, pretencioso, con su alta chimenea en el centro y su multitud de cuerdas, útiles la mayor parte y algunas decorativas. A su bordo, a más de los pasajeros naturales a todo barco bien nacido, venían una banda de bohemios,

---

<sup>23</sup> *La Vanguardia*, 16-III-1893.

con su carro lleno de harapos y mendrugos, su colección de chiquillos vestidos a lo desnudo, la madre dando el pecho a tres o cuatro y el padre fumando sendas pipas de alquitrán con serrín de caoba y palo santo; venía un carrito con un niño contrahecho; venía el inglés de siempre, derecho como un poste al lado del timonero; venía la carga, el lastre y finalmente nosotros, que con una serenidad digna de más o menos encomio, mirábamos la maniobra de largarnos, alineados a las barandas del buque y agitando los pañuelos, porque así se acostumbra en estos casos de despedida.

El mar en tanto presentaba lo que se ha dado en llamar mar de fondo. Agitadas las olas por otras olas que había sin duda en el fondo de las aguas, y por el viento que soplabá Sur-Oeste, o sea en dirección contraria a nuestro intento, empezaba a imprimir al trasatlántico lo que, en mal hora también, se ha dado en llamar un suave balanceo. Ora subíamos por un lado y veíamos Barcelona alejándose y perdiendo el equilibrio; ora era Montjuich que se inclinaba con toda su artillería, ya las montañas perdían su graciosa silueta, o bien la tierra a más de aquellas vueltas que da en calidad de planeta, daba otras que no eran de un gusto exquisito y que nos hacían perder la clara y estricta noción de toda geografía.

Montserrat, por un momento, nos hizo ver dónde estábamos, pero aquella crestería fue borrándose en el confín de las aguas, y ya sin nuestra montaña, a fuer de catalanes, nos sentimos un vacío.

¡Anochecía, y a nuestro alrededor no vimos más que mar y cielo! No vimos más que un cielo triste y un mar en danza, que sólo había visto pintado en los exvotos! Un equinoccio en perspectiva, un vaivén tan pronunciado que no podía ser de buen agüero en aquellas circunstancias de no poder desembarcar a nuestro libre albedrío!

Un momento pensamos tirar aquellas botellas que tan buenos resultados dan a los náufragos de experiencia, con su papel rollado conteniendo las señas personales del individuo, la cédula, el pasaporte y una moneda de cobre. Pero no había ni una botella vacía y nadie era capaz de vaciarla en tan apurados trances. ¿Qué hacer?, como dicen en las novelas. ¿Qué intentar? ¿Qué camino seguir? El más corto. ¿Qué resolver? Pues, ponernos pálidos, de una palidez de cera, e irnos desfilando hacia el camarote sin pérdida de momento.

Así lo hicimos, y la cubierta antes tan animada fue quedando desierta

entre la augusta soledad de las malhadadas olas. Uno a uno fuimos bajando con cara patibularia, huyendo de la tormenta. Los bohemios primero, ocultándose en los últimos pliegues sucios de su cariñoso carro; el del carrito, luego, los continentales e isleños y todos, menos aquel inglés impertérrito, todos como castores fuimos entrando en el camarote, y subiendo en aquellas camas colocadas como tumbas de segunda.

A poco de estar enterrados, oímos una campana que llamaba con lastimero sonido. Sin duda han tirado a alguien al mar para aligerar el barco, pensamos, o quizás sea la señal de haber perdido el rumbo. Nada de eso, tocaban a comer, los grandísimos guasones. Como si alguien fuera capaz de echarse algo en el estómago, cuando todos hacíamos lo contrario. ¡Como si alguien comiera, en vísperas del naufragio! Decididamente, el mar tiene amarguísimas ironías, reflexioné, tomándome una taza de manzanilla y ocultándome entre las sábanas.

Lo que entre ellas sentí, ayúdame a describirlo, oh gran Neptuno! A veces, se me subían los pies a alturas inverosímiles, quedándome pies arriba como un gimnasta aguerrido; a veces, me incorporaba erguido como los fantasmas del Roberto; ya nos sentíamos en un abismo, como si bajáramos al fondo de las aguas o nos cargaban de lastre, ya subíamos, para caer más tarde en los abismos de las algas. No se conocía el equilibrio en aquella casa andante. La línea horizontal se perdía en un mar de confusiones, y hombres y objetos habíamos olvidado la noción de toda estabilidad, yendo sin ton ni son con desarreglo de físicas y geometrías.

A todo esto, el pistón de la máquina *motriz*, con una constancia digna de grandes elogios, seguía un compás ajustadísimo, terco e incansable, pero que nos volvía locos a fuerza de terquedad y precisión. Aquello era algo así como el péndulo regulador de aquel suplicio, el que llevaba la batuta del mareo, la mano oculta que luchaba con las olas para hacernos pagar los platos rotos en aquel terrible trance.

Este llegó al colmo al entrar el sol en funciones. El agua saltaba por encima del navío, escalando casas ajenas y apartándose de los límites naturales, en vista de lo cual y preguntando el porqué de tal estruendo, me dijeron, gente que podía saberlo, que la propia dragonera estaba en el horizonte. Figuréme que esto sería un animal de muy mala catadura: un dragón gótico, un ídolo japonés con riquísimo traje de concha y gran surtido de uñas y colmillos; una *patum* marítima, o una serpiente apocalíptica, que

ven todos los años los balleneros, según cuentan los periódicos de los Estados Unidos; pero no fue nada de eso: era una isla, "rodeada también de mar": una isla en persona, anunciándonos que estábamos cerca de tierra.

¡Con qué gozo vimos aquella tierra de Mallorca! ¡Con qué ansiedad subimos a cubierta, calmado el mar quizás por ocultos temores. Entonces comprendimos la alegría de Colón tan bien cantada por muchos en el centenario pasado! Entonces di por bien pagadas las promesas de naufragio y las realidades del mareo, en vista de aquella costa que apuntaba, y nos lanzamos a mirarla robando luz nuestros ojos para ver más panorama, y más belleza extendida allá en el fondo.

Entrábamos en anchísima bahía. Una bahía de subidísimo azul, augusta, bañada de serenísimo cielo, y casi rodeada de isla, en justa correspondencia. El agua en ella no parecía ser la misma que tan tenaz estuvo poco antes con nosotros. Aquí, en vez de la furia y malos modos, se encrespaba sólo para dar relieve a su masa, variedad a la monotonía y cambiantes de colores y reflejos, que recogía del aire, de las barcas de vela, y de la costa. Esta, a la entrada, se presentaba acantillada. Grandes peñas bañándose, con ocre en la frente y calzados sus pies de musgo; pedruzcos surgiendo de entre las olas y ésta mojándolos de espuma y retirándose a intervalos, para cubrirlos de nuevo. El vapor adelantaba de frente, siempre derecho a Palma, que ya se veía a lo lejos, como una vibración luminosa. A la izquierda empezaban a surgir casitas blancas, medio ocultas entre guirnaldas de flores, de colores alegres, verde claro, azul celeste, violeta, ocres dorados y tintas de tersas suavidades; pequeños minaretes adelantándose sobre las peñas, azoteas bañadas a toda luz, pórticos y columnitas cobijados bajo un dosel de frisos, y coronado todo por las rojas paredes del castillo, cuyas torres almenadas, destacábanse sobre el celaje más intensamente azulado que se pinta en las regiones del cielo.

Otra vez estábamos todos en aquella barandilla, excepto el impertérrito inglés, que no se movió un instante del lado del timonel. En vez de ir hacia la tierra, la tierra parecía que venía hacia nosotros, y orgullosos de tal recibimiento, la esperábamos confusos, para de un solo abrazo, abrazar toda la isla.

Ya Palma estaba allí, tan cerca, que podíamos llegar a nado en caso de compromiso. La blanquísima ciudad, se agolpaba alrededor de inmensa catedral, que colocada sobre un alto promontorio presentábase con toda su majestad. Anchas paredes subían en grandes masas, pináculos las coronaban



con góticas cresterías que el sol cuidaba de dibujar en delicadas y suavísimas sombras, y el oro mismo parecía brotar de aquellos muros, y evaporarse en la atmósfera en brillantes vibraciones. A sus corpulentas espaldas, un mundo de casas asomaban con millares de ventanas; infinitos campanarios brotaban de todos lados y en el fondo un sinnúmero de molinos, blancos como gaviotas, y como ellas cerca de la playa, movían sus grandes brazos como ruedas de artificio de una fiesta luminosa.

Por fin entramos en el mismísimo puerto. Un puerto rubio, si se puede decir así. Entre la isla y el barco pusieron una palanca, y por aquel estrecho paso pasamos a este país hermoso.

## Desde una isla. Palma<sup>24</sup>

Como pudo ver el que leyó nuestra epístola anterior, tras un viaje inmoderado, llegamos a estas tierras de Mallorca, desembarcando en sus *playas* por medio de una palanca.

¡Estábamos ya en la isla! Nuestros pies andaban en tierra firme, y a no ser por ese estorbo de maletas que el hombre lleva sobre su propia conciencia cuando anda por el mundo, hubiéramos corrido por la arena en dirección circular, para poder convencernos de que realmente estábamos rodeados "de agua por todas partes" y de que la isla era auténtica y no una broma de las tercas compañías de vapores.

Porque a juzgar, señores, por lo que veíamos al alcance de nuestra mirada de lince, o aquello no era isla, o éstas son de la misma conformidad que cualquier continente. Nada de moluscos fósiles colocados en medio de los caminos para uso exclusivo de los pobres robinsones, nada de cabañas de juncos para las siestas indígenas, ni un negrito a la vista, ni un mísero cocodrilo, ni tan siquiera una pequeña danza de la clase de guerreras para entretenimiento de los que íbamos llegando. Casas con cuatro pisos y pico, palacios levantados con sabias reglas de arquitectura, calles empedradas tersamente y mil detalles de una civilización llevada al máximo grado, pero que no cuadraba con la idea que de una isla nos habíamos formado desde nuestra más tierna infancia.

Ya apenas desembarcamos, admiramos un precioso edificio que nos dijeron que era la Lonja... ¡Qué conjunto! ¡Qué de preciosos calados! ¡Qué holgura en el trazo general y qué cariño de artista en los más pequeños pliegues de aquella obra selecta! Los adornos en aquellos muros, están tan sobriamente colocados, hay tanto derroche de esa difícil desigualdad artística de los monumentos góticos, las líneas corren con tal suavidad, deteniéndose aquí para formar un doselete, curvándose más allá para dar paso a un follaje, encontrándose siempre en un punto que podríamos llamar el punto de la armonía, que hace de tal edificio un ejemplar de lo más perfecto que pueda verse en el arte de la ojiva.

---

<sup>24</sup> *La Vanguardia*, 23-III-1893.

Poco rato nos detuvimos a contemplar el edificio, porque el hombre que viaja, como es cosa sabida que el viajar enseña mucho, ha de aprovechar el tiempo y acumular la enseñanza a toda prisa, deteniéndose tan sólo los momentos más estrictos que reclama un entusiasmo prudente, y si bien merecía el edificio algunas horas de estudio, como íbamos *itinerados*, continuamos andando.

Pasamos por el pie de unas murallas, y dejando a nuestro paso los consumos, el brazo militar acuartelado, y otras dependencias del ramo de administración que para uso interno y defensa exterior necesita todo el pueblo, llegamos a lo que aquí se llama el Borne.

No es éste, como el nuestro, centro de verduleras, horteras y otras frioleras de la misma calaña y catadura, ni manjar apetecido de concejal ambicioso, sino cultísima rambla colocada en medio de la ciudad, paseo y salón al aire libre al mismo tiempo, lugar con fisonomía propia, eje sobre el cual, en retórica figura, da vueltas toda la isla. Allí acuden los menestrales al caer de la tarde, a conversar de política, o de otra cosa agradable si no son aficionados a los negocios de Estado; allí acuden los militares y empleados a pasear, aprovechando los cortos instantes que sus ocupaciones les dejan en libertad; allí los señores graves a cambiar de clase de aburrimiento que les impone la grave seriedad de que se ven revestidos; los hijos del pueblo con sus anchos sombreros de castor, la pollería elegante y las chicas de Palma, hermosas la mayor parte, así las que visten imitando el último figurín que llega del continente, como las que siguiendo las añejas tradiciones enmarcan su rostro expresivo con el ligero volante, dejan caer su cabello trenzado sobre el mantón y muestran el brazo desnudo, destacando triunfante sobre una fila de botones de oro mate.

Ya se comprende que con tales elementos, con tanto sol, con tales ojos brillando debajo de tan negros cabellos, sean muchos los que a fuerza de ir solteros al Borne, acaben por salir de allí tomando el rumbo del matrimonio y se encuentren casados por obra y gracia de la fuerza seductora de un paseo. Los árboles que le dan sombra, las terrazas que lo miran, algún ciprés que asoma por detrás de la alta tapia, y sobre todo la línea de bancos de piedra y los jarrones colocados a lo largo del paseo, imprimen a éste un aire entre melancólico y romántico, como uno de esos grabados de principios de siglo.

Allí el hombre, por mucho que lo sea, se siente languidecer, siente deseos de pasar la vida de un modo contemplativo, vivir sentado y soñoliento,

oír el ruido del mundo a través de las azules fronteras de una isla, no trabajar ni aun para vivir, y quedarse aletargado en aquellos bancos de piedra, ni oyendo pasar las horas ni sintiendo correr el tiempo.

Esto hubiéramos hecho nosotros, a no llevar escrito en la conciencia aquel maldito itinerario que no nos daba ni un punto de reposo. El, con su concisión inglesa, nos marcaba la hora de la comida, y tuvimos que seguirle, y comer a toque de itinerario; él nos dijo que, después de la comida, el hombre civilizado debe tomar su café, y al café nos fuimos y lo tomamos y hasta cigarro y aun copa para dar gusto al condenado plan, que nos lanzó por fin a la calle a ver lo que deseábamos ver, pero no con aquella puntualidad que no daba tregua al cuerpo ni reposo a nuestro espíritu.

Seguimos por estrechas calles y tortuosos rincones. Los aleros de las casas, artísticamente laborados, adelantaban a ambos lados saludándose con su respetable testa. De vez en cuando descubríase un primor: una pequeña ventana, íntima como un secreto, adornada de pulcrísimas manos de mujer, esculpidas, de estilo gótico o plateresco; otras veces estos ojos de las casas dividíalos fuste esbeltísimo, cornábalos ligerísimo capitel y abrigábanlos guirnalda de plantas cuidadas con delicado cariño; y más allá eran altas, cuajadas de escultura, con cabezas destacando de adornos renacimiento, cerradas sus ventanas al parecer para siempre, e imprimiendo al edificio una soledad de muerte. Aquí se dibujaba un escudo, pasábamos bajo un arco más allá, y a todos lados veíamos grandes portadas dando paso a patios descomunales.

Eran éstos, severos la mayor parte, pero de una severidad que daba frío al cuerpo. En el centro columnas robustas, de mármol, anchas de base y coronadas de sencillo capitel, piedras en el suelo con hierba creciendo en las juntas, un pozo en un ángulo, una verja en el fondo dejando entrever la única nota risueña para servir de contraste, y a un lado la escalera, anchísima y desolada; subiendo majestuosa entre desnudas paredes hacia las habitaciones que presentáanse detrás de aquellos espesos muros como algo deshabitado, oliendo a soledad y a muebles viejos, a palacio desierto y a tapiz apolillado... el alma las rechaza en demanda de un rincón de intimidad, de una tibia buhardilla donde vivir en familia y no morir en la desolada anchura de una grandeza perdida.

Dejando las de la vida y siguiendo nuestro impuesto derrotero, pasamos por otras calles y llegamos frente la Catedral, que es donde llega siempre "el

cansado viajero". Lo primero que de ella vimos fue, naturalmente, su fachada, y ¡ojalá que no existiera! No parece sino que desde principio de siglo, hubo un saldo de fachadas y que compradas a bajo precio hayan ido pegándolas a nuestros más hermosos monumentos. No diré que ésta sea peor que la de nuestra basílica, pues entre las dos siempre parece peor la que se tiene delante, pero la de aquí tiene al menos el atractivo de lo grande, y si no tiene más belleza al menos entraron en ella más jornales y más piedra. ¡Qué contraste con las pequeñas portadas laterales! ¡Qué revolcón para el flamante arquitecto! De aquellas plantas modelo de buen gusto, bordadas en las estrías de la piedra, no supo aprovechar ni una hoja! No supo ver ni una línea de aquellas que allí tenía dictándole la más perfecta armonía! No llegó a ver ni el conjunto, ni uno sólo de los hermosos primores que allí existen, para su propio remordimiento!! Lástima, pensamos, que muchas de las obras malas sean de tan duradera piedra como las pocas buenas que el hombre acierta, y esto pensando, entramos en el interior, por orden siempre de nuestro severo y concienzudo itinerario.

La impresión que el templo produce es de grandeza. Altísimas columnas desparramándose en bóveda, allá, en la altura extraordinaria, rosetones fornidos, altares toscos, ventanales inmensos, tabicados la mayor parte, que imprimen al interior un sello de fortaleza, un algo de falta de detalles que da belleza majestuosa a su conjunto, armónico pero desnudo, selecto de líneas pero indicadas sobriamente, un aire, en fin, de arquitectura masculina, si me está permitida esta imagen, que imagen es de la nuestra.

No faltan otros detalles innumerables y bien valdría la pena de hablar de ellos, pues ni faltan joyas que ver en toda catedral de esta importancia, ni gente de importancia falta, que se muere en época oportuna para dar que hacer con lucimiento a los arquitectos respectivos, labrando tumbas para su eterno descanso, más o menos góticas, platerescas menos o más churriguerescas o barrocas.

Saliendo al exterior, por otra puerta, otra vez nos encontramos frente a frente de aquel mar de nuestras pasadas tormentas. A pesar de su belleza, reconocida por todos los pueblos civilizados y algunos que no lo son, a pesar de sonreírse aquel día con su más azul sonrisa, mantuve firmes mis rencores, ofendido de su mal comportamiento, y si no le negué el saludo fue porque empezaba a temer que otra vez tendría que correr sobre sus "embravecidas olas" si, en efecto, era isla el terreno que pisábamos.

Por él fuimos siguiendo las murallas. Son éstas altas y sucias, como todas las murallas de todas las plazas fuertes. Aunque poco inteligente en la materia, no he de callarme que, a pesar de su volumen, las considero de poca resistencia para la defensa. En la guerra de Calaf, última campaña a la que he asistido en persona y donde se guerreó a la moderna, usábamos el sistema de trincheras, ya que fueron precisos un sin fin de cuerpos de ejército para dar un asalto, que resultó concienzudo. Para lo que no tienen precio las murallas es para servir de estorbo. Obligadas las casas a vivir al amparo de los muros y no pudiendo crecer por lo ancho, crecen por lo alto hasta perderse de vista, vuélvense angostas, y si bien ganan en ello desde el punto de vista pictórico, pierden bajo otros puntos de vista que no dejan de ser importantes.

Un sin fin de ellas vimos en los barrios pobres, típicas la mayor parte, albergando maestros y oficiales de esos pequeños oficios que tienen más poesía que dinero, cobijando tiendas extrañas en las cuales no se sabe lo que venden a fuerza de vender tantas cosas a la vez, sirviendo de palomar a todo un mundo de obreros que se estrujan hasta en las mismísimas grietas, ganando el terreno palmo a palmo, aquel terreno que sobra en los anchos caserones de que hablábamos antes.

Por delante de ellos volvimos de nuevo a pasar, y por delante de otros barrios, y más iglesias y más murallas y calles, hasta que, rendidos y burlándonos del feroz itinerario, nos sentamos. Lo hicimos en un banco de piedra de las Casas Consistoriales; un banco resguardado, bajo un balcón, por alero labradísimo. No he visto nada más propio que aquel asiento, cobijándose bajo la casa del pueblo, abrigado por sus muros y teniendo por dosel la propiedad de todos los palmesanos.

Poníase el sol, y bajo su influjo y el influjo del cansancio, sentimos un asomo de tristeza. No hay duda, pensamos, esto debe de ser una isla "rodeada de mar por todas partes". Quizás no haya medio de volver a la península sin pasar por el furor de los líquidos, pero ¿qué importa?, bella es la isla, buenos han sido sus hijos con nosotros. En vez de indios, como en las islas que cantan las geografías, no encontramos más que amigos ilustrados: pues bien, si el mar no cede, nos quedaremos aquí a vivir en santa paz por los siglos de los siglos.

## Desde una isla. En busca de un istmo<sup>25</sup>

La vida de ciudad empezaba a cansarnos. Deseábamos salir al campo para ver de cerca las montañas azules que asomaban detrás de Palma. Queríamos saber dónde iban a parar aquellas bien cuidadas carreteras que salían del mismo Borne como los rayos de una estrella de los vientos y sobre todo (dicho sea con toda la reserva que puedan tener las letras de molde) queríamos estudiar las costas con cuidado, por si acaso encontrábamos un istmo que buenamente se uniera al continente, pues aunque todo el mundo aseguraba lo contrario, pensábamos que a veces la fuerza de la fe encuentra lo que no han visto los fabricantes de planos.

Además, según saben personas de muchísimas creencias, Monsieur Urban fue el primero que llegó hasta esta tierra por rumbo desconocido. Y esto nos daba alientos para buscar en los más pequeños pliegues del terreno un paso que nos sacara en seco de esta isla problemática cuando llegara el momento de marcharnos.

Fuímonos, pues, a la estación, tal como suena, que estación hay aquí, con ferrocarril de verdad, y con todo su juego de máquinas, frenos, furgones y coches de pasajeros. Es verdad que el tren que vacila entre los caros y llamados económicos, que más que a fuerza de vapor parece que ande dándole cuerda, pero al fin y al cabo es elegante y brioso en llegar a paradero. Y marchó sin separarse un momento de la vía.

Siguiendo ésta, fuimos andando entre un alegre y bellissimo paisaje. Sin duda para obsequiar nuestra visita se había dispuesto que brotaran a la vez los almendros que se hallaban a lo largo del camino, fineza que agradecemos en extremo, pues fue un regalo a los ojos, digno de testas coronadas de buen gusto. Por ambos lados de la vía, no se veía más que ancha sábana blanca, destacando sobre una alfombra de matísima verdura; corría el aroma muchísimo más que el tren, pues en él nos alcanzaba, dándonos a respirar un aire suavemente embalsamado, y, abiertas de par en par las ventanillas, parecía que nadábamos velozmente sobre un lecho de flores. Aquel tren, no era un tren para dormirse, como tantos que tienen el mal acierto de pasar por

---

<sup>25</sup> *La Vanguardia*, 2-IV-1893.

países feos e indiferentes; aquello no era hacer viajar el cuerpo, sino acompañar al espíritu, para que se embriagara a sus anchas de paisaje bien servido. Pasados los árboles de las flores, venían los olivares, grises de hoja y plateados como todos los de su clase, pero más viejos que los demás, más abierto el corazón por sus caprichos de árbol, tomando más extrañas actitudes, formas más inesperadas y siluetas más fantásticas. Seguían luego los higueros y algarrobos dejando caer sus brazos desmayados hasta el suelo. De nuevo volvíamos a la blancura, destacada de vez en cuando por la nota bronceada de limoneros o naranjos, o por la augusta palmera, gozando en cimbreada con la oriental indolencia que sufren estos románticos árboles... Y aquí un pueblo, allá una visión de montañas, no pudimos dar tregua a la mirada, saltando de ventanilla en ventanilla, para ganarnos panorama de ida y vuelta, hasta llegar a la Puebla.

Allí bajamos y subimos. Bajamos del tren y subimos a un *carril*, nombre que aquí se da a la tartana por razones que datan de remotísima fecha. En él volvimos a andar con noble perseverancia, vigilando a los lados del camino, a fin de ver si divisábamos algún *talayot* auténtico, que por allí debía haberlos, según nos habían informado.

Son los *talayots* habitaciones de los primeros pobladores de Mallorca, monumentos magníficos, casas ciclópeas o habitaciones terrestres de las edades prehistóricas, según dice la mayor parte de los sabios. En lo que éstos no están conformes (jamás he visto que los sabios lo estuvieran), es en saber si esas hoy rústicas casas fueron fincas urbanas de los celtas, de los íberos, de los hunos o de los otros. Están formadas de grandiosos pedruscos; no tienen más que bajos, y son propiedades que debían producir muy poca renta a los honderos baleares, que eran sus dueños legítimos. Es verdad que éstos eran hombres de pocas necesidades. Su afán era tirar piedras a todo bicho viviente y aun a las mismas personas, construirse su *talayot* y esperar el porvenir, sin pagar contribución, ni sastre, ni médico, ni abogado. El pan debían ganarlo los chiquillos haciéndolo caer a pedradas de un punto difícilísimo, donde lo colocaba la madre. Esta vivía en gran estima y el hombre iba de mercenario a la guerra o defendía la *integridad* de la patria. No conocían el oro, ni lo querían conocer para no viciarse y perder las formas esculturales, y en el mercado de esclavos dejaban cuatro hombres por una sola mujer, lo que prueba que eran filósofos en extremo y personas de buen gusto, y que aquellos *talayots* cobijaban gente feliz y de costumbres dignísimas.

Todo esto sabíamos de su historia, pero no veíamos un *talayot* en todo



el llano. A cada montón de piedra que divisábamos a lo lejos, nos latía el corazón; a cada volver del camino lanzábamos la mirada que debió lanzar Napoleón en busca de las pirámides, para ver si asomaba un talayotito pequeño, y no veíamos nada que nos diera esperanzas talayóticas; una vez bajamos del mismo carril: y ¡oh dolor! lo que creíamos megalítico y ciclópeo fue barracón de nuestros míseros días!

La historia y la prehistoria huían de nosotros, pero Pollensa, la Pollencia romana se acercaba y a las diez de la mañana llegamos a lo que debieran ser sus murallas en caso de estar la villa fortificada. No lo estaba, ni es el pueblo, pueblo de armas tomar, ni rico en monumentos antiguos, pero en cambio goza la paz de su hermosura, en el regazo de un valle que envidiara una ciudad de Oriente y vive feliz en aquel rincón de mundo, viendo brotar el azahar de sus naranjos, para dar fruto de oro en aquel fondo de continua primavera.

Una sola portada vimos que nos pareció interesante. Mirábamosla desde la calle, curiosos, cuando saliendo de la tienda un personaje, rarito "él", díjonos seriamente plantado en seco delante de nosotros: "¿Estáis mirando la fachada?. Estoy conforme. Tengo los documentos de cuatro linajes. Estos linajes son Morgaz, y los guardo en pergamino". -Podéis guardarlos, si os place, contestamos. Estamos conformes, y con vuestro permiso nos vamos a la posada, caballero, a comer también cuatro linajes de aves, con carne de pergamino.

Así lo hicimos, y acabado de comer presentóse un paje con cuatro bestias de la raza de los mulos. Subió Gomis de un salto en uno de ellos, montó otro Casellas a la inglesa, el tercero Font a la irlandesa, y en cuanto a mi humilde persona, arregléla como pude en lo alto del animal que no cabía en bien malhadada suerte, el cual llevaba tal enredo de monturas y tan gallardemente anchurosas, que había para volverse loco buscando su uso y significado. A pesar de ello trotaron las bestias hacia el castillo del Rey, a donde nos dirigíamos a visitar sus ruinas. A veces, las nobles cabalgaduras se empeñaban en andar de un modo que no era andar, tal era su calma o filosofía, y ni con súplicas, ni tirando de aquel juego de cuerdas y correas, ni insultándola con malos modos, se movían del sitio de sus misteriosas preferencias. A veces, una de ellas se escapaba, llevándose a cuestras a uno de nuestros amigos, al cual veíamos maniobrar a lo lejos tirando del bocado a toda máquina, y creíamos perderlo para siempre en aras de aquel furioso torbellino; por fin, movidos de un resorte ignorado de nosotros, quizás guiados por el instinto de imitación, todos los mulos se ponían a correr juntos, y

entonces eran de ver las posturas que tomábamos a caballo, ora cayendo sentados de perfil sobre la bestia, ya dándole las espaldas o bien agarrados cerca de la misma cola, según el movimiento impulsivo que sufríamos en aquel terrible trance.

Lo más triste era que tales escapadas contra nuestra voluntad acontecían al presentarse un punto de vista hermoso, y a fe que menudeaban. Seguíamos por un valle coronado de peñascos y sumamente variado. Tan pronto el paisaje se presentaba de una aridez parecida a las fotografías de la luna, como cruzábamos por entre frondosos bosques, aquí un grupo de cipreses, allá las encinas formaban compactas masas y entre pedruscos subíamos siempre acercándonos a las ruinas.

Destacáronse éstas por fin en lo alto, en lo altísimo de una peña, sostenidas allá arriba por milagro. Nunca hemos visto castillo aguantarse en un punto más peligroso, ni ruinas más bellamente salvajes, ni es posible que haya fuerte más difícil de escalar. Por murallas tiene verdaderos precipicios, por fondo el vértigo y el mar por foso. Aun yendo en son de paz como íbamos nosotros, costónos gran trabajo escalar aquellas breñas, el entrar en aquel fiero recinto, el llegar allí donde anidan las águilas solamente.

Digo mal, porque el inglés ¡aquel inglés! ya estaba allí, quizás desde el día antes, compartiendo con los halcones. A pesar de éstos y de él, las ruinas eran espléndidas y el panorama era sublime. Toda la costa, recta, acantilada, cortada de un solo trazo, se extendía con relieve gigantesco y entraba en el fondo del mar, hasta perderse en Dios sabe qué inmensas y hermosas profundidades!

No había duda, ¡estábamos en una isla!!! Allí se veía su forma redondeada, sus altísimas paredes, sus cimientos misteriosos! Era una isla que parecía brotada de las entrañas del globo, una isla nadando, una isla "rodeada (¡ay!) de mar por todas partes!!" ¡Y qué hermoso estaba el tal mar de nuestras pasadas penas! Qué tranquilo parecía a la mirada, qué transparencia la suya, y cómo bordaba la isla con los besos de sus labios, disimulando su furia a los ojos embebecidos! ¡Cómo hacía solar en sus paisajes submarinos, en sus bosques de algas, en su finísima piel de arena voluptuosa, durmiendo inmaculada allá en el fondo del fondo de sus aguas, atrayendo a su lecho a los pobres navegantes! Oh, mar! Así me gusta mirarte, a lo lejos, haciendo de fondo a la tierra! Tu misión es servir para línea de horizonte! Aquí mismo te tragas, con la atracción de tu vértigo, la obra lenta de los hombres! De este

fiero castillo, hoy engulles una piedra en tus senos profundos: mañana otra, otra más tarde, y una a una ves que ruedan hacia ti y que bajan vacilantes entre tus pliegues sin que se calme tu furia! No ha de engañarme tu hermosura. Ya que esto es isla, a un globo recurriremos para marcharnos sin tener que correr sobre tu hipócrita faz, oh mar nefasto y embustero!!

Esto pensando, dejamos el castillo y el inglés, y nos marchamos a los primeros rayos de la luna que tuvo a bien presentarse para mayor lucimiento. A su pálida claridad (perdón por el ripio) llegamos de nuevo al pueblo: si tristes por las noticias y convencimientos descritos, sumamente impresionados, y dejando el *material* de caballos, y subidos otra vez en el *carril*, seguimos nuestro camino.

Esta vez era de noche. No solamente no llovía sino que hace mucho tiempo que no llueve en esta isla, sufriendo la agricultura, los intereses materiales y... muchos otros intereses que se prestan a lucirse, pero de los que no hablaremos porque llevábamos prisa y teníamos que viajar a todo trapo.

Toda la noche viajamos, y apenas si nos detuvimos en Alcudia, que bien merece la pena de hablar de sus murallas medioevales; y viajamos a la mañana siguiente, y por la tarde continuamos viajando. Habíamos equivocado las medidas, ya que la isla era mayor de lo que señalaba el mapa y los caminos se hacían interminables. Siguiéndolos, pasamos por la Albufera, cruzamos llanuras sin fin, vimos conejos, oímos cantar perdices, y con estas *gratas* distracciones, volvió a llegar la noche y a no llover otra vez y a sufrir la agricultura y a no llegar nunca a puerto.

Por fin tuvimos una sorpresa agradable: ¡Alto el carro!, dijo Font, ¡un *talayot* a la vista! Bajamos y realmente lo era. Sus piedras más o menos megalíticas, su ciclópea estructura, y su puerta intacta cubierta por su grandísima losa. ¿Quieren ustedes entrar?, se atrevió a decir el tartanero. -No, mil veces no, dijimos todos a la vez. De seguro que dentro debe de estar el inglés tomando apuntes.

Y continuamos viajando.

## Desde una isla. En busca de salida<sup>26</sup>

Eran altas horas de la noche y aún seguíamos andando por un camino interminable de la isla. La misma luna que alumbra los continentes, aquella pálida luna cantada por tantos y tantos poetas, aquel astro de la modesta clase de satélites, centro indiferente de miradas melancólicas, aquel reflector de luz que más o menos difunto se pasea en la anchura del espacio con peligro de dar contra una estrella de los miles de millares que por allí andan con itinerario fijo también, con ser tan grandes, como con itinerario andamos nosotros miserables pigmeos de la estrella de la tierra! Aquella luz, en fin, de la noche, alumbraba humildemente el camino y dibujaba nuestras pobres siluetas sobre el polvo.

Ibamos andando a pie, que el caballo no podía ya con nosotros, ni con sí mismo, ni con nadie, e íbamos cabizbajos. ¡Lo que es el hombre! Estábamos en una isla, en una pequeña parte de un planeta, que con perdón sea dicho, si lo borrarán del cielo nadie lo echaría de menos en el ancho firmamento; recorríamos tan sólo un pedacito de tierra, un punto blanco perdido en un baño azul, y ¡nos cansábamos, y nos sentíamos sin fuerzas, y sufríamos de abatimiento! cuando esas luces del espacio, sin darse ni un momento de reposo, recorren por minuto un número de kilómetros con larga cola de ceros, llevados de sus alas, de sus inmensas alas misteriosas. ¿Por qué no hemos de tener nosotros unas alitas, por pequeñas que fueran, para ir y venir de la isla al continente, del continente a la isla o donde quiera? ¿Por qué un pajarraco cualquiera ha de poseer facultades que el rey de la creación compraría a cualquier precio? "El hombre tiene las alas del genio", nos dirá el que quiera llevarnos la contraria, "el hombre tiene potente imaginación que anda más que los trenes españoles". "Estamos casi conformes", diría el sujeto aquel de Pollensa, pero nosotros poco provistos de estas cómodas retóricas, seguíamos el camino alumbrados por la luna, y ni un pueblo vivo o en estado *talayótico* aparecía, y hasta hubo un momento en que temimos dar vueltas sobre nosotros mismos, rodando sobre el eje de un círculo imaginario.

¿Quién sabe, volvimos a pensar filosofando (no habíamos cenado) si en

---

<sup>26</sup> *La Vanguardia*, 9-IV-1893.

estas cuevas de Artá que vamos a visitar encontraremos un *paso* que nos libre de éste en que nos vemos cautivos por nuestra mala cabeza? ¡Es tan extraña la tierra! El subsuelo nos guarda tantas sorpresas! ¡El mundo está tan carcomido y se hicieron tantas minas en tiempo de los feudales que iban de una parte a otra para pasar el contrabando! No hay duda que la isla ha de tener tuberías que vayan al continente y que Artá puede ser el salvamento que buscamos. "Andemos, pues, amigos míos, firme la fe y serena la mirada".

Y anduvimos, y andando andando llegamos por fin al pueblo y en su regazo nos dormimos y soñando o sin soñar nos despertamos y salimos para las cuevas guiados de nuestro práctico, toda cuya práctica del mundo consiste en entrar y salir de aquellas grutas que ni él comprende, ni hay quien haya comprendido.

Allí al pie de la cueva se encuentra un pequeño bosque retirado en un remanso. Grandes pinos, con su grata aroma de selva se levantan sobre tupida pradera, dando sombra a una gran mesa de piedra parecida a un altar de sacrificios de los hombres primitivos; levántanse los troncos, en desigual espesura, y corre un espejo de agua reflejando aquellos fornidos árboles que prestan al encantado rincón una bienhechora sombra. Llega el mar hasta allí con tal sosiego, tal arisco perfume del bosque aspiran en él los sentidos, tan grato es el ruido de las hojas moviéndose suavemente al impulso de una brisa cadenciosa, tal poesía de la buena se respira, es tan transparente el cielo, tan apacible el lugar, tan bañado de luz y sobre todo inspira todo ello tranquilidad tan druídica, que hace detener el paso y vacilar el pensamiento, dudoso de meterse en ignoradas honduras, dejando aquel encanto del día para entrar en el reino de la noche, cuyas fauces tragadoras se abren a la entrada de la cueva.

En ella entramos, sin embargo, llevados de *aquel* deseo y de aquella curiosidad de viajero, y entramos despidiéndonos del mundo y de sus galas, confiando la vida a la ventura. Por de pronto, subimos una serie de escalones, bajamos por un camino estrechísimo y llegamos hasta el fondo de un fondo, negrísimo y tenebroso. La luz entraba todavía, vacilante, en el fondo de aquel fondo; una luz azulada y débil como un suspiro, una luz de calabozo; una luz agonizante como luz de gótico ventanal herido por los últimos rayos de un sol que va al ocaso, con sus fibras de plata dibujaba las aristas de ratas estalactitas, se deslizaba en la bóveda, se apoyaba dulcemente en los rebordes, y vagaba como en un limbo soñado. Aquí y allá dejaba una sombra horrible, una visión de pozo sin límite ni relieve, una mancha sin fondo que los

ojos rechazaban espantados, ya más que diáfana claridad, fue una esperanza refleja; ya más que luz fue un recuerdo de ella misma, y así, bajando siempre, sentimos la sensación de que se apagaba el mundo. Confieso que aquella fue la más profunda impresión que tenía que llevarme de la cueva. Aquel adiós a la luz, aquella presión siniestra de la oscuridad absoluta, diéronme frío en el alma. Sentí como un terror de haberme quedado ciego, un malestar de no saber dónde me hallaba, y por más que la razón me decía que todo aquello era irremediable y pasajero a voluntad, con tal rapidez apoderóse de mí la nostalgia del ambiente, del aire libre, de la atmósfera y de la mirada del sol, que me hubiera marchado solo, a saber hacia qué lado se encontraba la salida.

Pero pronto, acostumbrados los ojos a la luz artificial, aclimatados a la vaga indecisión, fueron distinguiendo detalles y más detalles y gozaron de un algo desconocido. Vieron nacer tenues columnas suspendidas de lo alto bajando gota a gota y estirándose para besar a sus hermanas que van subiendo del suelo con la lentitud de los siglos; diabólicas figuras de formas de aparecidos y de fetos de fantasmas, piezas de una loca y espléndida arquitectura, ciclópeos trabajos de Hércules labrados por manos de pacientes pigmeos. Aquí, de entre lo vago de las augustas tinieblas, veíase surgir la silueta de un dragón misterioso, elevarse la figura de una estatua bizantina con sus pliegues lánguidamente caídos; bajar en arabesco dosel un cúmulo desmayado de tenues estalactitas; más allá, donde no llega la luz, más que verlas, se adivinaban otras extrañas quimeras y más santos y más ídolos, y más raras siluetas borrosas como recuerdos perdidos. Veíase aquí una columna de alabastro sin un pliegue en su esbeltísimo fuste, levantábase allí una palmera y descubríase de vez en cuando un abismo, dentro del cual lanzando en su fondo una piedra se la oye chocar sordamente contra el muro, como macabre sonido, y bajar a lo profundo y perderse allá en aquellas lugubridades parecidas a los encantados sótanos que soñábamos con horror en los sueños de la infancia.

Una sala se encuentra donde suenan las paredes como un órgano, donde tiene cada fuste su palabra. En aquella soledad, donde no se oye ni la misma voz del silencio, donde la bóveda es tumba, donde la muerte parece como que oprime las sienas, aquel ruido sonoro vibra al oído como consuelo dulcísimo. Es el arte en su virginidad más pura, el embrión de la música, el sonido brotando de la misma tierra y naciendo para crecer nota a nota como gota a gota se ha formado aquel caos de sublime sutileza. ¡Cuántos años de labor, de esa labor paciente de la gran Naturaleza, fueron necesarios para labrar aquel antro portentoso! ¡Y pensar que podría formarse de lágrimas una

cueva como aquella, reuniendo las que se han llorado en el mundo, tanto han sufrido los hijos del planeta que habitamos y tan viejo es y tanta indiferencia tiene! "Se conoce que para hacer este edificio no se pagaron jornales", diría aquel menestral de la novela de Murger; y tendría razón diciéndolo, que aquí el hombre es admirador de una obra que no es suya y un espectador pasivo. ¡Aquí el hombre es un pobre hombre!

Bajamos más por entre aquel laberinto, cruzamos por angostos pasadizos, y pasando por detrás de un recodo estrecho como una mina, llegamos a la sala titulada del infierno. Es una sala que podría firmar el Dante; una cueva que da pavor, y que tiene la sublime poesía de lo horrible. Allí, las estalactitas son negras como el carbón, de un negro de fuego muerto, de un negro de cueva enlutada; los fustes de las columnas parecen los troncos de una selva enterrada en los primeros momentos de la formación del mundo, las paredes diríamos que han sufrido las torturas de un incendio, y la estancia toda parece ser la de un infierno que se ha ido apagando lentamente.

La verdad es que en aquel fondo no sabíamos si gozábamos o sufríamos. Siéntese una sensación de peligro, pero de peligro hermoso, un goce de admirar aquel portento mezclado del temor de tener que admirarlo más tiempo del deseado, en caso de perderse en aquel local terrible; un deseo de continuar allí, con ganas de marcharse al mismo tiempo. Uno tras otro seguíamos al guía, observando de vez en cuando sus menores movimientos: si mostraba vacilación en el paso, si palidecía su rostro, si tenía intención de desmayarse; le mirábamos como a un enfermo de cuidado; mirábamos aquella luz como debían mirar la de la Estrella los tres Magos, y éste continuaba explicándose, explicándose sin cesar, y nosotros no escuchándole, embebecidos ante el espectáculo que cambiaba a cada paso a nuestros ojos.

Imposible saber el camino que seguíamos, tal era de intricado, irregular y genial, si así pudiera decirse. Allí comprendimos una vez más, que puede existir la belleza sin aquella simetría y equilibrio tan cantado por los viejos académicos: allí era todo inesperado, todo nuevo, sublime todo en su desigualdad perfecta, y por allí seguíamos, ya teniendo que agacharnos, ya entrando en un recinto donde el techo se perdía por unas alturas a donde no llegaba la luz, y bajando siempre, como si quisiéramos llegar hasta el centro de la tierra, llegamos al salón de las Banderas.

Llámase así por unos lienzos de peña suspendidos de las columnas, y es quizá el mayor de los salones de aquel palacio misterioso. Dejónos el guía

solos con nosotros mismos y trepando por senderos que sólo él ha seguido, le vimos alejarse con la antorcha, subir por entre las peñas, ocultarse detrás de los pilares, y por fin aparecer allá en lo alto, dibujándose su sombra en los peñascos, en inmensa silueta. Hubo un momento en que aquel hombre insignificante nos pareció grandioso. Colocado en aquella altura e iluminado por un fuego de bengala, adquirió proporciones de diablo, de ser maravilloso, de genio de las grutas, o de fantasma de la noche. Con la luz en la mano, mostrábanos columnas y más columnas que bajaban de lo invisible y se hundían en lo desconocido, grupos de flores petrificadas y plantas inverosímiles, ríos de espuma aglomerados por encanto, artistas sosteniéndose por milagro, paisajes fósiles, visiones submarinas, y qué sé yo cuántas locuras espléndidas de la casualidad más hermosa. Fue aquello una apoteosis grandiosa, un final deslumbrador, porque acabado aquel fuego, volvió a apagarse la tierra, a reinar aquella oscuridad solemne, aquel caos de tinieblas que daba angustia y tristeza.

Habíamos llegado al confín de la cueva. "Hasta aquí llega mi distrito" (vino a decirnos con su lenguaje confuso el cicerone). "Más allá no ha sido hollado todavía por el hombre"... Miramos, o más bien sentimos a nuestras plantas aquel "más allá" terrible y nos quedamos pensativos. ¡Qué habrá en el fondo de este enigma de la tierra! ¡Qué de misteriosas y vírgenes soledades debe ocultar en su seno condenadas a una oscuridad eterna! "¡Oh sol!, tú eres el gran consuelo del mundo. Ya que aquí el camino que conduce al continente es tan siniestro, a ti corremos en busca de tu mirada".

Y desandamos lo andado, y volvimos a pasar por los caminos estrechos, y por las grandiosas salas, y por los senderos tortuosos, en busca de aquella luz que deseaba nuestro espíritu, de aquel Sol que nos aguardaba enviando sus destellos a la entrada de la cueva.

Jamás le vi tan hermoso, ni más claro, ni echando más fulgores, ni derramando más oro. A su vista, parecióme salir de una pesadilla y renacer a la vida, hízome llorar los ojos que querían mirarlo agradecidos, y declaré que los pueblos de la India que le adoran no pueden ni podrán ser nunca salvajes.



## Desde una isla. Más cuevas<sup>27</sup>

Otra vez nos encontrábamos por los alrededores del fondo de la tierra. Aún conservaba la retina la impresión de aquellas cuevas de Artá y de nuevo nos veíamos sumidos en nuevas oscuridades. Salíamos de un laberinto para meternos en otro, habíamos escapado de los relatos de un guía amanerado como todos los de su respetable clase y oíamos de nuevo eternas explicaciones, no teniendo más remedio que escucharlas, ya que de él dependían unas vidas que queríamos conservar a todo trance, por ser nuestras y quizás por estar amanerados con ellas.

Otra vez bajábamos entre espesuras de peñas, entre abrazos de estalactitas y estalacmitas puestas de común acuerdo desde tiempo *immemorial*. Y entre el gotear del agua y a fuerza de bajar por senderos tortuosos habíamos perdido la noción del camino que seguíamos. No parecía sino que aquel práctico deseaba marearnos, de tal modo nos hacía dar vueltas y revueltas y pasar por donde habíamos ya pasado, pero nosotros, ya prácticos también en eso del ramo de cuevas, andábamos con notable sangre fría, viendo sin método lo que a la fuerza quería el hombre metodizarnos.

Las grutas que recorríamos eran más íntimas que las de Artá, más femeninas, modeladas con más detalles y sino tan grandes como aquéllas, más vestidas de sutilísimos encajes y de ligeras cresterías. Aquí las columnas, más que columnas eran flautas de órgano bajando apretadas del techo, estaban adornando los salones con mayor refinamiento, eran más blancas las paredes y más cuajadas de arabescos. En Artá, la madre Naturaleza hizo una obra grandiosa y aquí quiso detallar y detalló con aquel tino admirable que tiene para sus obras aquella buena señora.

Siguiendo los portentos que ha creado, entramos en un aposento llamado "cueva de los catalanes", por haberse perdido en ella dos paisanos, cuya pérdida y encuentro he de narrar, con todas las circunstancias, valiéndome del relato de una de las propias víctimas, de lo que nos contó el guía, y de lo que yo me imagine en el curso de esta historia.

---

<sup>27</sup> *La Vanguardia*, 18-IV-1893.

Aconteció en este siglo, ejerciendo de víctimas interinas, José Llorens, secretario del *Cau Ferrat*, por nombramiento poco menos que perpetuo, un tío del secretario y un guía de la especie de guías aficionados, a quien no conozco ni de vista, lo que no obsta para que se prestara en mal hora a servir de acompañante a los dos esforzados catalanes.

Salieron, ¡ay!, tío y sobrino no esperanzados, contentos tal vez y viendo quizás el porvenir de la vida pintado de color de rosa claro con sus ribetes de púrpura. Salieron una mañana que apostaría cualquier cosa a que debía ser de mayo y serena y aromática, y por más señas entraron en esas grutas ¡bien en mal hora, válganme los doce apóstoles!

Porque al cabo de algún tiempo de recorrer las salas, de ir de una parte a otra en actitud admiradora, viendo que siempre pasaban por el camino de siempre, preguntaron tío y sobrino al aficionado guía si encontrarían la salida en caso de haberla de menester, a lo que contestóles el notable cicerone, en estos o en muy parecidos términos:

- "Hace rato que la busco y no la encuentro".

- "Demonio -dirían seguramente los dos expedicionarios-. Basta ya de estalactitas y salgamos por el camino más corto".

Salir has dicho, ¡oh humana criatura! Salir de ese enredo de curvas y pasadizos, capaces de marear a la cabeza más firme. Considera, alma cristiana, que si fácil es perderse sobre la clara superficie de la tierra, ¡cuánto más no lo será siguiendo sus negras profundidades!

¡Perdiéronse, sí, y por esta vez bien perdidos! En vano buscaban aquella ansiada salida, aquella puerta de escape, aquella luz, aquella santa luz de claro día! Prisioneros ¡ay! de sí mismos, sin culpa venial para verse encerrados de aquel modo, debían sublevarse y poner el grito en el cielo contra tal injusticia, debían mirar al guía con intenciones de estrangularlo como primera providencia, y debían pedir a la misma que les sacara de allí, que ya no querían más cuevas, y que las daban por sobradamente vistas.

Pero todo esto fue en vano, que el mal paso estaba dado. Pusiéronse sobre sí, no pudiendo hacer otra cosa, y calcularon qué podrían calcular en aquel trance terrible. Por de pronto, no tenían alimentos. Es verdad que podían comerse al guía, pero de seguro que no hubiera sido sin enérgica protesta y

además no había donde guisarlo, ni una sartén a la vista, ni fuego, ni nada que fuera de utilidad en aquella inmensa cueva tan provista de bellezas. En cuanto a comerlo crudo, ni podía gustarles, ni es cosa que se pueda aconsejar. Así, pues, decidieron no comer, ya que no había comida, librarse de molestas indigestiones, soñar en succulentos manjares, y continuar llamando a coro en demanda de salida, aunque no fuera contestado ni por un solo eco compasivo.

Al cabo de algunas horas de andar, observaron que se acababan las antorchas y las dividieron en cuatro, observaron también que no se encendían los fósforos a causa de la humedad, y decidieron fumar por turno, con el fin de conservar un calor que tanto necesitaban. Llególe el turno a Llorens, que no había fumado nunca. Encendió el primer cigarrillo como quien dice a las puertas de la muerte, y a más del susto que llevaba, de la angustia y del poco buen humor que debía gozar en aquel terrible apuro, añadiósele los sudores del mareo.

Mareóse ¡ay! que aún sin fumar había motivos para estarlo, y mareáronse los tres, guía, tío y sobrino, cada cual según su temperamento. Sentáronse, cogió el tío un lápiz faber, lo mojó de la punta seguramente y escribiendo sobre la peña "No hay esperanza", se quedaron a oscuras, porque se apagaron las antorchas.

Imagínese el lector, el buen rato que pasarían rodeados de tinieblas, piense lo que pensarían nuestros héroes por fuerza. Espántase (si quiere) de sus grandes sufrimientos, y calcule la alegría con que debieron oír la voz de un cuerno que les llamaba, buscándoles a tientas por entre la oscuridad, para salvarles la vida. Tío y sobrino, debían caer en brazos uno de otro, como al final de un drama bueno, y aun el guía debió tomar una parte activa en el abrazo, que momentos fueron aquéllos capaces de conmover a un flamenco de los nacidos en Flandes.

Gritaron de nuevo con más fuerza, corrieron por todas partes, y la voz aquella apagóse, y de nuevo volvieron a creerse abandonados. "¡Ya no vuelve a haber esperanza!", podía otra vez escribir el tío y a estar conforme el sobrino, pero no escribieron nada, porque no tenían luz.

¡Qué tormentos! "¡Qué noche, válgame el cielo!, y la salida no aparece". En sus investigaciones, encontraron un enjambre de murciélagos que les azotaban la cara. Tuvieron que fumar más cigarros, que para mayor calamidad

debían ser del estanco, a ver si espantaban a los torpes murciélagos. Hicieron pesquisas involuntarias de arqueología forzosa encontrando un jarro de las épocas *talayóticas* y llenáronlo de agua allá en un lago que vieron en el fondo de la tenebrosa cueva.

¡Por fin!!!... al cabo de unas dieciocho horas de estar enterrados, como Radamés de la Aida, encontráronles sus salvadores, más viejos, más canosos y mucho más desengañados que antes de las bellezas naturales de las grutas. No he de describir la escena del encuentro, que bien debía ser patética por ambos bandos, y sí sólo he de añadir un detalle.

Al mirar Llorens, agradecido, aquellas palabras escritas, "¡No ay esperanza!", notó que su tío, en aquel trance de terrible oscuridad, había puesto *hay* sin hache, y la añadió. Fue un acto aquél sumamente generoso "ya que nos han salvado a nosotros (debió discurrir Llorens) que se salve la ortografía".

Salvóse con gran satisfacción de la Academia Española y, con gran contento del *Cau Ferrat*, salvóse nuestro amigo y secretario, y desde entonces llevó el nombre de Cataluña aquella parte de cuevas que seguíamos nosotros, para llegar hasta el lago donde habían estado los pobres extraviados.

El lago aquél es realmente portentoso y de un misterio indescriptible. Es un lago dormido allá en un fondo de tierra, un lago triste, sin ruidos ni zozobras, quieto de una quietud solemne, pálido como la muerte. Es el agua de infinita transparencia, sin un pliegue en su superficie, sin una sonrisa de agua, tranquila y callada, indicando en su fondo blanquísimo como la plata, visiones de estalacmitas y rincones de una belleza sin mancha. Es agua aquélla que da el vértigo del agua, un deseo de hundirse soñando en dulce y suave arrobamiento, de hundirse lentamente en aquel fondo, dormida el alma en sugestión exquisita. Ni un ruido ha turbado sus ensueños, no ha visto jamás nube, ni ha sido hollada jamás en el curso de los años, que su único contacto es el de la gota de agua que cae sobre su faz, produciendo círculos que van creciendo, para borrarse y unirse en aquel hermoso espejo. Allí hubiéramos pasado horas soñando, no recordando ni el guía, ni la isla, ni el continente, horas de aquellas en que el hombre no se da cuenta de la carga de la existencia, en que el cuerpo se olvida de molestarnos y deja vagar el espíritu a sus anchas, en que el hombre es lo menos hombre posible, pero afuera nos aguardaban, y salimos.

Presentáronnos el libro de oro a la salida, una libreta donde de balde puede apuntar cualquiera un "¡pensamiento sublime! o más, si se lleva dentro", a fin de pasar a la posteridad mientras dure la libreta, la cual de oro fue para nosotros, pues nos evítanos, copiando las opiniones del prójimo, de comprometer las nuestras:

*Adieu, Belles et Nobles Grottes Celestes. Demeurez Merveilleuses. Je reviendrais, vous, qui dans ma contemplation m'avez fait oublier toutes mes chagrins.*

*Au revoir.*

Buen viaje y cuidarse mucho.

(Un anuncio de uno que no pierde el tiempo en romanticismos)  
"Aconsejamos a todos los visitantes a las cuevas, aseguren su vida en "La Previsión", que es la mejor compañía".

(Un ejemplo americano que desanima a cualquiera) "Lo que dentro de este antro se ve, ni se describe, ni se pinta. La pluma mejor cortada ni la paleta de más ricos colores, son capaces de darnos pálida idea de... etc... Inspector de Lazaretos de la República del Uruguay".

"Estamos una corporación de carpinteros" (varias firmas).

"Visitamos las regias cuevas a los veintiún días de nuestro enlace" (sólo dos firmas).

"Con dos bellas muchachitas  
Visité las cuevecitas" (tres firmas).

(Una firma a lo que sigue ¡pero qué firma!!!)

*"Per me si vá nella citta dolente,  
Per me si vá nell'eterno dolore,  
Per me si vá tra la perduta gente."*

He dicho. Luis Mazzantini.

(Frasas cortas, pero expresivas).

"Uno que ni pincha ni corta, pero que vio las cuevas".

"Uno que cuando estuvo en ellas no las vio".

"(i i i i i i i i)".

"Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena

voluntad".

"El que diga que esto no es bonito que se lo cuente a su abuela".

"¡Avergonzaos, arquitectos!".

"¡Con cuánta razón nos envidian los extranjeros!".

(Otro pensamiento sublime y prudente). "En el año 1874 visité las cuevas, y hoy día de la fecha las vuelvo a visitar en compañía de las dos personas que firman. Dios quiera que volvamos a vernos juntos otras veces, en perfecto estado de salud. A.D.G."

(Y por fin otro que añade, para concluir artículo y pensamientos). "En las magnificencias de la cuevas se admira la mano de Dios. En las páginas de esta libreta se ve, si no se admira, la estupidez hermosa de la humana criatura".

## Desde una isla. La enfermedad del país<sup>28</sup>

Habíamos vuelto a Palma. Mis amigos, atrevidos hasta el arrojo y desafiando nada menos que las iras del mar Mediterráneo, habían resuelto marcharse al continente y estaban a bordo esperando que tocara la hora funesta de salida.

Trabamos allí las palabras que se usan en esos casos de despedida, encargos de abrazos y recados que no se suelen dar y que se continua encargándolos por la fuerza de la costumbre; momentos de silencio por haberse agotado las frases de circunstancias, sentimientos que no se aciertan a expresar y quedan dentro, y palabras que salen sin sentido; deseos de marcharse con los que marchan, y por fin agitación de pañuelos cuando el barco empieza a andar, dejando rozagante su blanca cola de espuma.

Seguido de ella vi alejarse el transatlántico, serio, majestuoso y embistiendo ¡ay! aquellas olas; le vi más lejos en el mismo borde de la línea de horizonte; le vi, por fin, desvanecerse, y parecióme entonces (¡otra vez ay!) plantado en medio del muelle, que me quedaba solo en una isla solitaria.

Allí me estuve largo rato meditando, vago el pensamiento y con la indecisión de un vacío, sin brújula en la voluntad ni movimiento en las piernas y sobre todo sin acertar a escoger el camino que tenía que seguir para ir a alguna parte y alejarme de aquel muelle.

Anduve por él maquinalmente y sin rumbo fijo, distrayéndome a cada paso, ya mirando la carga y la descarga, ya las aguas ondeando soñolientas, o las barcas con sus marinos dormidos a la sombra de la vela, o a algún pescador de caña anonadado bajo los rayos de un sol que adormecía el espíritu.

Cansado de no hacer nada, me senté para librarme de aquella especie de letargo, y traté de pensar en el porvenir que me aguardaba en la isla, de cómo saldría libre de este hermoso atolladero; pero el aire era tan tibio y tan

---

<sup>28</sup> *La Vanguardia*, 27-IV-1893.

suave, era tan dulce la sombra y bienhechora, llegaba el salobre olor del mar tan embreado y agradable y era tan embriagador el reflejo de la luz, que poco a poco sentí que se cerraban mis ojos, que me moría de venturosa pereza, que no era dueño de mis fuerzas, y que, sin otras retóricas, me iba quedando dormido.

Jamás sin soñar nada, soñé tanto. Aquello fue estar en el limbo, vivir sin pena ni ventura, y no ser ni de la clase de vivos ni de la otra de difuntos. La vida pareció alejarse de mí mismo, tranquilamente, sin tropiezos ni sobresaltos, y me quedé morfinizado, embriagado de un opio disuelto en el mismo aire o nacido en la isla y la sangre dejó de seguir su curso, y paróse el pensamiento, y me desmayé por dentro como si faltara cuerda a mi máquina y mi vida se hubiera paralizado. No sé el rato que pasé en este estado de beatitud pasiva y de modorra espiritual; sólo sé que soñé que me había vuelto moro sin renunciar al bautismo, que no comía más que dátiles y chuletas de gacela, que me pasaba los días descansando de las fatigas del descanso, que todo el mundo era cama donde echarse a dormir, sin dormir ni estar despierto, y que pasaban los años sin lluvias ni aguaceros para llegar a la muerte y cambiar de dormitorio.

Aquel estado, comprendí que no era estado natural, que no había de qué, para así desfallecer, y que por fuerza había una causa de clima o de lugar que me tenía suspenso y me daba aquel sueño forzoso. Sacudíle como pude en un arranque de esos que a veces tiene el hombre ocultos allá en su interior profundo y levantándome con arrebató sublime, sin consultar mi ánimo que se hubiera quedado allí por los siglos de los siglos, llevéme el cuerpo a la forna, y ya en ella esperé, si no dormido, sentado a que el porvenir llegara.

La Semana Santa fue el porvenir que llegó, y llegó acabando de enlutarnos y de dar a la población más carácter de tristeza. A medida que avanzaba la semana, esas calles tan estrechas como hermosas, tan llenas de carácter como desiertas de gente, quedáronse más desiertas todavía y al parecer más despobladas; en las plazas, en los paseos y en todas partes fue cesando el movimiento, paráronse los coches, callaron las mismas campanas, y Palma quedó aletargada como un gran reloj sin marcha. En aquella soledad de ciudad muerta, viéronse entonces cruzar las figuras enlutadas, compungidos los semblantes y lento el paso; viéronse como soñolientos los hombres y con aire místico y compungido las mujeres; vióseles dirigirse a la catedral y entrar por sus grandes puertas como puntitos negros destacando de la gran mole dorada; vióseles en el interior sublime, prosternados bajo la



bóveda esbelta, y de nuevo salir hacia la calle, e ir a otras iglesias, andando siempre cual siluetas silenciosas. Reunidas más tarde en dos filas ondulantes y compactas, viose entre ellas pasar la procesión con esa vaga tristeza que causa el silencio de las grandes multitudes. Unos timbaleros viejos y vestidos a la antigua abrían la marcha, y de modo tan lúgubre tocaban y andaban tan lentamente, que parecían llevar el compás de aquel sosiego, de aquella calma simbólica, de aquella paz de entierro del hombre mismo; seguían los penitentes en dos filas, largas, interminables, con sus vestas de diferentes azules: oscuro éste y verduzco aquél, desteñidos la mayor parte, o de tonos rechazando la alegría o, más bien, conductores de la angustia; de vez en cuando pasaba un hombre descalzo, oculto el sufrimiento de su rostro a lo fantasma, o bien un amor de niño vestido de tristeza a los cuatro años; ora era un misterio o una virgen llevada en andas, delante de la cual se inclinaba todo el mundo, o seguía una banda tocando una marcha fúnebre, o continuaban las vestas dibujando su negra y tétrica silueta sobre el cielo, teñido ya de colores moribundos.

Una bandera pasó, cuyo color he de recordar toda mi vida, como color de la muerte. Era de un tono indescifrable, de un gris violeta marchita, de un tinte de hoja seca con cambiantes de un luto desteñido y como borrado; tenía la pátina del ex-voto, y la mate palidez de los lienzos enterrados, y volaba en el aire sin recibir un reflejo. Tan vaga era aquella nota y tan lúgubrementemente enferma, que agravó aquel estado de apatía que sentía crecer y apoderarse de mi ánimo, aquel amodorramiento del muelle, una dejadez en el alma que atribuí a la tristeza del día.

Pero vinieron otros más alegres, y noté en mí el mismo mal, que iba creciendo como un dengue psicológico y aumentando el lacio decaimiento que me tenía cohibido. ¿Qué será esto?, pensaba. ¿Habrá en el aire un microbio inexplicable? ¿Será el azul del cielo que hipnotiza entrando por la retina, o el mar quizás, que con su eterno balanceo adormece el espíritu? ¿Será la belleza del sitio, que inclina a la muda contemplación y paraliza el movimiento?

No lo sé, pero empecé a notar que ese mal que me aquejaba éramos muchos a sufrirlo en esta isla. Empecé a notar que aquí abundaban mucho los hombres indiferentes, que no se preocupaban de arte, ni de letras, ni de ciencias, ni de otras majaraderías que estimulen a un verdadero progreso; que un fluido de fatalismo a lo árabe había esparcido en el medio ambiente, matando de indolencia toda iniciativa; que el hombre esperaba muy poco de sus fuerzas, que se dormía lentamente bajo el hermoso esplendor de un cielo

inmaculado y en brazos de un clima bueno como el mismo pan y que sólo despertaba de ese letargo indolente al triste son de la política, para lanzarse a las míseras luchas de partido, con una actividad digna de las más grandes empresas.

Noté también que del partido lo espera todo este pueblo tan bueno y tan tristemente engañado! Noté que no cree en sí, ni en sus esfuerzos individuales, y que viene acumulándolos con el fin de levantar hombres con sus espaldas, de los que espera dones sin cuento, y milagrosos portentos; que despierta un momento de su fatídico sueño para ir a la batalla y de vuelta a ella vuelve a dormirse en el dulce regazo de la isla y a soñar en los bienes terrenales que han de alcanzarle sus ídolos.

¡Pobres ídolos y pobres devotos! Dios quiera que se conviertan en dioses los primeros y logren el bien que esperan los segundos. ¡Que nuevos desengaños no vengán a aumentar el fatalismo que aquí reina, esa paz desarmada, precursora de suprema indiferencia! Debido a ella (¡triste es decirlo!), emigran todos los días artistas y literatos, cansados del anónimo que mata las ambiciones, caen los viejos monumentos en tanto que callan los que pudieran hablar cansados de predicar en desierto. Debido a ella, vemos que un día pegan sin tino una fachada que disfraza a la pobre catedral, otro se convierte en presidio una joya arquitectónica, ayer dejóse marchar los tesoros arqueológicos en manos de ávidos extranjeros, y hoy mismo, a la vista de todo el mundo, trátase de cometer un verdadero atropello, arrancándose el precioso balcón de la casa de la villa, que es quizás lo más típico que la Palma nueva conserva de la Palma de otros tiempos.

Sin embargo, entre esa indiferencia, consuela ver brotar esa juventud estudiosa y entusiasta, estos hombres que aquí viven como emigrados del arte y de las letras y, solos cuasi, estudian y trabajan con un amor que saben que no ha de ser correspondido. Hasta ellos, hasta estas selectas minorías, no ha llegado el mal aire todavía, y es que solos con sus libros, no han sufrido del contagio, y el archivo y el natural han sido sus lazaretos. Ellos trabajan a pesar de la ajena indiferencia, encontrando un consuelo en la soledad del estudio; ellos trabajan mirando siempre a lo lejos, que nada aviva más el deseo de saber que el ser víctimas del desprecio de las grandes multitudes. ¡Dichosos ellos! ¡Dichosos los que viven encerrados en sí mismos, que hasta ellos no llegan las pasiones de los hombres inferiores! ¡Dichosos ellos, que si a veces desfallecen es para volar luego más alto, que a pesar de sus horas de fiebre y sus insomnios, pueden librarse del mal de una indolencia sin sueños!

Porque ¡oh triste de mí! que no puedo ser de los suyos, ni quisiera ser de los otros. Pasados algunos días, aquel mal empezado allí en el muelle fue creciéndome, la desgana intelectual aumentándose, la apatía embargándome los sentidos de tal modo que creí que me iba disecando poco a poco.

Una tarde sobre todo, tal me imaginé que me acababa, tales ganas me dieron de bostezar, de tenderme sobre la arena, de entregarme a definitiva pereza, que no pude más y me fui a encontrar un médico. ¿Qué es lo que tengo, le pregunté, qué mal es éste, que no me deja un instante? -No haga usted caso, me dijo el sabio doctor, "usted tiene el mal de isla".

## Desde una isla. La despedida<sup>29</sup>

Estaba escrito. No había más remedio que marcharse atravesando aquel mar, aquel terrible mar que rodeaba la isla como un anillo de agua. No siendo pez, ni ave, no había otro camino que seguir que el camino indefinible de las olas, para salir de la isla en pos de una patria-continente. ¡Ay! El hombre, ese algo tan astuto, tan incansable, tan buscainventos, no había inventado nada, hasta la fecha del mes de abril del año de mil ochocientos noventa y tres, que nos sacara sin barco de estas islas, que aun siendo las adyacentes, las mirábamos separadas de Cataluña por una línea de azul que nos daba escalofríos!

¡Tan hermoso como es el camino de las nubes, a poderlo andar en un globo bondadoso y dócil a ser dirigido!, tan nuevos los senderos submarinos, a poder andar por ellos como congrios, besugos, u otros peces que gozan el privilegio de respirar donde no respira el hombre, ni aun la mujer, con ser mucho más ingeniosa y sutil, según dicen los sabios! ¡Qué vida, Dios mío, la del marino forzoso! ¡Qué bello estaría el mar si se llenara de tierra y no se llenara de hombres!

Porque yo no sé, señores, de qué sirve tanta sal, y tanta agua, y tantas olas, que humedecen la parte mejor del planeta; pero se me figura, por la poca geografía que olvidé, que si el mundo fuera un poco más sólido no se perdería gran cosa. Es verdad que Colón y otros descubridores de tierras, no hubieran podido lucir sus facultades enérgicas, que Cuba y otras islas estarían en estado de canuto, pero en cambio habría más indígenas en España, no hubiéramos conocido las cotorras y sobre todo hubiérase evitado el último centenario y con él los grandes atropellos a la historia cometidos en conferencias públicas y conversaciones privadas, en menoscabo del siglo quince y parte del dieciséis, de los cuales tenemos informes muy honestos y halagüeños.

Continuando en mis trece, no he de callarme que el mar nos dio mucha gloria y muchos víveres y moneda, que nos elevó a héroes, con algunas

---

<sup>29</sup> *La Vanguardia*, 13-V-1893.

excepciones, que nos hizo ganar muchas batallas de ida y muchos laureles de vuelta, pero hoy por hoy lo tenemos tan descuidado, que a no ser por un ministro de marina, la transatlántica, algunas islas sabidas y otras perdidas, en Dios sabe qué latitudes del Pacífico, apenas recordamos ¡ingratos! que existen olas de agua, hasta el momento que no se ve trasladado a una de esas islas propiedad y ha de volverse por él o bien quedarse en la tierra.

Esta intención, acariciada al mirar aquellos barcos, esbeltos sí, alineados en el puerto, pero todos más bailarines que formales al compás del más pequeño oleaje. Mirábalos uno a uno en aquel mercado marítimo como quien busca potro y no me gustaba ninguno. Este era feo de color, aquél parecía brioso con exceso, el de más allá, con su alto puente, tenía trazas de fortaleza y no me inspiraba confianza. Uno vi, pequeño como un cetáceo, que me atrajo con verdadera simpatía. Era blanco a lo gaviota, largo de formas, elegante de arboladura, y tan quieto dormía y tan dócil me parecía, que diéronme deseos de acariciarle pasándole la mano por sus hermosas espaldas, de besarlo, de darle un terrón de azúcar, y de embarcarme en su seno; pero éste, a quien hubiera confiado mi vida y hacienda y albedrío, por su pequeñez nativa no se lanzaba a temerarias empresas: que era su vida salir con la aurora al impulso de su vela, echar las redes en la bahía y, volviendo con el crepúsculo, navegar siempre entre dos luces y siempre con vista a la costa.

No me decidí todavía a abandonar ésta y de nuevo internéme por la isla. Dirigímonos a Raxa por un camino blanco, de una blancura suprema. Tan blanco era, de tal modo corríamos en el coche entre oleadas de polvo, tal brillaba el sol entre aquella atmósfera mate, tal vagaba todo en una vibración de luz, que sentimos la sensación de nadar entre una niebla formada por caliginosos vapores; una niebla que brotaba candente de la corteza del suelo como si éste se evaporara, una niebla palpable que amodorraba el espíritu. Entre ella pasábamos como entre nubes, navegando entre la tierra y el aire, sin aguas, ni mares, ni otros peligros marítimos. Los árboles, las plantas, los postes y todo lo que rodeaba el camino, se veía anegado, teñido, sepultado por el polvo que mataba la crudeza del color; los objetos adquirían un algo de barniz aristocrático; las sombras no eran sombras, a fuerza de modelarse en el ambiente, y reinaba en aquel claro camino la armonía de un paisaje sin contornos y sin líneas. Entre aquella vaguedad, a veces pasaba un rebaño y el cielo se oscurecía por la nube levantada por aquella masa viviente; otras veces corría una diligencia a nuestro lado y la veíamos cruzar como un algo que flotaba; momentos hubo que temimos que íbamos a quedar sin isla, volando al cielo entre partículas de la misma tierra... hasta que, saliendo de

aquel camino, llegamos a Raxa por otro bien diferente.

Es Raxa una casa señorial, un palacio isleño no parecido a ninguno del continente. Fundólo un cardenal (Antonio Despuig) enamorado de la escultura romana de sus fragmentos de clásica arquitectura, de las lápidas, mármoles, jaspes y bajos relieves, de las lámparas, amuletos y cien objetos más descubiertos entre los escombros de Roma. Recogió sus tesoros con amor de verdadero arqueólogo, y con ellos vino a la isla y en ella dioles amparo, bajo techo señorial, al fondo del frondosísimo valle.

Es la casa tranquila, de augusta tranquilidad, severa y risueña al mismo tiempo y sencilla como una casa de campo. Su adorno está en el jardín, bello como el jardín de los poetas. Por él suben altísimas escaleras, y vese en él, ya una estatua llena de musgo en sombreada plazoleta, ya un león decorativo o un jarrón del renacimiento; aquí se levanta una glorieta íntimamente guardada por la hiedra; más arriba pasa un muro de cipreses, sirviendo de fondo oscuro a los balustres y desprendiendo el aroma clásico del árbol de la tristeza. Adivínase allí la ciudad muerta, de una opulencia grandiosa, vense los restos de un espectáculo de neo-romanticismo, y uno cree vivir en tiempos que ya depasaron.

Los hombres de hoy encuadramos tanto en aquel fondo como ingleses retratados en la Alhambra o payeses vistos en globo cautivo, porque aquella *villa* a la romana está pidiendo figuras con casacones, cardenales, grupos a lo Fortuny, damas de blanco cabello, bajando por la escalera con aire majestuoso.

Y sin embargo, ese olvido del presente y ese aroma que llega allí del pasado, son el principal encanto de aquel sitio. Respírase allí tal sosiego, el ruido del mundo está tan lejos, que es aquella quietud un bálsamo para la vida, y es aquel rincón de tierra como un claustro del paisaje. En él se logra lo que es difícil lograr en este final de siglo: una paz completamente absoluta, vestida de grata melancolía, un lacio abandono del cuerpo y una muerte de ambiciones, que el aroma del azahar, el aire, la sombra de la colina, la vista de una llanura sin pliegues, todo convida a tenderse en brazos de aquella naturaleza tan cariñosa y tan amante para el hombre, todo llama en aquella placidez armónica, a una muda contemplación, todo convida al amor de un sueño de vida eterno.

Acábase el día allí como un suspiro, como si el cielo fuera cerrando los

párpados para dormirse en si propio, como si languideciera el mundo; y allí, entre la vaga claridad de una visión sin relieves, de una atmósfera sin sombras, compréndese la atracción de aquella isla y se la ve más isla y más hermosa que nunca. Allí me la figuré pequeña como el llano que veía, sin otras tierras ni montañas, íntima, risueña como un huerto en eterna primavera, tranquila como un oasis; en vez de mar la creí rodeada de silencio, de un silencio sordísimo que no dejaba llegar las voces embriagadas de aquellos pobres continentes, y sentíla nadar por el aire como un bólido dichoso, y créme solo en ella sin estar abandonado y me imaginé dormido en una hamaca de flores, viviendo del aire del cielo y libre de las perfidias y maldades de los hombres.

Entonces y sólo entonces comprendí, lo que isla quiere decir. Comprendí que no es isla lo que dicen las áridas geografías; que isla es aquello en donde se puede soñar sin ruido, en donde se pueden sentir los males de la zozobra, gozando la plácida nostalgia de un pensamiento aletargado, sin reloj que cuente el tiempo; en donde se puede vivir en reposo del cerebro, sin pensar en el mañana, ni en la antipática lucha de nuestra pobre existencia. Lo que creí mal de la isla, parecióme entonces una bendición del cielo, aquella dulce pereza de que hablaba; sentí deseos de adoptarla para simepre y embriagarme de dulce monotonía en aquella *isla* de isla.

Pero el hombre propone y hay muchas cosas que disponen en la vida, tan complicada de sí y tan sembrada de tropiezos. Apenas la planta humana echa raíces, con savia del corazón, en algún punto querido, le arranca de allí el viento de otros deseos o de nuevas contrariedades; cuando se duerme el espíritu en brazos del bienestar, el reloj está despierto y corre como un condenado... y el mío había corrido dos meses, y me mandaba con sus signos a otra parte, y me obligaba a marcharme de aquel suelo tan querido, tan bueno y tan cariñosamente hospitalario.

Otra vez volví a mirar aquel mar y aquellas olas, otra vez a mirar aquellos barcos, hasta que un día, ¡oh ventura! resolví el problema: me propiné un narcótico, que fue lo mismo que propinarme una dosis de potencia soñadora, y me embarcaron medio dormido con ella. Comprendí que me alejaba, vi Palma borrarse y perderse en el diáfano horizonte, sentí el vacío de dejar grandes si apenas nacidas amistades, y de nuevo créme viajar por la isla misma, nadar por las olas en bólido dichoso, correr por los mares en suave arrobamiento, y soñé haber soñado dos meses, dos meses de sol, de luz y de aire en brazos de una eterna primavera.

## Los aficionados<sup>30</sup>

Sr. D. Modesto Sánchez Ortiz.

Querido amigo: Desde que nos hemos vuelto aficionados a representar comedias y zarzuelas, los casinos de ésta antes tranquilísima y sosegada villa, los paseos y hasta los más recónditos rincones de lo más hogar del hogar doméstico, parecen una casa de locura.

Allí, al lado del venerable piano de los de la clase de cola, y al lado del maestro que hace resonar con esfuerzos siempre laudables las cuerdas enmohecidas del mueble, ensaya su parte de coro el ciudadano antes pacífico y hoy escandaloso, que se ha visto con voz para ser lanzada más allá de la palabra; en los paseos antes solitarios y en la misma playa, vese monologar, libreto en mano, alguna de las primeras partes, estudiando con denuedo encarnizado; en las habitaciones de los *comprometidos* en la zarzuela, no hay espejo grande o pequeño que no sea aprovechable para reproducir fielmente alguna posición más o menos académica de la que esperamos entusiasmos ruidosos, y en todas partes cántanse voces y brotan aptitudes destinadas al glorioso pavimento de las tablas.

Y no es precisamente por puro amor al arte, por lo que llevamos aquí este jaleo grandioso, ni por amor a los goces del espíritu, ni a los bienes corporales, nada de eso. Esa afición de aficionados tiene por móvil una causa más humana. El terrible tormento de los celos.

Y es que aquí, como en todo país habitado y *casinado*, tenemos dos casinos, o sea dos locales de diversión, solaz, controversia y expansión honesta, que si bien dirigiéndose hacia los mismos fines, disienten en ciertos detalles de forma y de principios que los tiene más o menos separados. Están de acuerdo en todo y por todo en tener orquesta formada de adalides de la buena causa; en procurar que los bailes estén (y lo están) bien concurridos de lo mejor del campo de aquel sexo que algunas veces no es el nuestro por razones de indumentaria; en frecuentar más el café ¡ay! que la desierta

---

<sup>30</sup> *La Vanguardia*, 25-VI-1893.



biblioteca; y en disfrutar la pequeña parte que a cada socio corresponde de los pocos bienes terrenales repartidos en la tierra; pero en tocando a las tenues delicadezas de la política, ya sea al por mayor, o al menudeo, entonces enrédanse las cuestiones de tal manera, laten los corazones con tan desmesurado entusiasmo, que obligan a los dos bandos a mantener la paz armada, tomando ejemplo de las primeras potencias.

No como ellas, amantes, sin embargo, de cañones dañinos, ni de molestas y perjudiciales escopetas y pistolas.

No, aquí la guerra se hace a fuerza de competir en divertirnos y distraer en lo posible la hoy triste y pesimista parte de humanidad que vive en este pueblo tranquilo; aquí, como los Derviches, nos matamos a ver quién bailará más bailes y más saltados y con mejor y más garboso lucimiento; batállase aquí por derramar el buen humor que tanto va escaseando y esa alegría de la cual van perdiéndose año tras año las cosechas.

Por ella, querido amigo, por ese don precioso de la risa para combatir toda lágrima que se atreva a asomarse en todo el reino del pueblo, combatimos todo este plantel de aficionados, brotados como por bendición divina. Ya sé que a pesar de nuestros grandes esfuerzos, son muchos, pero muchos, los que no se divierten al son de nuestras habilidades, y que hasta se aburren en diversas ocasiones al oír un *parlamento* de versos o algunas notas que debieran ser de música; pero éstos son tristes de la clase de incurables; gente forrada de luto, almas siniestras investidas de crónica melancolía o sin investidura alguna, y si el letargo no sale de su entristecido pecho, no es ¡voto a tal! que no hagamos esfuerzos superiores a nuestras microbeas fuerzas para salir triunfantes del empeño delicado en que nos vemos metidos.

Como he dicho, ensáyase aquí con una furia incansable. No basta saber el papel de memoria, hay que saberlo de cuerpo entero, valiéndose de todas las facultades de que goze o padezca el individuo.

Hay que estudiar el asunto de la obra, y el carácter íntimo de los últimos comparsas, seguir paso a paso el desarrollo del asunto que se trata para preparar en el final la segura y solemne caída y venganza del traidor, y el hermoso triunfo de la preclara virtud: tal como pasa en la vida; hay que poner de acuerdo los del canto con la orquesta, la orquesta con el director, éste con el de la concha, el de la concha con los cómicos, y éstos con todos ellos y

con el prójimo pagano; hay que tener al menos de cuatro a seis decoraciones, para todos los fondos de los dramas de todas las escenas que puedan pasar en la tierra; y hay que salir a las tablas ¡que es al fin lo más amargo para el pobre aficionado!

Esos ensayos empiezan todos los lunes. Allí en lo alto de la escena, convertida en un desván de cosas imaginarias, medio a oscuras, teniendo por fondo una iglesia cuyo tejado puede el actor tocar con las manos, y frente a una desolación de sillas preparadas, deberían comparecer los buenos aficionados... pero no comparecen. Ya falta el *barba*, el galán o los galanes y la barba; ya es el apuntador el que no llega, o ya llega y se encuentra solo frente a aquella masa que es siempre de pintado pino, y en la que si no hay quinqué es melancólica siempre. Venga quien venga, pasa delante el ensayo. Si no está el traidor, se reemplaza por el virtuoso perseguido; si no está éste, se le persigue hasta encontrarlo y en tanto traiciona otro de la compañía; si faltan todos, ensayan los concurrentes o los parientes más cercanos. La cuestión es ensayar, que la falta de ensayos es causa de las mil y una planchas que se hacen en las comedias de la vida.

Ese lunes, generalmente es el apuntador el que hace el gasto. Primero, porque aún no sabe leer la comedia con aquella soltura que requiere su misión, y luego porque es en vano que lance versos a los cómicos ya que, puestos en fila con las manos pendientes de los brazos y los oídos pendientes de su boca, no dicen esta otra es mía, embebidos como están por aquel tiroteo de palabras consonantes que nos dejan admirados. Al siguiente, ya se habla con más bríos, ya no son varios a decir las mismas cosas, ya se contesta al que pregunta, ya hay quien se atreve a gritar; el miércoles, cuasi todo sale en verso; y en cuanto a los jueves y a los viernes, ni hay ya quien detenga nuestro impulso, ni quien nos saque el castellano de la boca para evitar un destrozo.

Viene el sábado y llegan las damas en tren de pasajeros. Hasta aquel feliz momento, sólo hombres intervienen en el drama; pero desde entonces el asunto se complica. Por la calle que va de la estación a la fonda, vense pasar dos señoras. "Son las cómicas", dicen las mujeres del pueblo, y las ven con esa curiosidad que inspiran a la luz de un sol de día, esas hijas de la noche. Acostumbran a ser las dos, vieja la una aunque no tanto como lo es en la escena, y otra que aunque joven, lo es más sobre las tablas. Están pálidas, visten interinamente, y píntanse en sus despintados ojos un asomo de tristeza y un velo de cansancio. Los jóvenes, y hasta algún viejo, remozados con tal

llegada, las obsequian con su vistosa presencia, las convidan a tomar algún refresco, y sonriendo a todo el mundo las acompañan a la fonda, para esperar hasta la noche en que se efectúa el gran ensayo.

¡Ese sí que vale la pena de ser visto! Allá en aquellos sillones, vése el público que ha seguido las maniobras, que vino el día antes y los otros y vendrá al día siguiente. Como han asistido a todo el curso del proceso mucho mejor que los de arriba, se saben toda, pero toda la comedia de memoria. La música, sobre todo si es de zarzuela, les ha entrado tan de lleno por las puertas del oído, y les estorba tanto dentro, que muchas veces hay que suplicar que acallen sus coros entusiastas, a fin de dejar oír la débil voz del que canta en el patíbulo. En él todo se está preparando. Llegan las damas envueltas siempre en un crónico *negligé*, y se sientan al lado de aquella iglesia, apoyándose en la cornisa; llegamos los *comprometidos* y entran también los amigos de los cómicos que, como son casi todos y llenan el escenario, hacen temer que no haya quien contemple la comedia desde telón afuera.

Por fin, el apuntador se guarece, se prueba de afinar los instrumentos, y se supone que el telón se ha levantado. ¡Con qué bríos, entonces, nos lanzamos a la escena! ¡Qué modo de bracear! ¡Qué derroche de buena voz para el habla y qué esfuerzos para el canto! Las damas, ya viejas (es un decir) en el arte, reservan sus sospechadas facultades, recitan bajo con timbre monótono y desengañado, cantan a media voz y se mueven con excesiva prudencia y melindres, pero ni esa calma, hija de la amarga experiencia, ni el barullo de los de arriba y los de abajo son capaces de arredrar "al vencedor aficionado". Grítanse versos allí, como si se vendiera fruta, ándase de la iglesia al apuntador y viceversa, como fieras enjauladas del Dios Arte; el escenario no basta, ni la voz, ni la palabra para tanto entusiasmo y movimiento; atropéllanse los amigos, trábese lucha entre el grave director y los humildes dirigidos, el público toma parte en la reyerta y acábase el gran ensayo aplaudiéndose mutuamente y esperando el mañana, que ha de ser el gran día de la gloria.

Llega por fin el domingo, y todos están en la brecha. En el público, los de siempre; en la escena, la misma decoración; en los cuartitos, pintándose arrugas, viejos y jóvenes, como llamando a la vejez por medios artificiales. Por último, a instancias de los de afuera, levántase la cortina, aparece el primer aficionado, de una palidez de mármol; con la misma blancura aparecen los demás y, uno tras otro, como fantasmas, van desfilando por la escena... yo

no sé lo que pasa por el aire, que todos perdemos la carta de navegar en las tablas. Bien sabemos que el público son aquéllos y el apuntador aquél; sin embargo, ya sea que la quietud moleste, o que nos encontremos solos, es el caso que las voces, en vez de salir en notas claras y más o menos cristalinas, se equivocan de camino y van a parar al estómago. De vez en cuando uno se siente capaz de decirle cuatro versos al mismo lucero del alba y entonces... el apuntador no apunta, otras veces apunta pero no tira; momentos hay en que ¡ay!, a no ser por el grave compromiso contraído, acabaría la pieza con plena satisfacción de las víctimas que hablamos y de los mártires que escuchan.

Pero, por fin, llega el final y se suda y se respira. Despíntanse las arrugas, y tristes, cansados sino vencidos, dícense los aficionados: "Hoy no salió como ayer". ¡Qué suerte que asista el público a los ensayos...!

## 2. Altres articles de Santiago Rusiñol

### Els caminants de la terra<sup>31</sup>

De les ombres que les tradicions fan veure allà a la fosca de la nit, d'aquells sers imaginaris que l'angúnia i la por dibuixen sobre el negre drap d'estrelles, la fantasma del Jueu Errant és la que m'ha fet somiar més, llançant-me el pensament vers un buit interminable.

La idea d'un ser condemnat a córrer sense descans pel no-ser, a vagar eternament per la impulsió d'un càstig sense fi, sense un pedrís a la terra, ni el coixí de l'amor, ni la mà de l'amistat, és la idea del turment més dolorós, la poesia del sofriment moral etern, la fantasma de l'etern enyorament portat per l'aire de tristesa, la tristesa mateixa, potser encarnada en un núvol d'amarga malenconia, donant l'esgarrifança del monòton allargat al sempre més.

Dia i nit caminar, i estiu i hivern, i anys i més anys seguir, com les estrelles, un curs involuntari, dóna el *vertig* de la distància sense límit, fa sentir dins del cor el buit de la caiguda a un precipici sense *fondo*, fa compadir als caminants de la terra, a aquells homes que, portats de la desgràcia o de la fe, passen la vida marxant sempre, navegant en eterna emigració.

No he sentit mai l'escena dels pelegrins del *Tannhäuser* sense que un núvol de fred passés per dintre meu. Aquell *coro* llunyà que s'acosta poc a poc tot caminant amb el pas de l'esperança, que passa majestuós per allunyar-se després, caminant sempre vers un més enllà desconegut, per força va ser escrit en una tarda de novembre. Un hom sent en aquell cant el ritme del pas seguit i acompassat sobre la terra, l'afany del país que va apropant-se i l'enyorança del que es deixa endarrera com un somni; un hom escolta el compàs del Temps marxant darrera d'aquells bohemis de la fe, i sent

---

<sup>31</sup> *L'Avenç*, núm. 19, 15-X-1893.

compassiva admiració envers aquells pelegrins de Terra Santa que, ferits aquí de la pesta, de la fam més enllà, de la guerra i del fred, marxaven sempre, marxaven com una ombra amb ànima adolorida, (com) moguts per una ventada que els fes anar seguint un camí escrit en les planes misterioses del Destí per una força inconscient de caminant, per l'ímant desconegut de la transmigració, atraient-los terra enllà amb un instint d'oreneta, per un no sé què d'impulsiu que els llençava condemnats pel geni del moviment.

Aquest geni... qui sap?... és potser el que gronxa, el que adorm als mariners seguint el camí del mar.

Ningú com ells ha de sentir el ritme de l'espai, besant-los per aquell camí sense fites, per aquell bressol amplíssim. El Geni els bressa amb la mateixa dolcesa amb què es mouen les planetes, i els alena i els dóna la pàtria de l'aire lliure, així siga plana la mar i estesa i bondadosa, com feréstega i altiva. Ell els conforta amb la promesa d'un camí molt més enllà, d'altres onades seguides d'altres més llunyanes i més blaves, formant una llarga cadena d'esperances.

Pel mariner, el mateix que pel caminant de la Terra, la calma és el terror, el Geni abandonant-los, el moviment que s'atura. Feu aturar aquests homes i un rovell de tristesa els mata d'enyorament: són rellotges muntats de malenconia que, parant-se, se'ls para també la vida; esperits que necessiten l'aire renovat d'estranyes terres; cors cansats que deixen de bategar, com si a sota de llurs plantes s'hagués aturat el món així que senten la quietud del moviment que no es renova.

Però no a tots els caminants els mou el mateix delit. Molts caminen buscant la fortuna que s'aparta; molts, fugint de la pàtria ingrata i buscant-ne una altra de més pietosa; molts, emigrant eternament i esperant la darrera emigració; i aquests són els que fan pena i els que veiem passar com *aucells* tristos per les llargues carreteres.

Res com aquella línia blanca dóna el *vèrtig* del desconsol. La via polsosa escorrent-se interminable per les planes com una beta estesa, pujant com una serp per les muntanyes, per tornar-se a estendre més lluny, fins a perdre's allà d'enllà de l'horitzó, no es pot mirar sense sentir un dubte en el cor, un sentiment de vaguetat, un buit d'absència de l'ànima que se'n va seguint anguniosa la via amb l'afany de descobrir la seva llargària, que arriba a semblar infinita.

Per ella passen els caminants de la terra: bohemis de la bohèmia dels pobres, *clowns* ambulants, carros transportant misèria, músics repetint un cant sense pàtria, gent sense ofici i abandonats de la sort. Per ella passa tot un món que no té llit per a la vida, ni per a la mort un tros de terra segura; tot aquell sobrant de gent que la humanitat escup amb inconscient indiferència; els que la pàtria desterra i en fa eters fugitius de casa llur, perdent de mica en mica els costums, potser els records i fins la llengua mare. Els emigrants passen també, emportant-se com a herència la pobra pols de llur poble, una tristesa incurable i un cor sec i masegat per la desgràcia. I per ella caminen, caminen sense mai parar per aquella ratlla blanca; i travessant, ja planures seques i desertes i cremades d'un sol que fon les pedres, ja aguantant pluges o sentint caure la neu amb la seva gelada quietud, ells marxen sempre, marxen, caient com un destorb a cada poble on arriben, bordats dels gossos, escarnits de les criatures i mirats amb el *despreç* que inspiren els forasters quan són pobres i es presenten com a intrusos.

Tots els hem vistos, aquests bohemis de la bohèmia que passa, i potser ni ens hem girat per mandra d'observar llur desventura. Vestits amb engrunes recollides pel camí, tots hem vist que el llur vestir és una disfressa de la misèria dels altres sobre d'ells acumulada; que tenen la cara indefinible, com de gent que han nascut anant de *passo*; que forma llur llengua l'escòria de les paraules a tot arreu recollides; que en la cara llur no es pinta mai ni una arruga d'alegria; que fa fred de mirar-los; que semblen homes d'una raça abandonada.

Passa el que canta sense veu i el que fa forces sense tenir-ne; passa el que fa plorar l'orgue i el que fa riure de tristesa; i el que no diu res ni res fa, passa també com una ombra muda; i el pas lent de tots ells sembla la processó de l'infortuni, fulles seques de l'arbre de la desgràcia rodolant via enllà i arrossegant-se per terra.

On van, ni ells mateixos ho saben. Van d'esma, atrets pel desconegut, fiant-se en el que vindrà, provant sempre terres noves com remeis nous als llurs mals, fascinats pel blau del lluny, i què sé jo... somiant potser en l'infinit, en el sempre més d'un fatalisme sense límits. Perquè aquests sers que el poble en diu ganduls i els veu com gossos perduts, són potser els lliures somiadors del món, els que senten la poesia d'una vaguetat sense brúixola i es llencen d'atordiment als braços del Destí. Ells potser pensen que la terra sols ha de veure's de passada i que les arrels plantades són nous dolors que han de dar espines per fruit; que la curtesa del viure no val l'angúnia del

combat per sostenir-la; que, el món sent gran, qui més escampa l'amor *menos* estreny el *carinyo*; i que sols el caminar, el caminar eternament, *ubriaga* les idees i ensopeix per esperar la tardança de la mort.

Potser això senten els caminants de la terra! I potser són els filòsofs que practiquen! El llur rastre deixa un desig de seguir-los, un agredolç, sentit i fugit de pressa, de compassió i simpatia.

És un adéu! Cada un passa per la llarga carretera. És l'adéu a una vaga silueta que s'esfuma, l'adéu del cor presoner que voldria tenir ales.



## La colla dels de Sant LLuc<sup>32</sup>

L'escena passa al cel. Un cel de núvols, tranquil i sossegat. Els àngels deuen haver sortit a buscar ànimes i no se senten flautes, ni violins, ni altres eines de fer música celestial.

Entre aquella quietut, el pobre Sant Lluch s'avorreix. S'avorreix en el seu *quarto*, allà a les golfes de la glòria, arrecerat sota un núvol de la mena dels inflats, i sense vistes a terra. Vestit d'anar pel cel, amb un canó d'orgue fuma boira, i s'entreté mirant les estrelles. Tot plegat diu:

-Ai! Aquí totes són *conformes*! Verges, màrtirs i arrepenides, en sent aquí s'esllangueixen, se'ls hi estiren els dits i se'ls hi emblabeix la mirada, els surten unes ales a l'esquena i estrelletes al *manto*, els cabells se'ls tornen rossos i trenats, i acaben el plorar i acaben el riure per sempre. Ni uns ulls negres per remei, ni uns cabells negres, ni una boca d'aquelles *apetitoses*, ni una mirada de foc se veu en tot el regne.

Si això és el cel, l'amo em torni a la terra, perquè, què en trec que res me falti si tot lo que tinc me sobra?

Allí *al menos* si tenia una bona hora, l'havia ben suada; si una dona responia al meu carinyo, em semblava que havia tret la primera, i quan podia vendre un quadro, ni el bou ni els veïns no dormien fins que en començava un altre.

Aquí tots los tenim venuts. Tot lo que fem és bo, en aquest bé de Déu de *terreno*.

Què hi farem! Això d'estar al cel vol sa seva paciència i calma, perquè és cosa de durada, i molta mandra, que el passar una eternitat no és cosa de quatre dies!

(Sant Lluch se gronxa entre la boira).

---

<sup>32</sup> *La Esquella de la Torratxa*, núm. 752, 9-VI-1893.

(Entra un serafí dels de peu, i diu que darrera el núvol hi ha tres pintors de la terra, en comissió, que l'esperen).

(Sant Lluch los fa entrar de seguida, sense fer-los fer *ante-núvol*).

(Sant Lluch se'ls mira).

(Tots tres són joves amb posat d'home d'edat, porten lo pentinat amb clenxa, són eixuts de cara i suats de roba, i es miren molt les boines).

(N'hi ha un que enraona baix i dos que callen).

(Sant Lluch los diu molt content de veure gent de l'ofici:)

SANT LLUCH.- Seguin a un cap de núvol, que el cel és a casa seva, i cobreixin-se.

PINTOR QUE PARLA.- És comoditat.

S.LL.- Cobreixin-se, o jo em trauré la corona. Quina alegria de veure pintors per aquí! Vénen cansats del trajecte?

P.- No, senyor. Havem vingut amb passatge d'ànima d'*ida i vuelta*. Portem missió de la terra.

S.LL.- Ah, la terra! Ara hi pensava no fa gaire, tot fent el meu ofici d'estar en vaga! Quins records té per mi aquell planeta! Quins anys de joventut! Quina gatzara amb los companys de l'ofici! Jo crec que si no m'haguessin fet sant, encara hi fóra. Allò és una de les obres que havem fet amb més carinyo! Aquí en parlem moltes vegades. Potser vam esguerrar l'home; però en canvi, quins núvols vam fer-hi, quines muntanyes, quines planes i, sobretot, quines dones! Bueno, i quina missió és la que els porta?

P.- Ja veurà. Nosaltres som de Barcelona. Havem fundat un casino, tenim la benedicció del Papa i l'havem fet a vostè *sòcio-honorari*.

S.LL.- *Bravo*: m'agrada la pensada. La joventut que es diverteixi, que estimi i que somiï. Sempre els papes han beneït les nostres atzagaiades. Ells són vells i desenganyats de la vida i volen que els joves la vegin amb esperança. Ells són fets per fer los museus i nosaltres per omplir-los. Diguin,

i què fan en aquest casino?

P.- Resar i pintar no més que figures d'home.

S.LL.- Vaja, gats. A mi ja em poden parlar amb franquesa. Que no ho veuen que som del mateix ofici? Sabem lo que és l'amor a l'art: tots l'hem provat, i mentre resem per ell, no tenim més oracions que ens distreguin. Que potser tenen avorriment a la figura de la dona?

P.- No, senyor; però volem fer quadres mascles perquè ens reprèn la femella.

S.LL.- Quin disbarat! I això els hi ha beneït el Papa? Es veu que el bon home té altra feina i que els cardenals no l'enteren. Que no saben que en té el pis ple, d'acadèmies? Que no han estat a casa seva? Mirin, senyors: lo *desnú* és invenció de Déu, i el vestit és invenció de les seves criatures. Què consideren millor: lo fet aquí, o lo fet allí a la terra?

P.- Lo fet aquí, i per això fem misticisme.

S.LL.- Encara dura? I quin misticisme fan?

P.- Del bo.

(Los dos pintors que no parlen, aproven amb lo cap).

S.LL.- Però què pinten?

P.- Paisatges del cel, retrats de vostès tal com tindrien de ser si fossin tal com els fem, i sobretot, molts quadres de devoció per al bon ús de les esglésies.

S.LL.- I aquests retrats que fan, els cobren allí a la terra, o esperen a cobrar-los en aquest regne?

P.- Per ara els cobrem allí. No pintem no més que d'encàrrec.

S.LL.- Ja ho entenc. Cobren el cupó a la terra i esperen la mort per vendre's l'obligació. Misticisme *fin de siècle*. Veuen? Al meu temps, no érem tan egoistes. Jo anava amb el bou pel món; a *ratos* perduts escrivia els evangelis i pintava pel gust que em dava el pintar. Feia art per l'art, i no

obstant, me van fer sant i sant dels de més anomenada. No hi puc fer més, però no crec en los místics de casino.

P.- Ens permetrà que diguem que els primitius...

S.LL.- Què primitius *ni ocho quartos*. Els primitius pintaven al claustre, i feien *desnú* si al *desnú* trobaven la bellesa, i no jugaven al tuti, ni a la manilla, ni beneïen els quadres amb aigua, sinó amb el suc d'inspiració, ni buscaven més encàrrecs que els encàrrecs que els dictaven els seus sentiments més nobles. Això que fan és buscar la moral a la menuda, i els mals pensaments no es tapen amb una fulla de pàmpol. Escoltin, deuen ser vells els socis d'aquest casino?

P.- No, senyor, tots són joves com nosaltres.

S.LL.- Joves diu! A mi em farien *locar*! Que no ho veuen que de jove només se n'és una vegada? Que no la senten venir a tota pressa aquesta vellesa que busquen, aquesta vellúria que els hi ha de trencar el riure? Que es pensen que Déu els ha donar l'alegria per malgastar-la amb tristeses (...) de malalties fingides? Creguin-me a mi que tinc l'experiència del cel i vaig tenir la de la terra. Diguin a aquests joves que han pres lo meu nom per garantia, que em seran molt més simpàtics si aprofiten l'*hermosura* de la joventut que perden. Diguin-los-hi que fins Sant LLuch des del cel les enyora aquelles hores de goig que sentia quan tenia els cabells negres; que seran vells i llavors arribaran aquí al cel escolats de sentiments, buits de cor i l'ànima que portaran serà una ànima de càntir.

P.- Doncs què hem de fer?

S.LL.- Si em volen creure, deixar córrer aquest casino i anar amb millors companyies.

P.- Ai! Que a la terra ja no hi han homes!

S.LL.- Busquin dones, que ja hi trobaran consol.

P.- El reglament no ho permet.

S.LL.- Esquincin-lo. Jo no vull ser soci-honorari d'un casino d'ensopits.

P.- Però...

S.LL.- *Nada*. Ja els buscaré un altre sant perquè els faci de patró.

(Sant Lluch toca un timbre i compareix el serafí).

S.LL.- Noi: digues a Sant Mus que vingui.

(Surt el serafí i al cap d'un *rato* entra dient:)

SERAFI.- Sant Mus no es troba en tota l'amplària del cel.

S.LL.- Doncs acompanya aquests senyors a la *cambra de Sant Boi*.

NÚVOL

Sr. Director de *El Eco de Sitges*.

Querido amigo: El amante de excursiones que, para solaz de su espíritu y encanto de sus ojos, sube hasta la Trinidad, hasta aquella ermita blanca, que desde aquí descubro en el pensamiento como un faro, y al ser en ella, se encuentra con un cielo despejado y una atmósfera diáfana, en el último confín de aquella extensión azul, puede ver un puntito perdido como una nube, un punto cuasi imperceptible nadando entre los pliegues del aire.

Aquel punto, ¡lo que pueden las distancias! es nada menos que la isla de Mallorca; es una inmensa montaña que domina una extensión fertilísima; es el vigía de hermosísima comarca donde se habla nuestra lengua.

Nadie diría que delante de aquel lienzo hermosamente azulado que se extiende delante del café del *Pere de baix a mar*, y de entre aquellas bravías olas que tanto dan que temer y tanto dan que vivir a los valientes marinos que en esa tierra criáis, pudiera brotar tal terreno, ni se encontrara una isla.

Y sin embargo es así. Genís y yo podemos asegurarlo bajo palabra de honor. Se encuentra una isla y no creáis que sea pequeña como esas de quita y pon, es una verdadera isla de tamaño natural.

En ella hay ferrocarriles, bosques, pantanos, carreteras de muchísima extensión, mujeres guapas, hombres de todos los calibres, tocinos, pájaros, ciudades con sus calles, catedrales y paseos, barcos y coches lo mismo que en cualquier continente. En ella hay hombres que se afanan para labrar su fortuna, otros que toman el sol esperando tiempos mejores, jóvenes que se enamoran, viejos que se enamoraron, explotadores y explotados, tontos y listos, aficionados al arte, a la pesca, a las ciencias y a no tener afición a cosa alguna. En ella se agitan las pasiones y laten las malas voluntades, al lado de la virtud que florece, los rencores corren contraste con los actos de ultraísmo,

---

<sup>33</sup> *El Eco de Sitges*, núm. 365, 26-III-1893.

la mala fe con la honradez se disputan y todo marcha en pequeño como en el mundo en que vivimos, que aunque isla, terreno es de este mundo al fin y al cabo, y laborable para todo lo que en su faz se cría y los hombres desbaratan.

Para que nada falte en ella, también aquí hay pasiones de política. Aquí como ahí, al llegar las elecciones, los hombres han corrido hacia las urnas, esperando de aquel voto que echaban en forma de papeles, la salvación de la patria. También hemos tenido discursos de ambas partes, disputándose la primacía del bien, con honra y prez de la elocuencia española; también ha habido creyentes y avisados gobernadores corriendo en tartanas por esas polvorientas carreteras, payeses azorados, caciques jadeantes, todo el movimiento en fin, que lleva en sí ese jaleo máximo de cambio de ventura lograda por los gobiernos; que no basta vivir separado por las aguas, cuando corren las ideas, ni bastan los cordones sanitarios para que lleguen los males que afligen a nuestra querida patria.

Terreno es éste, y en esto se parece a nuestro suelo, que con un poco de fortuna en la dirección de sus hijos, éstos fueran lo más felices posible que se puede ser en este pícaro mundo, y esta isla sería una arcadia venturosa. No hay más que recorrerla a la ligera para ver las muchas y variadas riquezas en su suelo acumuladas, y las bellezas que encierra. Aquí los campos floridos de almendros se extienden como sábana de purísima blancura hasta el confín del horizonte; allá crecen entre las breñas los algarrobos, retorciéndose sus ramas cansadas de aguantar su abundantísimo fruto, los viñedos se crían al lado de los campos cultivados y los olivos legendarios, abiertos de parte a parte, tomando posturas inverosímiles, cayéndose de puro viejos, dan fruto por sus lozanos retoños y contrastan con su color ceniciento con el verde bruñido de los hermosos limoneros y naranjos cargados de bolas de oro.

Con tan pródiga Naturaleza, claro que los hombres no han de afanarse mucho para recoger el fruto que la tierra les ofrece, y de esa progalidad dulcísima y bienhechora, nace la calma legendaria, de cuya fama, justa o injusta, gozan los hijos de estas islas. Mucho pudo haber influido el moro, que tan bien alojado estuvo en ellas y tan valientemente arrojado de su suelo lo fue por el rey D. Jaime, en esta placidez oriental de que disfruta aquí el rey de la Creación. Y por mucho entra también el ser buenos españoles, pero sea lo que fuere, es el caso que aquí el hombre nunca va precipitado. Come con calma, va a sus negocios, con moderación discute, digiere con sosiego, nunca se precipita y satisfecho se pasea bajo un cielo clarísimo y al amparo de un

clima eternamente bondadoso.

Para recrear su espíritu, no le faltan al mallorquín hermosísimos paseos. Tiene el Borne, grandiosa rambla a la moderna extendida en plena ciudad de Palma, donde bajo una sombra bienhechora, ve pasearse lo mejor en mujeres que contiene la ciudad, y eso que contiene muchas. Tiene el paseo del muelle con vistas a su dilatada bahía. Tiene anchas explanadas con miradores al campo, las plazas sobre sus altas murallas al pie de la Catedral y un sin fin de paseos y carreteras que cruzan toda la extensión de isla, llevando a lugares, pueblos y paisajes deliciosos.

Bien quisiera hablaros de ellos, y de lo mucho que a su vista hemos disfrutado, pero sería trabajo extensísimo. Basta que os cite las cuevas, verdadero portento de un parto laborioso de la tierra, rincón sublime, donde late una vida entre la muerte. Donde la gota de agua cayendo pausadamente ha formado columnas de alabastro, que nos prueban lo que puede la constancia, aun en su misma inconsciencia. Basta que cite las murallas de Alcudia, verdaderos recuerdos intactos de una civilización muerta, pero latente todavía; el valle de Sóller, rincón para vivir en él en continua abstracción de las miserias de la vida, mil panoramas más que quisiera ver con esos amigos de Sitges, para juntos celebrarlos como un solo y acordado pensamiento.

Pero ya que tal deseo no pasa de ser deseo, ya que no es posible realizar todo lo que el corazón promete, al menos, querido amigo, cumplo lo que prometí de haceros una reseña de lo que fuéramos viendo, reseña que más que tal, es un recuerdo, que envío a pasar el mar hacia este querido Sitges que tantos tiene para mí.



## La copla del *Pensil*<sup>34</sup>

La copla del Pensil és una copla de fora, formada per uns nois que tenen bon cor per dintre.

Van posar-li "del Pensil" una tarda que venien de bullanga, com li haurien pogut posar un altre nom d'una altra mena, si el padrí hagués tingut una altra decantada.

No va tenir-la i el Pensil li ha quedat i ha de quedar-li mentre en quedi un amb buf dels que toquen, o un amb comes sense poagre, dels que segueixen els dibuixos de la música.

Aquesta sol ser de la mena de l'alegre. Als nois no els vingueu amb entortolligaments de notes, ni entrebancs de bemols, ni pessigolles amb intervencions d'harmonies. Tot lo més, clau de fa (i encara!) i algun que altre *sostenido*. Ells són senzills i senzilles volen les notes.

L'un és fuster, l'altre manyà, pintor aquell o paleta o ebenista, i quan arriba el vespre, cansats de treballar amb la ditxosa matèria, no han d'ensopir-se l'esperit amb solfes saltades i espesses, ni malmetre's lo poc humor que els ha sobrat del treball amb gimnàstiques de dits ni esbufegaments de *sonidos* empaitant-se...

Donau-los una simfonia de les sèries i reposades, per escudella; per carn d'olla, una masurca d'*empenyo*, vals per entrant amb *picadillo* per l'alegria dels socis, i per postres, aquella americaneta tan gronxada portada expressament de les Amèriques per un amic de la família o pel cornetí de la colla quan va anar a fer el servei en aquella illa d'allí de l'altra bandada.

Quan ne toquen una d'aquelles, ah, fillets meus!, allò sembla una placeta de Guantànamo. Quin modo de sentir-se olor de guaiaba i coco i altres fruits! Quins moviments de *negrito* distingit! Quin fum de *cigarro* bo i quin relliscar les parelles, empaitant-se amb la més bona avinença!

---

<sup>34</sup> *Almanach de la Esquilla de la Torratxa pera 1894*, Barcelona, Antoni López ed., 1893.

Quina alegria en Colon que ho pogués veure i tot lo seu parentiu que van anar conquistant aquell *recreio* de terral De segur que daria un parell de voltes amb una negra de les que va portar per mostroari i li caurien quatre llàgrimes si s'estimava una mica el seu *decoro*.

Perquè allò és essència d'Americana. És un extracte de moviments i de compassos gronxats, capaços de fer retornar en Brown Sequard, i fer-li llençar el pot de les medicines.

Ja abans de començar-la, tothom tremola i formigueja. Les noies allarguen el coll perquè les treguin; el jovent dóna ullada i envestida i darrera, en el rengle dels reposats, hi ha un gronxament instintiu, com si cantessin: "*Dichoso aquel que tiene la casa a flote*" i es gronxés en el mar "*el camarote*".

El director, un cop té els papers en clar, mira els subordinats: tot el Pensil en pes, que està esperant el cop de regle de sortida. S'alça com una amenaça i tornant a caure en reculada, fa seguir els violins que comencen un fregadís per allí les cordes més primes.

No és encara l'Americana. Bon tros se'n falta. Són les olives, però unes olives tristes i precursoras d'una empenta voluptuosa. Entra el flautí i s'assosseguen els violins, sentint-se ja ajudats; i *sèrio*, calvo i majestuós, parla lo contrabaix amb gran respecte, i a sa veu para la broma i tothom té confiança que la cosa va empenyada.

S'acosta l'Americana i un alto la prepara. Los cors s'aturen. Torna el mestre a assenyalar i... alça Pepeta! Arrenquen els cornetins unes cascades de notes que les solfes no poden donar l'abast. Vinga repicar i seguir escales amunt i avall, sense donar-se *sossego*; vinga inflar i desinflar les galtes i treure vent per la boca i pel nas i per les orelles; i vinga aquell gronxament, aquell panteix vingut d'Amèrica, que tant serveix per fer cremar els pares de família que s'ho miren com per fer-ne de nous als que s'hi troben.

A la sala, s'arrenca una suor, com si ho hagués manat el metge. Una suor copiosa de partera salvada, una suor que requereix *jipijapa* i que estava el pit més que totes les pastilles.

Los de dalt no s'*arredren*. Al contrari. Demanen quart i ajuda i la trompa s'hi posa i l'ajuda el timbal i a l'últim engeguen el bombo amb platets i *demés*

*vajilla* i allò arriba al capdamunt i reconforta.

És el Pensil que dóna el ple. L'últim graó de la música. Després, amb veu trista, es *despedeix* la flauta i el clarinet i els que ballaven s'asseuen i s'aixequen els que seien i tot acaba amb harmonia i santa pau.

Diem amb santa pau, perquè entre músics és bo de fer constar l'avinença del Pensil. Ells podran no avenir-se alguna volta, entre l'un que dóna un Sol i l'altre un La; podran tenir petites diferències amb els acords de les solfes, però amb els *demés* de la vida van a la una, millor que la millor orquestra. Que havem d'anar a Montserrat? Anem-hi. Que s'ha de fer una subscripció per a un company? Fem-la sens perdre temps. Que hi ha una alegria a passar o una tristesa a sofrir? *Gosem-la* o patim-la junts. L'art del Pensil és l'art de tota harmonia. I més que un lligament de notes, és lligament de voluntats que s'entenen i es secunden.

Qui no sàpiga ser de la mena dels amics, per bé que sàpiga tocar tecles, no serà mai de la cobla. Allí es necessita més bona gent que bons músics; més cors que dits; més homes fornits de bona voluntat que forts de nota, ja que podran cridar a consulta els músics forasters per al *recreo* dels *oidos* i no per als remeis de casa, per al consol de sentiments, amats i vinguts, en cas d'*apuro*, per als casos de germanor i els trànsits de malaltia.

Ser del Pensil vol dir ser de la colla. Vol dir estar a punt per emborratxar-se d'alegria si la cosa s'ho val; per a sentir-se ferits de sentiment i repartir-se'l si el sentiment se n'entra a casa d'algun company; per a plorar junts a cops de violí i junts riure a cops de bombo; per a tocar per fer ballar, i per a tocar per fer sentir; per a, junts, vendre's l'enteniment per un dia de gatzara com per un dia de dol. No sabreu què ho fa, però una cobla de poble sembla la veu del mateix poble. Si ell està núvol, sentireu que la música mateixa és més trista que si *gosan* de serena; si hi ha pau, toca amb més calma, i amb més nervi si hi ha guerra, i sempre és la música mateixa, i no canvia mai el repertori.

Lo que canvia és el *modo* de sentir-la i escoltar-la. Aquella americana que una dia fa voltar la gent amb empena voluptuosa de cap a cap de la sala, és capaç de fer seguir tristament a tot lo poble amb el cap baix, pel camí del cementiri; d'adormir-lo i portar-lo a la guerra amb un sol crit d'entusiasme.

I és que el poble amb una sola cançó ne té prou per al seu passament

de viure. Digueu-ne cant pla, o digueu-ne Marsellesa, el cas és tenir-ne una per esbravar-se cantant tot allò que ni es pot, ni se sap dir de paraula; tenir oberta la vàlvula d'*escape* del sentiment, la veu de l'ànima, que no pot enraonar, i fa enraonar la cobla.

Planyeu-lo al pobre poble sense música! És com si fos mut de naixença!

## APÈNDIX II: 1894-1898

### 1. Articles de Santiago Rusiñol

#### La venda del Museu-Armeria Estruch<sup>35</sup>

Ens havem resistit molt temps a creure que la venda de l'armeria Estruch fos certa. Ens semblava impossible. No ens podíem convèncer d'un fet que és una vergonya; no arribàvem a comprendre que hi hagués un català i un ajuntament i un poble que perquè han pujat els canvis deixessin vendre i venguessin un aplec de records de la nostra terra, que no poden mai més recobrar-se; no podíem avenir-nos que un poble que fins atura la plata al llindar de la frontera, no aturés quelcom de molt més sagrat; de que el nostre Ajuntament, que fa malbé tants mils duros, no comprés aquell pilot de relíquies; que hi hagués col·leccionista tan ingrát, egoista i sense cor, que apilotés les despulles de la nostra estimada pàtria per vendre-se-les plegades així que pugés el canvi i pogués fer-ne diners. Francament, no podem creure-ho, i al convece'ns que realment era veritat ens va agafar una tristesa barrejada de vergonya, una d'aquelles tristeses que, no tenint reaccions, fan renegar de la pàtria al veure-la tan poblada de genteta botiguera, sense ideals ni records ni sentiments de cap manera.

Al pensar que hi ha nacions on les deixes a la pàtria tenen d'ésser discutides i triades, per a no omplir massa els museus; que hi ha artistes que donen les col·leccions, fins privant-ne a llurs fills; que hi ha homes endinsant-se en el desert per a desenterrar despulles, i despulles forasteres, per a oferir-les al llur poble; i al pensar que avui ens venem per miserable moneda, i moneda forastera, les cuirasses dels sepulcres, les espases rovellades sota les naus dels cenobis, les cotes dels nostres hèroes ajeguts sota les lloses, les armes dels nostres pares, i fins potser llurs banderes!

---

<sup>35</sup> *Catalonia*, núm. 8, 15-VI-1898, p. 15-VI-1898.

Aquests mercaders de casa, aquest públic indiferent i ensopit que si tingués armes velles també en faria moneda, aquesta menestralada que enllota la nostra terra amb sa falta d'ideals, trobaran que està molt bé d'aprofitar l'ocasió i fer-ne diners, i descanviar records per monedes de vint francs, i donar rovell de pàtria per bitllets de fora casa. Però aquests mercaders de l'art tindrien de saber que si un dia els consideren com a nació conquistable, com a poble endarrerit, com a nació agonitzant, que té d'ésser repartida per nacions superiors, i els embatguen la botiga, ells n'hauran tingut la culpa, que la cultura d'un poble no es medeix a tant la cana, sinó per fets que els deshonrin, com vendre's les despulles i els records, com negociar amb sa glòria, com deixar-se excavar, com no donar-los feina de recollir poc a poc, sinó de fer col.leccions per vendre-se-les d'una vegada.

Pobra de la terra nostra! Quasi estem per dir que el poble que fa negoci amb les seves armes velles, ja no mereix tenir-ne de noves! El poble que, indiferent, no té una veu que protesti i veu com li van arrencant les banderes arrelades, i que no les hi han arrancades per la lluita de les armes, sinó per l'atzar del canvi, perquè els francs tenen més estima, quasi bé mereix per senyera un tros de bitllet de banc; el poble que té l'egoisme de deixar-se desarmar, no dels fusells estrangers i canons fabricats fora de casa, sinó d'aquelles cuirasses que emmotllaren dintre seu els cossos dels nostres pares, aquest poble no té el dret de sostenir que els americans són egoistes si no alça una protesta; aquest poble ha de callar al davant d'un altre poble que podrà mercadejar amb la vida i l'honor, però que no mercadeja amb la història.

## La cogida del Mancheguito<sup>36</sup>

Con la impresión en la retina de una aureola de sol, rodeada de puntitos de colores, moviéndose, revolviéndose y agitándose como infusorios del color, y en medio de estos puntitos, la sombra de una figura que se mueve sobre las astas de un toro, se resuelve queriendo salvar su vida, se encoje para vivir, reúne todas sus fuerzas, y en un esfuerzo supremo, al sentirse desgarrado, se coje a los mismos cuernos que le sirven de puñal para caer en la arena, moribundo; con esta impresión de sombra entre aureola de luz escribimos estas líneas.

Por más contrarios que seamos en teoría a las corridas de toros, no es posible, habiendo nacido en España, el dejar de asistir de vez en cuando a una corrida. El ambiente de la tarde en que hay toros, la soledad que rodea al que se queda sin ir, el impulso de los amigos y la atracción de la luz, me han llevado alguna vez a la plaza, y cada vez que he asistido, la misma impresión deprimente, el mismo horror al gran público, la vergüenza de mí mismo de haber sido también cómplice de aquel innoble espectáculo, han conmovido mi espíritu, como si un peso moral me oprimiese a la salida.

La primera impresión recibida de este género fue en París, en la plaza Pergolesse. Más de veinte mil franceses contemplaban la corrida; pero una corrida culta, gris, sin borrachera de sol, sin gritos, sin insultos y sobre todo sin sangre; una corrida vaga e insulsa para la gente de toros; unos toros embobados, la espada artificial y los caballos con corazas; unos toros sin peligro, de camama, para la gente del bronce; unos toros de *doublé* para la gente que asistía a la corrida. Pero a pesar de las bolas y corazas, a pesar de todas las precauciones, ocurrió aquella tarde lo que ocurre con frecuencia en las corridas de verdad, ocurrió que cogiendo el toro a un caballo destripóle, y con las tripas al viento, la cabeza levantada, corría el pobre animal arrastrándose a sí mismo.

Un grito de terror, un clamoreo inmenso oyóse en aquella plaza, un coro de insultos, de denuestos, de imprecaciones a España, brotó de aquel público nutrido, que levantándose a la vez y dirigiéndose a la salida, dejó la plaza desierta, de tal modo que los únicos españoles que quedamos allí

---

<sup>36</sup> *La Publicidad*, 8-VIII-1898.

salimos también por vergüenza; y salimos evitando en lo posible el acento de españoles, y al ver pasar, ya en la calle, un picador, y al ver sus piernas manchadas con sangre del caballo entre aquel público culto, un rubor especial apoderóse de nosotros, ese rubor patriótico sentido en el extranjero al ver la patria en ridículo y al faltarnos convicciones para poder defenderla.

Otra vez que fuí a los toros, recibí una impresión de otro género, pero también repulsiva. Esa vez era en España, y en pleno sol, y plena vida. La plaza estaba llena, el toro que se lidiaba era de empuje, y el pueblo pedía caballos, caballos a toda costa, del fondo.

De una puerta salió un caballo blanco, un caballo enfermizo, un caballo indiferente, pero un caballo que yo había conocido, como quien dice tratado, que me había acompañado hacía poco, a pintar por esos mundos, que arrastrando la tartana me llevó días y días al mismo sitio: a un prado lleno de flores, que sevían a mi cuadro y a su instinto; a un caballo cuasi amigo, que ganó nuestro cariño a fuerza de bondad y paciencia, un caballo que iba a morir a mi vista, por una de esas desdichas que la desgracia combina.

Montado por Badila, le vi comparecer en la arena, entre gritos y aplausos que recibía el picador; tieso y contento, sobre aquellas pobres costillas, sonriendo al pueblo que le aclamaba, cuadrando su opulencia, encima de aquella flaqueza, sin acordarse un momento de la víctima infeliz que soportaba su cuerpo, contento de su gran éxito y prometiendo lucirse, con su mirada serena. .

Al mismo tiempo el caballo, vendado, obediente como siempre, manso de miedo y de vejez, corría el pobrecito al lado de la barrera, corría ilusionado, estirando su cuello, creyéndose tal vez en el blanco camino, extrañado, quizás, de no sentir la tartana, y ¿quién sabe? si creyendo encontrar aquel campo de flores, donde nutrir su cuerpo, con perfume del campo y oleadas de paisaje.

¡Pobre caballo! de repente el toro le acomete, y el picador avanza. En instante supremo, se apuntala la víctima, adelanta la pica, y deja en el caballo una huella horrorosa.

De aquella herida abierta, como fuente abundante, empieza a manar sangre, sangre que inunda sus piernas, tiñéndole de color rojo, un temblor mueve sus nervios, baten sus dientes y el sudor abundantísimo se escurre por



sus costillas, cual si fuesen dos vertientes; pero no es un sudor de aire libre, es un sudor negro, que parece desteñir aquella piel de esqueleto; el sudor de la agonía que le mata sin defensa.

Después de esa herida, recibió otra y otra más, y otros aplausos recibía el picador al retirarse de la plaza, montado sobre su víctima. Y yo también quise marcharme, pero el temor al ridículo, el temora la *pose* de sensible me detuvo, y otra vez volvió el caballo a salir y a continuar su martirio.

Ya no era el mismo de antes. Destrozado, lleno de cáñamo, cuasi negro, quería trotar todavía y no podía con él; quería estirar la cabeza y le caía sobre el pecho, no veía ya donde iba; y una vez hubiera caído, de no haberse apuntalado en la barrera. De vez en cuando vacilaba, y temía el picador, que muriera de repente; daba otro paso y parecía que era el último; levantaba con esfuerzo aquella pierna ensangrentada: parecía que lloraba, con tal pena dejaba caer la cabeza sobre la herida del pecho.

Después, un mozo de plaza acompañóle a morir, acercándolo a la fiera: al fin el toro le abrió en canal, destripándole de arriba a abajo, y abierto y arrastrándose a sí propio, el pueblo gritó que lo sacasen de allí, no sé si por asco o por lástima.

Y digo mal, diciendo al fin, porque aunque parezca imposible, aún volvimos a verle, y volvió a tomar otra pica, y allí mismo debajo de aquel tendido, un mozo o un bruto, o un salvaje, le dió una feroz puñalada, y aquella fiera hombre, resultó en aquel momento el corazón más humano que había en la plaza.

Tendióse el caballo, movió las piernas con violencia, estiró el cuello y quedó inmóvil sobre la sucia arena. Al cabo de un rato, temblóle una oreja, y fue el último reflejo de la vida del caballo. Después fue un montón de carne, con unos ojos que aún miraban, y dentro de sus pupilas, grandes, tristes y húmedas de bondad, no se veía el paisaje; reflejaban todo un pueblo que gritaba y aplaudía.

Reflejaban el pueblo que va a los toros, y dejábanme una impresión de amargura, una impresión aun aumentada al recuerdo de la última corrida a que asistí, en la cual nada conozco, ni nada sé, ni adivino, que me causa la idea de repugnancia, hacia mí y hacia el público, como sentí de momento, y

como siento al escribirle.

Ver a un hombre sobre las astas de un toro, y mirarle agonizante y sentirle retorcerse con estertores de muerte, y verle por fin caído, e inmóvil sobre la arena, y contemplar que le llevan a un rincón de la enfermería, como un objeto molesto, que estorba en el espectáculo; y pensar que había pagado por ser cómplice del hecho, dióme vergüenza de mí; al recordar el egoísmo con que la fiera del público negaba importancia al hecho, y que lo negaba consciente a fin de no interrumpir aquel goce sanguinario, dióme vergüenza de todos; al ver la lucha continuando, y los caballos cayendo, y las entrañas vaciándose, acuérdome de París, y de aquel día de vergüenza, y otra vez como aquel día, siento rubores extraños, y siento lo que no es posible: que terminaran los toros, como salvación de España.

Si así fuera, si pudiera contemplarse como esa mancha de sol, como ese innoble espectáculo invade el mapa de Francia, y sube, y se extiende hasta París! mientras aquí lo dejamos, ¡qué venganza para este pueblo español! ¡Con qué orgullo iríamos a sus corridas, a tratarles de salvajes! ¡Con qué gusto dejaríamos la plaza, juzgándoles pueblo bárbaro como hicieron con nosotros!

Pero ¡ay! soñar esto, es soñar en lo imposible. El viento civilizador, ahora viene del Norte, y sin un ciclón terrible, no ha de cambiar el viento; ¡ojalá nos conociéramos, que ese valor del torero, es hijo de una costumbre; que esos hombres que no tiemblan delante de aquellas fieras, temblarían delante de algún alambre cuyo uso desconocieran, de una inyección epidérmica o de una superstición! ¡Ojalá nos convenciéramos que ese valor del torero sería fuerza motriz de gran utilidad y provecho empleada en cosas útiles, y la gran virilidad del valor que se proclama desde tendidos y gradas formarían a ser de verdad una muralla de hombres capaces de grandes hechos que todos demandan a gritos y que no confirma la historia.

## El Burgès<sup>37</sup>

Quan un se troba en alguna fonda de províncias, y en alguna de las taulas sent parlar a crits, riallas estrepitosas, parlaments ab un castellà empeltat, dirigint-se al camarer ab certa franquesa brutal barrejada de domini, ja poden dar per segur que hi ha un burgès català.

Aquest tipus de burgès que regna per tot arreu, aquest fruit que ha donat la flor de la revolució francesa, aquest home improvisat y enriquit a corre cuita, a tot arreu se conreuha, però segons las nacions, segons l'ambient que'l rodeja y la terra que l'abona, té las sevas variants, els seus tipus y las diversas espècies que forman la gran família.

El burgès català autèntich, no se sembla als burgesos d'altres llocs. L'influència de vehinat, el modo d'improvisar-se, la llevor que l'ha fet néixer, la terra que l'ha criat, y'l caliu y la sort que l'han fet viure, ne fan un burgès a part, més bonich, més fresch, més lluhent, y més en ple desenrotllo; un burgès qu'es compon de mena de *Sancho Panza*, de yanki *paté*, y aventurer castellà, ab ressabis de feudal y pretensions democràticas; un burgès que ha acaparat las ranciós d'altres temps y s'ha servit del *progrés* per servir-las més baratas a la seva gran parròquia; formant una classe única; el sindicat del mal gust, el gremi nivellador de tota vulgaritat, el cassino ahont no més entra'l que no surt més qu'els altres, y té'l talent ab *prudència* per no comprometre l'ordre y la bona digestió de la classe reposada.

El burgès d'aquesta terra, és de mena cridaner, lo que prova qu'és tonto de conviccions. Res de paraulas discretas, de modulacions de veu, de pensaments mitjas tintas. Tot té de dir-ho cridant: "clá y català", com ells diuhen, y qui no li agradi que ho deixi. Al cafè totas las taulas vehinas han de saber de què's parla; a la fonda la conversa és de família; als toros l'amistat és general y generals els pochos modos; al teatre els parers se tiran d'un palco a l'altre; la tristesa és cridanera y la broma... Déu 'ns guardi de la broma d'un burgès, que quan ne surt un de broma, y'n surten molt sovintet, és cosa d'apretar a corre fins a trobar una frontera, que posats a ser graciosos, són

---

<sup>37</sup> *Almanach de la Esquella de la Torratxa pera 1899*, Barcelona, Antoni López ed., 1898, pp. 98-105.

capassos de rompre tota la pisa d'una taula de cafè, d'arrancar tots els assientos de la plassa, o de fer un bassal de vi, si's troban en un dinar que'l gasto pagui la broma.

Com que són amos dels quartos, y la trista experiència ha demostrat la farsa y poder que tenen, ells, que'ls guardan, senten un despreci inmens pels que van buits de butxaca, 's creuhen superiors als inferiors de moneda, y ells volen donar la moda, dirigint el sentit comú y sobretot passar per llestos.

Primer deixaran morir una dona en la misèria que creure's passar per tontos auxiliant pobrement a las víctimas dels seus vicis; primer deixaran escórrers els llassos de l'amistat que'l poguer-se imaginar que l'amistat explota; primer se deixaran robar mil duros a n'el negoci que creure's que se'ls estafa demanant-los-hi ab bons modos dugas pissetas deixadas. Conservant en el fondo del seu ésser, com conservan las relíquias de pagès de que prevenen, ne conservan la malícia, aquella astúcia petita que'ls hi surt en las costums, a pesar del seu aspecte y dels diners que'ls disfressan y jòh vanitat de burgès! al revés d'eixa disfressa, ells suposan disfressats a tots els que no'ls imitan. El que du'ls cabells més llarchs de lo que mana'l seu barber, és un artista, un home poch més o menos. El que porta uns pantalons que són més amples de baix o més estrets de cintura o no són tallats ab pauta al istil del remat universal de nivellació de calsas, és un home original, un home que's vol fer veure apartant-se de las lleys que'l burgès té nivelladas; el que porta a n'el cervell, idees amples de miras, fuig de la vulgaritat y vol formar-se criteri y tenir pròpia inventiva, és enemich del burgès; que ja qu'és ell el que paga, no vol que ningú s'aparti de las costums qu'ell conreuha en el sindicat del vulgo.

El sindicat de burgesos del poble de Barcelona, és dels que ignoran més cosas de tot el gran criadero. En quant a lletres, ab prou feinas sab de lletra. El català no l'entén: confessa que no té costum de llegir-lo; que no l'ha après de petit, y que de gran, no ha tingut temps, perquè altres mals-de-cap tenia; el castellà, si bé l'entén no'l pronuncia, y té de llegir-lo baix, per no caure a n'el *ceceo*, o entrebancar-se ab la *zetas*; el francès el sab de vista, y de totas las tres llenguas ne desprecia las ideas. Las novelas no són pels homes madurs, per gent seriosa com ells, y qu'estan acomodats y tenen altrás cabòrias; els versos ni concebeixen que n'hi haja pogut haver; la poesia ni saben lo que vol dir, els articles de costum són cosas per matar el temps; els de cièncias no són escrits pel seu gasto; tot lo més que vos llegeixin, són las

cosas de política, deixatadas a l'altura d'una comprensió lleugera; las cotisacions y cambis, y alguna que altra gacetilla, com píldora literaria, qu'ajudi a pahir lo que saben y no pertorbi'l seu viure de persona respectada per tots els altres burgesos.

De música, no se sab per quins ressabis, ni per quinas tradicions, ni per quin voler de Déu, 'ls ha de venir l'entendre-hi, però és el cas, qu'estan segurs de què hi entenen, que'ls músichs els tenen por, y qu'ells posan el *conforme* a las obras musicals. lo que temen els artistas de la veu, és lo que'n direm franquesa, per no dir poca vergonya. Els fracassos dels cantants, en altres llochs menos entesos, se protestan ab un silenci de glas, fredor que gela als artistas molt més que'ls crits y'ls xiulets; però aquí per no creure's enganyats, per lo d'aquella astucieteta de pagès anant a més, el burgès aficionat té de fer veure al cantant, qu'ell sab de què se las heu, y té de fer veure-li de modo que se'n recordi per sempre. Això sí, no'ls hi doneu música realment sincera, ni música popular, ni música a mitja veu, ni filigranas moderns, ni melodias senzillas, ni modestas armonias que tampoch vos entendria. El crit del tenor entra més a l'espessor d'aquells caps acorassats, que totas las filigranas; un concertant apoteosis més que las finesas de Franc o'ls chorals de Palestrina; el Duo de l' Africana més que un quarteto de Beethoven. La qüestió es nota pel gasto que s'ha fet; si la entrada ha estat cara, que hi treballi molta gent, y que cridin tant com puguin, y que's guanyin el jornal ab molts crits y molta orquesta.

En quant a pintura ¡valga'm Déu Nostre Senyor! En quant a pintura, han passat l'era del cromo y han entrat a l'era de l'oli fresch; de las estampas brodadas han saltat a n'el *peluche*; de las mentidas d'avans, a la veritat sense solta. Si en el quadro, per exemple, hi ha una figura de dona, lo primer són els detalls; que la seda sembli seda, y's confongui ab la seda de debò; que'l vellut sigui lluhuent, que las blondas semblin teixidas a pols y brodadas ab pinzells de pel de marta, y que la dona de dintre sia guapa al capritxo del burgès: res de magres, res de deixos malaltissos ni decadèncias de tons ni siluetes nerviosas; el tipo que seduheix al burgès és barceloní, ve a ser un Rubens de l'*ensanche*, abundant, ple, ample y fornit, ahont com sempre, el seu preu correspongui ab la vianda, ahont no s'enganyi a ningú, ahont no'l prenguin per pagès. El seu ideal de dona, és una noya de fora vestida ab sedas de dintre; una matrona ordinària molt carregada de joyas o una Venus de província, com ells diuhen, ben menjada y ben vestida. Las finesas de color se'ls escorren per la vista y no més els colors d'Indio se'ls clavan a la mirada,

Això sí, en paisatge, ells estan per la veritat, però una veritat a sa manera; així és que sempre'ls sentireu dir: -Aquests verts són falsos, aquests grochs no són justos; el cel és inverossímil, això no és prou natural o allò altre no pot ser. Per ells l'imaginació, l'invenció, la fantasia, l'idealisme, las impressions personals són cebas, res més que cebas. Com que l'instint del bon gust no'ls hi serveix de criteri, y com no volen confessar la curtedat dels seus somnis, l'aixut del seu pensament, y lo esquifit de sas miras, prenen la veritat per pauta y's quedan tan satisfets ab aquesta gran *trobada*.

Però com havem dit al principi, quan el burgès barceloní no comprèn alguna cosa, o li ve ample, en comptes d'analisar-la, generalment la tira a broma, y res més esgarrifós que la broma d'un burgès. Déu no li ha pas fet la gràcia de concedir-li la gràcia. Tindrà l'honradesa, la seva franquesa brutal, fins bon cor i sentiments delicats; però quan un burgès de la terra's vulgui fer el graciós, és cosa d'agafar el tren. La broma li surt espessa, suada, cansada, fins malalta y entristida. Quan arriba l'acudit ja's parla d'un altra cosa; quan la crítica ha arribat, lo burlat ja és fora; quan l'ha *dita*, ningú sab perquè la deya; ha hagut d'apuntar tant rato, que quan tira en comptes de tocá'l blanch descarrega'ls perdigons a sobre dels que l'escoltan. Y això prova que'l burgès barceloní no és flexible, ni enginyós, ni sent amor a las arts. A còpia de posar màquines, també s'ha anat tornant màquina. Màquina de guanyar diners, d'ensacar-los y guardar-los, però màquina a la menuda; sense corretjam de nervis ni potència de gran màquina; màquina positivista, però per fer calderilla. Yankis de rebotigueta sense ideals ni cabòrias, els burgesos de la terra són rutinaris de mena. Per això, per introduhir una moda de París, uns elàstichs, una forma de sombrero, o unas civellas, estan pocas semanas; però per acullir una idea o un avens necessitan una pila d'anys, y al últim quan lo recullen, ja ha quedat endarrerit. L'únich consol que tenim és que d'això de burgesos, la terra n'està atapahida.

## 2. Discursos de Santiago Rusiñol

**Discurs pronunciat en motiu de la col.locació de la primera pedra al monument del Greco (Sitges, agost 1897)<sup>38</sup>**

**SITGETANS:**

Si en nom de la comissió no em cregués obligat a expressar un agraïment, no vos faria esperar a sentir el gran orador, el gran pensador i artista, el il.lustre Salmerón, que enalteix amb sa presència i florirà amb sa paraula aquest acte solemníssim, per gran sort de la memòria del Greco.

Moltes proves haveu donat de cultura, mai heu callat a l'alçar-se la injustícia, i sempre heu respost a qualsevulga idea noble. En el mapa dels pobles civilitzats, el nom d'aquest poble blanc és marcat de lletres d'or; en el llibre de la història de l'art de la nostra terra, hi tindreu la vostra plana, i en el cor de cada artista, hi guardarà un raconet per als fills d'aquesta petxina, d'aquesta hermosa petxina recolzada a les onades.

L'acte que avui realitzeu, la fita que avui se planta en el lloc a on té d'alçar-se la figura del gran Greco, és un dels actes que de nou vos enalteixen, és un pas vers l'ideal, és una empenta donada a la nostra pàtria ensopida, un crit de desvetllament, un exemple que seguir i una prova de justícia.

El Greco, la figura imponderable que arribant de l'altra banda de platja d'aquest mar que contempleu, s'aturava en les costes ponentines com un raig de llum d'Orient per crear aquell art ascètic fet d'enyorances de pàtria i de somnioses tristeses; el gran artista que, despreciant els detalls, entrà en el fondo de l'ànima i va desentranyar la vida per donar-la a ses figures; el precursor modernista, trobant en el realisme les línies del sofriment, les

---

<sup>38</sup> *El Eco de Sitges*, 29-VIII-1897.

arrugues de pensaments misteriosos, els plecs de desenganys i amargures i clavant-les a la tela amb veritat idealitzada; el cor generós i noble, tenint els braços oberts a tots els aimants de l'art, per tots aquells que sofrien la pobresa de la vida i sentien germinar la idea que es vol fer obra; l'admirat del gran Velázquez, el mestre de tota una època i el profeta inspiradíssim; aquell artista immortal no tenia ni una pedra senyalant son pas gloriós, ni un xiprer que ombregés la seva tomba ignorada, ni una làpida despertant al caminant la memòria de son nom, escrit al cor dels artistes.

Aquell ser que amb la flama del seu geni donà més nom a eixa Espanya que totes les flamarades d'oriental fantasia, no li han cremat ni un llumet a l'ara del seu altar; aquell potent creador que donà saba novella a tot un bosc de pintors, no ha tingut ni una modesta corona com a fruit d'agraïment; aquella augusta silueta que passejà nostre nom de banda a banda de la terra, no té un recés ni un coixí en els braços de la pàtria del seu cor; i el nom que alçà un monument en el mapa d'eixa Espanya i que hi ha deixat ses obres, no li ha tornat ni una pedra del pedestal de sa glòria.

Avui que s'alcen panteons en el camp de la cobdícia, que broten estàtues naixents de l'enlluernament, són molt pocs els que es recorden de les tombes amb pàtina, i a vosaltres vos ha tocat recollir aquesta herència sagrada, un deure espiritual, un testament del record, que us agraiïm amb tota l'ànima. Vosaltres heu donat proves en aquests temps de misèries i d'innobles egoïsmes de practicar lo més noble que n'ha en el cor de l'home: l'agraïment al que llega un goig espiritual. Vosaltres heu sabut, en aquests moments tristíssims que les rialles s'empleen en burlar-se de les creències més santes, heu sabut posar-vos sèrios i despreciar les mofes; vosaltres no haveu mirat si l'artista que enaltíeu era fill d'aquesta terra. Sabíeu que era un artista, sabíeu que era oblidat i no heu volgut saber res més. Lo demás ho diria el monument, lo demás ho dirà aquell que us faci justícia, justícia ben merescuda i amb tal noblesa guanyada.

Gràcies a aqueixa noblesa, prompte, arran d'aqueixes ones, tots hi veurem aixecar-se la figura, record a n'el gran artista que, nascut sota un celatge blau com aquest i com aquest sense taques, vingué a enyorar en les fosques catedrals, velades de poesia, la clara llum de sa Grècia. Encarnat son esperit en la pedra de sa imatge, podrà des d'aquí recordar-li la bellesa de sa pàtria. Des d'aquí, l'espuma de les onades seran els llavis puríssims de la gran Naturalesa besant-lo amorosament; les ones que caminen incansables li cantaran melangioses les corrandes del seu poble; el gronxament d'aquest



mar serà el soroll d'un bressol que sentia, endormiscat, a l'obrir els ulls a la vida; el mateix caliu del sol, que daurà tebiosament els monuments de sa isla, morenarà sa silueta i les mateixes estrelles que brillaven en la seva Hèlade, brillaran sobre sa testa.

Això vos deurà a vosaltres la religió del record, i creieu, que veient-la practicar vos estimo i vos admiro. El poble que tan generosament sacrifica en les ares d'aquest temple, no al que ha deixat a la terra un bé purament material, sinó un raig de l'esperit; el poble que no repara si l'home que glorifica ha nascut en els terrossos del terme, en el cercat d'una frontera, sinó en la plana del món per hermostrar la vida; el poble que idealitza, que desprecia els curts de mires i veu l'amplària de l'Art i el fondo de la bellesa, és digne de tenir pàtria. El que recull les idees que volen per tot el món i les guarda en un reliquiari i les bressa vora el caliu de la llar, és digne que en el món li recullin les seves; els que emparen els artistes d'altres terres, no es trobaran emigrants a qualsevol país que vagin; no sofrirà enyorament el que reculli en sa casa els emigrants de més lluny, ni serà freda la tomba pel que guardi les despulles venerables dels genis morts en sos braços.

Tot això fareu vosaltres, a l'alçar aquest monument. Tot degut al vostre esforç, tot a la fe que us alena. Millor que ens hagin negat el bronze. D'aquest modo, no deurem res a ningú.

D'aquest modo, podran fer alguns canons que no farien cap falta.

No faltarien per res perquè també els monuments són cuirasses que defensen la pàtria; són cuirasses de cultura que aturen l'enemic pel sol respecte que inspiren; són muralles que amb el prestigi que donen al poble que les basteix, es guanyen la simpatia; són armes civilitzades que aturen la feresa.

Si cada poble del món tirés les armes de l'odi a la fornall de la glòria per aixecar monuments, cregueu que les cegues armes ja no farien cap falta. Els pobles, glorificant-se els uns als altres, acabarien les guerres.

**Discurs pronunciat amb motiu de la inauguració del monument al Greco  
(Sitges, agost 1898)<sup>39</sup>**

**SITGETANS:**

El dia de la inauguració del monument al Greco ha arribat. Lo que per un moment semblà sols un desig, fins un somni d'uns quants devots de l'artista, s'ha convertit en un fet. Ja aquella noble figura que vivia en el record de tots els que estimen l'art viurà amb sa plàstica imatge, gràcies a l'amor que un poble que no ha perdut les creences, entre la gran soledat d'aquest mar d'indiferència que ha inundat la nostra terra.

El fet de glorificar i enaltir i perpetuar en la pedra una figura d'artista pel sol fet d'agraïment vers un home que no és fill d'aqueixa terra sinó de la humanitat, no sabeu pas lo que us honra; el fet de desprendiment per una idea platònica, per una figura històrica sense el relleu de la vida, ni atracció de consciència, ni lligaments de família, no podeu imaginar-vos com us vesteix de noblesa. De la glòria que ha escampat aquella hermosa figura, acaparar l'agraïment i pagar el deute de tots en aquesta recordança, podeu creure que us aixeca a alçària tan gloriosa que, al fer un pedestal al Greco, feu un pedestal al poble.

Tot ha sortit de vosaltres. Sense la vostra abnegació, aquell geni independent, aquell geni creador que, al donar vida a la matèria, féu honra a la humanitat, el precursor de Velàzquez, que per primera vegada feia realitat el seu somni, donava plàstica a l'ànima i aturava l'esperit marcant-lo sobre la tela per admiració dels segles; aquell raig d'inspiració que, per ser tan esplendent, fou jutjat de bogeria perquè enlluernava el vulgo; aquell sant de calendari de l'Art, sense la vostra devoció, no tindria un sol altar que recordés la seva memòria perquè -fa tristesa el dir-ho, però és veritat- els que s'han quedat les seves obres no han tingut desprendiment, ni voluntat, ni memòria per pagar el deute que tenen. Molts artistes que deuen tot lo que saben a la tradició del mestre s'han mostrat sords al record i sords a l'agraïment; els

---

<sup>39</sup> *El Eco de Sitges*, 4-IX-1898.

aplecs i societats que porten l'Art per senyera no han donat senyals de vida per recordar la del geni; fins se us negà la matèria d'un pobre pilot de bronze que, d'haver-lo donat a temps, no el tindria l'enemic i honoraria la nostra pàtria; fins s'han de vosaltres i de la vostra abnegació tots els curts de pensament, però com més destorbs han sortit i més espines crescut pel camí de la vostra idea, més gloriosa fan l'obra i més gloriós aquest poble que mig somiós vora el mar sap somiar en el passat mentre espera el pervindre.

Aquest pervindre que espera -la gran regeneració que necessita aquesta terra i que tothom demana a crits com un poble que s'ofega-, si tots els pobles plegats seguissin el nostre exemple, no es faria esperar gaire. Si en comptes d'encomanar-nos la política menuda que porta odis de botiga, astucietes de guineu i depravació de costums, se seguís el gran exemple de nacions fortes i dignes; si en comptes de creure'ns hèroes, de creure'ns en aquell temps que dominàvem el món, de creure'ns com els nostres avis, ens vegéssim tal com som i, procurant imitar-los, estudiéssim tots plegats per ser dignes de l'herència; si en comptes d'aixecar estàtues als homes improvisats, fills d'ahir i enlairats per sorpresa, als homes quina història no ha passat pel gran sedàs de la crítica, les alcessin a n'el pedestal dels segles i, en comptes de creure'ns dignes com les mateixes estàtues, sols fóssim els seus devots, uns devots plens de la fe de ser dignes dels seus mèrits, no ens veuríem desenganys com els que acabem de veure. Si l'honradesa es fes glòria, els malvats es tindrien que encauar; si el mèrit victòria, els tontos s'amagarien; si el treball virtut, emigrarien els dropos; si tots els pobles plegats seguissin el vostre exemple, la gran regeneració no es faria esperar gaire. De les espigues de pobles, se'n faria una gran garba, no de palla -com és ara per desgràcia-, sinó d'espigues madures, daurades pel sol esplèndid, i les planes d'aquesta terra serien un mantell d'or a on tots viuríem feliços.

La nostra espiga és madura. L'estàtua enlaire. Avui que tenim d'abaixar el cap per mirar tantes tristeses, havem d'alçar-lo per mirar la figura; avui que per tot arreu se'ns rebaixa i desprecia, és un deber que tenim de poder mostrar als de fora que si s'honra els toreros, encara hi ha qui honra els artistes; que si bé es parla flamenc, també es parla el llenguatge del record amb concisió de làpida; que si s'honra el vedell d'or, es troba or per honrar la idea pura; que si cauen les muralles a l'empenta de les bales, altres muralles s'aixequen a l'embat del pensament; que si hi ha pedestals d'arena a on s'han enfilat els tontos ajudats de la fortuna, prop de l'arena tenim pedestals de pedra a on enlairar-hi el Geni que sembla, la llavor santa que avui és pa de l'esperit dels mateixos que ens denigren.

Fins la fama d'egoistes que teníem, avui hem tirat per terra. Perquè el poble que dóna, com ha donat, lo més noble que pot dar, la glòria reconeguda, i no la dóna a un fill d'aquí, sinó a un nom universal, no pot ser mai egoista. Fins contra el positivisme hem aixecat la bandera, fins d'exemple podem servir als altres pobles, ja que si aquí neix un monument que no ha nascut en altres llocs, és prova que aqueixa terra és abonada per néixer-hi. Mai les flors no han crescut en el desert, mai les plantes ufanoses s'arrelen en el rocam, ni han fruitat els arbres sense saó. Sí, sí, el Greco avui té una estàtua, i la té a la vora del mar, i la té al poble de Sitges, és que l'oreig de la platja i el gronxament de les ones i la salabor de l'aire, és vent que porta cultura. És que portaven en l'ànima la idea germinadora i n'hi ha hagut prou de regar-la perquè nasqués ufanosa.

A tots us dono les gràcies, que tots us les mereixeu. Des dels que han obert la mà, fins als que l'han allargada, des de l'obrer al menestral, des del ric al mariner, des del nostre Ajuntament a l'artista que, vivint la vida de l'altre artista, l'ha fet viure en eixa pedra, desenterrant la seva memòria, des dels que vivim aquí, com als pelegrins de fora, que de l'altra banda d'Espanya han vingut a honrar la gesta, a tots us dono les gràcies. Tos plegats haveu comprès que si es poden esborrar els pobles i canviar les fronteres, la glòria que surt de l'Art i vesteix amb aureola els que saben honrar-la, aquesta no s'esborra mai; que si es moren els mortals, les planes que ells han escrit, si són dignes i hermoses i ben escrites, són tresors que s'han de guardar. I alabat qui sap guardar-les, que si les guerres dels pobles omplenen els cementiris, desenterrar els Genis i fer-los viure de nou, aquesta és l'obra de la pau, la gran obra que avui esteu fent vosaltres.

Visca el poble que ressucita els morts a la vida de la glòria, visca els homes que fan viure la vida espiritual, és a dir, visca Sitges i visca el Greco!

## APÈNDIX III: 1899-1903

### 1. Articles de Santiago Rusiñol

#### La vida de paisatgista<sup>40</sup>

Pocas maneres hi hauria de passar aquesta vall de llàgrimes, com passar-la en una vall qu'en compte de llàgrimes hi baixés una riera d'aygua clara enmirallant la salzareda, el pedruscam, el cel y tot lo que tingués obligació d'enmirallar; ab l'ombra de un arbre a sobre, ab el caballet parat per treballar, el quadro al davant per escusa, y l'herba llisa i fresca al costat per fer-hi la gran reposada.

Tot hi seria hermós allavoras: ho seria la mare Naturalesa, ja tant ponderada per els poetas, que no s'ofendrà si no en parlem; y l'ayre de montanya, tan bo pels pulmons i pel propietari dels pulmons: allò del *azono* i del *azogo*, y de l'*hidrògeno*, y del *oxígeno* y otras parauladas que diuhen els metjes, quan se volen treure an el malalt del davant y enviarlo a fora; la pau del camp o la *retirada vida*, la vida enretirada, y cent atractius ja poètics, ja casulans, que farian que tot ne fos tant d'hermós, que a no haver-hi cers inconvenients, que direm ab temps y tinta y paciència, tothom que tingués una rendeta o un passament d'americano acomodat se faria paisatjista.

Allò que diuhen els pagesos a n'els pintors de paisatje, "vostès se diverteixen sense fer mal a ningú", crec que no ho tornarien a dir. En venint la primavera, y comensant el sol a ser tebio y fer de von estar a n'aquellas ombras que dèyam, "¡adéu anyada i pagesos!" a cada camp no s'hi veuria un caballet, s'hi veuria una eugada; a cada torrent n'hi hauria un rengle per

---

<sup>40</sup> *Almanach de la Esquella de la Torratxa pera 1903*, Barcelona, Antoni López ed., 1902, pp. 163-168.

banda, com si el torrent fos la professó y els pintors el cordó de tropa; a sota de cada pollancre tres o quatre, y a sobre l'herba reposant tants com n'hi capiguessin. Ademés, el pintar paisatge tindria un altre atractiu. Tindria l'atractiu de què'ls paisatjes no són may a ciutat, y no senthi un no hauria de veure tranvias, no tindria d'anar a casa'l llimpia botas a portar els peus a tenyir y llegir els diaris que's troban sobre'l vellut de l'assiento; no hauria de portar coll postís, ni camisa postissa, ni cap prenda de les postisserias que's portan; de mitin no se'n sentiria may cap, ni s'ompliria el cap de frases d'aquellas de revolucionar, de desrevolucionar o de contrarevolucionar; no viuria may a cap quint pis, perquè allí ahont hi ha paisatjes no hi ha quints pisos; els municipals y policias ni sabia lo que són (y cregue que tindria bona sort); les eynas de telegrafiar, telefonar y tenir conversa sense fils, ni las sabia fer moure ni ganas; y en fi, acabem y diguem que de tot aquest immens neuler que'n diuhen civilisació, no'n coneixeria més que'ls camins, y encare'ls camins de bosch: de modo que pel paisatjista tot l'any seria Festa de l'Arbre.

Però ¡ay! (ja som als anys) això són las ventatjas del gremi; las concessions, que dirian els diplomàtics; l'haver que diuhen els comerciants. El paisatjista de la mena dels que copian el natural al natural y *frente a frente*, tal com està avuy en dia la mare Naturalesa, n'hi passa moltas de trifulgas. Primerament no té qui's cuyda de sembrar els paisatges pintables, lluny de poblat y apartats de la barraca. Ab això hi falta una mica de policia (però no d'aquella, sinó de l'urbana-rural, o de la pintoresca-paisana). Per un voler de Déu y dels homes, sempre lo bonich és lluny de l'home, y'l pintor té que fer lo mateix que'l cassador; els de Mollet han d'anar a Caldas; els de Caldas a Castelltersol, y els de Castelltersol al Tibidabo, y ¡visca la Geografia! com si las perdius s'allunyessin y el paisatge reculés; de modo que d'arribar al prat de cassera o pintera, en compte de cassar o de pintar, vos haveu de menjar costellas y ¡jeure! que d'això del jeure n'és molt perjudicada la classe.

Després el rengló dels núvols també està molt mal organiat. Surtiu ab els colors de sol, ben clars, ben de bugada, y sempre allí a sobre de la montanya surt un borralló com un pessich de cotó fluix, y sempre trobeu un pagès que vos diu que serà calor, y sempre en compte de calor és pluja. *Viceversa*: carreeu la capsa de núvol, ab aquells tons grisos que fa anys ne deyan colors modernistas els crítics entesos, y voleu fer d'Urgell una estona ¡y'n voleu de sol allavoras! Vinga claror, vingan deserts de Sahara acumulats y rayos X que penetran y tota la lluminària! Que no voleu fer sol, ni núvol, allavoras no feu res, perquè no hi ha res pintjor que'l dubte; el dubte ha

perdut a tants pintors com a polítics, a tants propietaris com a *obreros*.

Y lo que l'ha estat a punt de fer-lo perdre al pintor més que tot, és l'amich del pintor, aquell subjecte que sempre li surt al pintor y que plantat darrera del quadro sembla la pròpia consciència posada darrera las espatllas. Ell, mentres traballeu, aconsella sempre, no para d'aconsellar ni un sol moment; aconsella de paraula, ab els gestos, ab els colzes, ab l'intenció, y si pot agafar-vos la mà vos l'agafa, y si ell està cansat d'esperar vos agafa els pinzells y vos els desa, y quan ne té prou de pintura vos fa plegar vulgas que no vulgas. N'hi ha que volen triar els llochs *pintòrichs*; que vos portan a veure una posta de sol qu'han vist el dia avants; que vos diuen "això no ho pinti que tampoch el creurian", que vos treuen les fullas secas qu'haviau comensat a n'el quadro y no vos n'hi posan de tendras, o perquè se las volen per ells, o perquè haurien de podar els arbres; n'hi ha que després de dir-vos qu'ells en pintura no hi entenen y que potser diran un disbarat parlant-ne, comensan pel disbarat y a darrera'n diuen dos o tres de torna, y un cop dits vos engegan cada teoria estètica que allò sempre acaba malament; primer perquè si'ls hi contesteu, en compte de paisatge s'arma allí una controvèrsia que ja'n teniu per tota la tarde, y segon que si els deixeu dir se figuren que'ls preneu per ximpls, y encara que ho endevinan ningú'n vol ser d'aquest gremi, y s'ofenen y... no se'n van. N'hi ha de callats, amichs fantasmas, que brenan darrera'l caballet, y sopen, y dinan, y fuman y no convidan per no destorbar-vos la tasca. N'hi ha que's posan la mà a l'ull fent d'ullera y busquen la *perspectiva*, y fan grans exclamacions així que la troban. Y per fi hi ha els més terribles: els *amigos* caminadors, els que vos volen fer conèixer el país a peu (qu'és més higiènich) y vos diuen cada dematí encare no apunta'l sol: -No ha estat al Puig Major, vostè? No hi ha estat? Donchs hauríem de pujar-hi. No més hi ha deu horetas a peu, però quina vista; allí sí qu'es podrà esbravar. ¿No ha estat a l'hermita? Demà hi anirem a peu. Ab sis horas s'hi puja, y me'n donarà las gracias. Y al Puig Gros y al Puig Xich? Tampoch? Vostè no ha estat en lloch. Nada: per tot anirem, y a peu, sempre a peu; el vindré a cridar dematí... y sabrà lo que són bonas *vistas*. Y vos cridan dematí, y vosaltres crideu més qu'ells però l'amich crida d'entussiasme perquè ha trobat com matar el rato, y el pintor de ràbia d'haver-li mort l'alegria y de no deixar-lo dormir, ni viure, ni pintar ab *libre albedrío*.

Donchs encare hi ha tres cosas més terribles pel paisatjista qu'aquest mostruari d'amichs. Hi ha tres plagas: las moscas, el vent y las criaturas. Deixem corre el vent, qu'és el seu ofici; el vent és l'amo del vostre quadro; vos el porta allí ahont vol ell, al mitj del riu, a sobre la pols, a sobre la roba o

a dalt d'aquell Puig Gros que no vos hi ha pogut portar l'amich; el vent té forsa y so s'hi pot fer broma ab la forsa; però las moscas y las criaturas que no'n tenen, sembla impossible que puguin arribar a fer tants estragos. És admirable lo aficionada qu'és la mosca a la pintura, y lo entussiasta qu'és la criatura dels colors. Allí ahont la mosca hi veu una trista pinzellada, ja li teniu a n'ella a sobre; allí ahont la criatura veu un tubo, ja teniu tot el tubo sobre d'ella. La mosca's brena l'oli, la criatura l'oli y la pasta; la mosca's passeja sobre'l quadro, el quadro sembla que s'haja passejat sobre la criatura; la mosca s'hi posa de potas, la criatura hi cau de potas y de mans y de cara, sobretot de roba; y entre la bestiola irracional per una banda y l'animaló racional per un altra, vos deixan al mitj del paisatge que no sou bo ni per les moscas. Y que no vos penseu que no n'hi hagin en el camp d'aquests dos animalets; sembla que no n'hi hauria d'haver però n'hi han, y quan no n'hi han ne surten, y quan no'n surten vos els envian de las masias, y quan no n'hi han prous a las masias las mares els tenen a corre cuyta, tot per amohinar al paisatgista.

Pintareu un quadro al mitj d'una isla d'aquestas que se sab del cert qu'estan voltadas d'aygua, y a la mitja hora de pintar, l'isla ja n'estarà plena y habitada y ben freqüentada. Pujareu dalt d'un arbre, donchs arbre amunt la mosca y la criatura; baixareu a un pou, mosca y criaturas al pou; anireu al cel pera fugir-ne, donchs de moscas no se sab que n'hi haja, però d'infants a tots els quadros celestials; quasi no hi veureu altra cosa.

Com se combaten? S'ha probat tot y tot és inútil. Cansat de tots els remeys, un dia vaig voler fer dugas probaturas. Per las moscas vaig voltar-me de un cercle de terrossos de sucre, y pels infants vaig escampar balu de Prusia, qu'és color que taca ab més bon resultat la roba. Al cap d'un moment totas las criaturas eran blavas de cap a peus, y sobre tot de pantalons y faldillas, y el cércol una rodona mosquera. Ara anirem bé, vaig pensar; la bestiola no entrarà per una banda, y las mares, quan vegin a las criaturas brutas, las hi donaran un juli, capdalt y tot anirà com una seda.

Valga'm Déu! Ni'ls van estalviar el juli, ni las moscas se'n van anar dejunas; però l'endemà totas las mares del terme van venir desesperadas per esclafar-me a mi i al quadro; y sabeu per què no'l van esclafar? Perquè las moscas y las abellas y els mosquits van venir tan esmolats, a tants mils, que'ns van fer fugir a mi y a las mares de las terribles criaturas. Y ara qui vulgui fer paisatjes que ho probil



Si el hermoso nombre de estrella que se da a las grandes artistas de la escena tiene significación simbólica, en ninguna parte la tiene tan justa y tan adecuada como en esta pobre España.

Aquí en arte, con ser el país del sol, es casi siempre de noche, pero de noche brumosa, sombría y opaca, sin colores ni reflejos; de noche sin ambiente, sin misterio y sin poesía; de noche gris, sin vida y sin vibraciones. En este fondo sin fondo del horizonte del arte, apenas brillan estrellas, y si algunas aparecen a lo lejos, su luz es triste y vacilante como luz de crucifijo, como lámpara de ermita, dando más melancolía que verdadera claridad. Su mirada, su voz luminosa, su reflejo mortecino, brilla tan sólo un momento y vuelve a cerrarse el cielo y nos quedamos a oscuras.

Aquí en el país sereno, si queremos ver estrellas, hay que verlas en las mangas militares. De la belleza simbólica, del alto cielo del arte, han bajado a la lucha de miserias terrenales; de reinas que eran, han descendido a tenientas, a alféreces o a coronelas, y dormidos, sin ensueños, lacios y aletargados, vivimos tan guapamente, vegetando por instinto, sin buscar el más allá, sin mirar los arcanos misteriosos donde vive la belleza, sabiendo, por lección del desengaño, que en nuestro pobre horizonte sólo reinan las tinieblas y que ya el teatro español es una cámara oscura llena de clichés por dentro, pero sin luz ni objetivo.

Por fortuna, cuando no hay estrellas fijas, de estas perennes y burguesas, con domicilio geográfico en el ensanche del cielo, estrellas acomodadas, académicas, juzgadas y numeradas por telescopios dos; cuando faltan estas estrellas pasan por el negro manto cometas de la bohemia, cometas del más allá, fugas de arte escritas en el pentagrama del camino de Santiago, que dejan por un momento una estela de colores en nuestra alma soñolienta.

Italia Vitaliani, como la Duse, como Sarah, como Réjane, es uno de esos cometas que pasan siguiendo su vago destino; un cometa de Oriente, triste y mate y con claridad melancólica, ave mensajera del arte, llevándonos

---

<sup>41</sup> *La Almudaina*, 7-VII-1901.

en su camino ecos de cultura exótica, perfumes de flores raras, sufrimientos y alegrías de otros pueblos y otros hombres, y lo que hay que estimar más: emociones de belleza, sensaciones intimistas de estética del sentimiento y estimulante de arte a nuestra mente dormida.

El arte de Italia Vitaliani no es de grandes líneas plásticas, ni viste el amplio ropaje de las estatuas romanas o de las tragedias griegas. Es de líneas delicadas y de emociones sutilísimas; es arte de vida actual, arte de raras sensaciones, de frases a flor de labio y de perfumes exquisitos; arte de sentir los nervios vibrando suavemente como cuerdas de una lira afinadísima dando notas de colores apagados, de sonrisas moribundas y de todos los matices del sufrimiento moderno.

Todos estos medios tonos, los expresa Italia Vitaliani de una manera perfecta. Dotada de entendimiento clarísimo y de nervios emotivos, pocas veces se habrá visto en el teatro una sugestión tan íntima, rara y tan bella entre la idea que nace y la voz que la transmite. Diríase que las cédulas receptoras del espíritu de la genial artista sienten a cuaro de tono, diríase que volviendo las pupilas donde vive el pensamiento, ve y escucha y adivina los más fugaces latidos; diríase que transmite sus más ténues vibraciones aún latentes y vivas de nueva vida y las sugiere y viste con ropaje de belleza.

No hay repliegue espiritual en lo más hondo del alma que no haya penetrado, como no hay emoción vivida que ella no haya sentido. De la risa, del desprecio, del odio, de la ira y del amor, conoce todas las cuerdas y sabe hacerlas vibrar; la escala cromática del sentimiento, la conoce y la ha seguido desde el ultravioleta impenetrable de las tragedias calladas, hasta el destello del cádmium de los grandes entusiasmos. La maldad y la bondad le han contado sus secretos, sus ansias el corazón y la vida sus dolores. El dolor del desengaño, el dolor de los sentidos, el dolor de la nostalgia, suave y triste como nubes de crepúsculo; el gran dolor de los celos hiriendo el corazón a dudas, o rasgándolo con realidades; el bello dolor de amor y todo el gran repertorio de las humanas tristezas, han logrado en su talento crisol espiritual para convertirse en arte. Su armonización moderna ha sabido tamizar los sufrimientos de hoy ya dado nuevo perfume al acre olor de magnolia que exhala la flor del mal, ya vendando las heridas con finísimos encajes, ya vistiendo de hermosura las tragedias de los nervios, esa nueva enfermedad, ese sufrimiento nuevo con que entretener la vida.

Y esos estados de alma, los explica Italia Vitaliani con la mayor

sencillez y con gran honradez escénica. Ni un efecto artificial, ni una nota destemplada, ni un momento de descuido, ni un esfuerzo para llevar al engaño a los que juzgan el arte por el ruido que produce, ni un chispazo vislumbrante para mover el aplauso y ganarlo por sorpresa. Su arte es sobrio y sencillo como la misma verdad. Su talento es el que dicta y sus ojos, sus movimientos, su expresión y su palabra van siguiendo lo dictado como instrumentos, su expresión y su palabra van siguiendo lo dictado como instrumentos acordes de afinadísima orquesta.

Orquesta y luz llevándonos armonías de otros cielos más serenos, tal es la Vitaliani, este cometa que pasa en el turbio cielo del teatro convertido en un desierto. No le importe. Los cometas de la noche los contemplan solamente los sabios que saben su curso, siguiéndoles con la mente en sus órbitas inmensas, o las almas sencillas o solitarias que las miran caminar como visión de poesía. La gran mayoría duerme, mientras cruzan como almas en la diáfana cortina. Duermen siempre que pasa alguna visión y, como siempre, también ahora han dormido mientras cruzaba una estrella, una estrella que por culpa del mal de la indiferencia, ha sido estrella solitaria en el cielo de esta tierra.

Al llegar a Sóller pregunté por Pizá. -Le hallará V. en su casa- me dijeron. -Es hombre muy franco, muy bueno, pero un poco loco.- ¿Loco?- pregunté. -Es decir, loco; tiene cosas que aquí las juzgamos de loco. Por lo demás esté V. tranquilo, porque no hay hombre mejor en el mundo. Fuí a encontrarle, llamé a su puerta y abrió él mismo, llevando la paleta en la mano. Miréle detenidamente, algo escamado, pero me tranquilizó enseguida su semblante y su sonrisa. El hombre que sonrío no está loco, pensé. Los locos, ríen o lloran, pero no sonrían. Además, tenía los ojos muy grandes, con luz bondadosa, facciones acentuadas, pero conservando en los pliegues esos señales en las caras donde la bondad no se apaga, pelo entrecano y recio pero sin enmarañada locura, y todo en él destilando excelencia de alma y distinguidas maneras.

Por la parte externa no asoman los síntomas de locura, pensé. Veamos, hablándole.

Y hablamos.

Hablamos, y ni un momento pensé que desentonara. Al contrario. Con acento extranjerado, del hombre que ha pasado mucho tiempo andando por esos mundos, demostraba ingenio, reflexión, sátira moderada, conocimientos de su arte, erudición de su época y de otros tiempos y, sobre todo, entusiasmo. A cada palabra, evocándole el recuerdo de alguna obra maestra, hacía ponderaciones inauditas; a cada recuerdo de su tiempo pasado en Roma o en Francia, asomaban las lágrimas, las absorbía hacia adentro a fuerza de exclamaciones; a cada amigo que hacíamos desfilar en nuestra conversación, parecía que el amigo venía a vivir con nosotros de tal modo le habría los brazos y le dirigía la palabra, y hablaba, elogiándole, lo mismo que si no estuviera ausente.

Pues señor, ¿por qué estará loco este hombre?.

Entramos al estudio. Tal vez aquí el pincel nos dirá lo que ha callado el semblante y la palabra. Tampoco. El estudio era un nido, pequeño como un

---

<sup>42</sup> *La Almudaina*, 5-XI-1902.

palomar colgado delante del valle de Sóller, con sus inmensas montañas de plomo en el anfiteatro del fondo, con sus cresterías de oro y sus flameantes nubes envolviendo los picachos con sus suavidades de sombra, y naranjos al pie del monte, miles de naranjos, todo un verjel de hoja oscura. Allí pintaba y vi sus cuadros, y tampoco *loqueaban* sus cuadros. Eran del hombre que ha visto y ha estudiado, más bien prudentes que atrevidos, más entonados que chillones, más equilibrados que audaces, más de hombre reflexivo que de artista genial u hombre aturdido.

Me volvía loco buscándole su locura.

Salimos y empezamos a correr Sóller y el campo, a la caza de sus paisajes y bellezas y a hablar como buenos amigos. -Ve V., me dijo,- Yo hace poco que volví a Sóller, mi patria, y volví... porque es mi patria. Estuve muchos años fuera, muchos, como suelen estar aquí los jóvenes, y como también vuelven ellos, pero con una sola diferencia... que casi todos vuelven ricos, y yo pobre.

-Mal, me dije (Primera señal de locura). -Aquí van a la guerra del dinero, digna tal vez, pero de táctica muy distinta de la nuestra. Y su victoria es hacerse rico. Yo fui a la guerra del arte, cuya lucha es tal vez más encarnizada, terrible, y cuya victoria es vivir como los pájaros: de primaveras y canciones. Con su botín, el que vence puede construir palacios con jardines, muebles de lujo, pianos de lujo, y hasta casarse de lujo y tener hijos de lujo. Con el nuestro, hasta el nido que escogemos tiene que ser de alquiler y sólo nos quedan las flores, y aun ni las flores, el perfume de las flores, que este no hay quien pueda acapararlo (Segundo síntoma). -¿Y cómo encontré el pueblo? Un campanario patinado por el sol que había, venerable como un anciano con la frente llena de arrugas, y coronado de golondrinas, lo derribaron sin piedad los poderosos y construyeron ese nuevo, tan de lujo como sus muebles de lujo. El torrente que corría entre tapias de verdor, lo encauzaron, lo metieron entre cajones de lujo, y aquí lo tiene V. urbanizado, como un torrente recluta. Yo gritaba al principio, protestaba, me dolía de que dispararan a mi pueblo, que le llenaran su amor de afeites, pero... -¿Pero le tomaron por loco?, dije yo... -Eso es, y los niños me apedrearon, y los padres de los niños añadieron a la brutalidad instintiva, la brutalidad consciente.

Realmente mi amigo estaba loco.

Querer respetar las reliquias del pasado en estos nuestros venturosos

tiempos, tan amantes del cuerdo positivismo. Querer que el propio torrente corriera alborozado entre las breñas incorrectas, marcadas sin discreción por la torpe Naturaleza en nuestro siglo de orden. Aspirar el aroma de azahar y deleitar los sentidos en su nítida blancura, allí donde se exporta la naranja, y pintar, sobre todo pintar, pasarse la vida en cosas tan baladíes, cuando hay cuestiones pendientes tan graves como el padrón municipal, el alquiler de los consumos la ley de los secretarios y tantos asuntos de urgencia a que aplicar facultades. Vivir soñando despierto, cuando ya no se sueña ni en sueños. Era realmente de locos.

Pizá era de esos locos tristes, de esos solitarios de poblado, más solitarios y más tristes que los santones de desierto, de esos anacoretas del arte que, replegados en sí mismos, vagan por entre la gente como en un mar desconocido; monologuistas impertérritos que no siguen la batuta de la orquesta de su pueblo, que cuando los demás ríen, lloran solos porque no han visto reír, y hablan solos en el desierto de su alma y su preocupado espíritu, distraído en sus propias vibraciones, llega tarde a los convites del pueblo y a los duelos generales.

Pobre pueblo, el que no comprende a esos locos. ¡Y pobres cuerdos, los que viven sin un átomo de esa sublime locura! Su nombre es anónimo, como lo es su dinero, como lo es el orden, como lo es la vulgaridad. Las hormigas que no comparten el trigo con las aladas cigarras, tienen repleto el granero, pero tienen el alma muerta, y vale más ser loco con alma que cuerdo pero desalmado.

## 2. Discursos de Santiago Rusiñol

### Presentació de *L'adoració dels pastors* de Jacint Verdaguer en la quarta sessió del Teatre Líric Català (31 gener 1901)<sup>43</sup>

SENYORS:

El gran poeta Verdaguer m'encomana que amb el respecte degut a n'el públic que tant nos honra amb sa presència, vos presenti la seva obra abans d'alçar la cortina. Així és, que si vos demano audiència, no és pas per atreviment, és per desig del gran mestre.

L'obra del poeta Verdaguer, del nostre poeta, del pare espiritual de tantes obres perfectes que hermostegen la nostra terra; de tan delicades joies que diademen el front de la pàtria-poesia, no és una obra feta amb motllos dels que serveixen pel teatre. Ell no en sap res, del teatre, i a n'això es deu la bellesa que protegeix la seva obra; ell no pren mides i per això mira més lluny, mira cap a l'infinit; ell troba estret l'escenari, i per això s'aguaita el cel amb els núvols que hi rellisquen i les estrelles que hi nien. Per ell no hi ha comedians, les figures són figures somiades que viuen entre la boira i que sols veiem en retaule els que vivim a la terra. Ses obres, són sospirs d'obres, són visions de coses imaginades, són processons del passar vistes amb ulls de la fe, són poesia, sense trampes, ni traïdes, ni comparses, ni tramoia, és la visió d'un poeta que baixa un moment amb noslres per honrar l'art de la pàtria.

Aquesta visió del poeta, és el caliu de la fe tornant-se impressió viscuda; és l'amor de la llegenda, és un eco del passat, i no és música ni és lletra; és una oració del cor i és el mateix cor que canta. Aqueixa visió del poeta és la visió de la nit, però no d'una nit somorta: d'aquella nit precursora, d'aquella nit tan florida de rierades d'esteles, de flors sempre renadiues i de

---

<sup>43</sup> *La Vanguardia*, 1-II-1901.

blavors infinites. És aquella nit tremolosa anunciant el Messies, la nit del desvetllament, del despertament del dia, la nit del pessebre, la nit anunciant l'aurora d'una nova humanitat i d'una nova poesia. Aquesta visió del poeta és un quadre, és un fondo i és un paisatge, però no és un paisatge mort: és la terra palpitant, joiosa i estamordida de sentir-se dintre seu una vida espiritual que ja llustreja per néixer, és el paisatge sagrat gronxant-se per ser bressol, és la plana obrint els braços a l'infantó que s'apropa, és el cel mirant la terra i és el jardí traient flor, la flor brodada d'espines amb dolça flaire de glòria.

En Verdaguer l'ha sentida, aquella flaire de glòria! Ell l'ha vist, aquell paisatge del vespre! Ell l'ha esperada l'alosa que canta a la matinada, i de son *arrobament* ens en dóna la impressió. En Verdaguer l'ha viscuda la vida de l'esperit, i ens en envia l'encens. En Verdaguer l'ha collida, aquella mística flor, i ens envia una fulla, una fulla delicada que del jardí del passat l'havem duta al món present; de la claror de la lluna l'havem duta al llum de gas; una fulla d'Orient que, si es mustiga entre els homes, si perd el color de lliri, la culpa serà ben nostra, així com si obre una fe, si fa mirar més enllà, si desperta el cor de l'home, l'allunya de les misèries del viure, si li desvetlla la vida, si l'emociona i l'enlaira, la glòria serà del poeta i serà ben bé del poeta.

Sí, d'ell serà la Santa Glòria, i se l'haurà ben guanyada, que quan la prosa s'estén com malura de la vida, quan asseca el cor de l'home i fereix les il·lusions, és hermosa caritat retornar-lo a n'el somni; quan s'adora el vedell d'or i la lluita de l'egoisme va corcant el pensament, obra santa i generosa, donar a veure idealitat als que han viscut secs d'ideals, als que no s'han sentit viure i als que han dut l'ànima morta, fent-se ells mateixos de túmul.

Si tots havem d'agrair a n'el nostre Verdaguer el regal dels seus versos, molt més ens toca agrair-li que baixi fins al teatre l'*arrobament* dels seus càntics. Si tots l'havem vist enlairar-se estenent les ales blanques, molt més tenim d'estimar-li que de les regions a on ni a baixi fins arran de terra i s'aturi vora nostre. Aquí no en veurà de boires, ni postes de sol enceses, ni voladuries d'estrelles sobre les fustes del teatre, però ens dóna un gran exemple; aquí no veurà roselles, ni sentirà cants d'aucells, ni aroma de flors boscanes dessota les bambalines, però ens ensenyarà a sentir; aquí no ploren les fonts i no canten les cascades sobre la tela pintada, però el ritme de sa veu serà intensa melodia.

Gràcies i perdó, oh poeta! Perdó, si t'hem despertat de l'*arrobament* del somni, i gràcies... per Catalunya.



## APÈNDIX IV: 1904-1907

### 1. Articles de Santiago Rusiñol

#### El suïcida aficionat<sup>44</sup>

Potser perquè havia llegit el *Werther*, a n'aquella edat que diu que fa tants estragos: potser perquè estava tocat de lo qu'ara'n diuen neurastènia, lo que'ls metges no saben què dir-ne; el cas és, que'l nostre amich del niu dels *Tranquils de Badalona*, des de jove, va sentir tanta afició al suïcidi, que per ell va ser una carrera com la de advocat, de notari, de militar, o de classe passiva: ab la circumstància agravant, que si sempre és una afició perillosa, més en ell, que no tenia motius de tenir-la.

No s'ha vist may un suïcida ab una cara tant de Pasquas. Roig, ros, rodó de galtas, no's pot donar un tètich més renyit ab las líneas de la *tètrica*. Semblava que la boca digués -"Canta!" -y els llabis- "Riu!" -y el nas -"Alegra't!" y ell... tan sèrio, tan trist!, tan Schopenauher!: sempre ab aquell pessimisme d'absoltas, y aquell modo de plorar al digunt, que tenia de ser ell... el dia que's destinés la hora.

El primer revólver que va comprar, va ser per un desengany ...d'ella! Una... ingrata! Li va correspondre sis anys y perquè'n va trobar un altre de més guapo, o més al seu gust, o més *vividor*, o pel que sia, el cas és que li va girar la seva... cap a comprar el de sis tiros! y a cercar un indret oer matar-se.

De moment no'l va trobar, però ja vindria! Era jove, y prou que tindria

---

<sup>44</sup> *Almanach de La Esquella de la Torratxa pera 1906*, Barcelona, Antoni López ed., 1905, pp. 14-19.

ocasió de complir la seva planeta! Per ara, a beure, a jugar, al vici, a provar de matarse bonament per las vias naturals sense gastar municions; y si això no hi podia res y la Naturalesa's resistia, la cosa no podia ser més rodona. Un paperet, quatre ratllas: "*No culpéis a nadie; me he matado*" y qui no li agradi que ho deixi.

-Però home- li deyen tots els amichs- que t'estàs fent malvé la salut!...

-Per lo que'm té de servir la salut!

-Que't jugas lo que tens...

-Per lo que tinch de viure...

-Però si estàs més gras que nosaltres...

-Y què?

-Que viuràs molt!

-Y què sabeu vosaltres, infelissos! El dia menos pensat: *fuego!* Visch per pura casualitat; però ja ho sentireu a dir *de la noche a la mañana!*

-Manias- li deyan.

-Què manias! Realitats. Escolteu, panxasatisfets, ¿és que vos sembla hermosa la vida?...

-Home, Déu n'hi do!

-Que trobeu que hi venim a fer gran cosa a n'el món? L'amor? Un engany de la Madrastra perversa Naturalesa per la reproducció de l'espècie! L'amistat? Un tarugo, per la reproducció de l'engany! El matrimoni? Un engany doble! Y la Religió, y l'Art, y la Ciència? Cebas! Un planter de cebas, y tot cendra y podridura, per esperar lo únich veritat. La mort! L'estimada companyera! Y veyam: per què's té d'esperar que vingui?

-Home, si nosaltres no l'esperem -li deyan- és ella que ve a trobar-nos!

-Y per què té de venir, ella?

-És la costum!

-La costum... la rutina! Donchs jo l'aniré a trobar a n'ella, matant-me!

-Bé... no't mataràs!

-Que no, diheu?

-Tenim sospitas que no.

-Voleu veure com me mato aquí mateix?

-Estíga-te'n que'ns comprometerias.

-No tingueu por, que ja porto escrit "el no culpéis". No vull deixar compromisos a la colla de desgraciats que tenen ganas de viure.

-Lo qu'has de fet, te tornem a dir, és no malmetre't la salut, Mata't quan sia hora, però estant bo! Morir magre seria un afront pels teus principis: un afront per l'acabament, y un descrèdit per la *classe*.

Bevent o no, guanyant o perdent, fent conquistas o no fent-ne, l'idea fixa, l'engreixava. Com més desgraciat se sentia, més la carn s'anava apoderant d'ell. Com més núvol ho veyia tot, més se li il.luminava la cara. Com més atormentat vivia, mçes satisfacció rebotia. El pessimisme li probava, com a un altre li proban unas aigües, o uns banys, o un cinturó elèctrich. Si hagués anant a trobar a un metje, li hauria dit: -"Prengui pessimisme. Un glop de negror cada tres horas y no vegi las cosas tan alegres". Però bo o malalt, gras o no gras, ell per això, no's descuidava. De revólvers ja n'havia espatllat un rengle tirant al blanch tots sis tiros, com si'l blanch fos ell mateix y's volgués suicidar a distància. De càpsulas n'havia gastadas qu'al siti de Port-Arthur: li costavan més diners las càpsulas que no li hauria costat l'enterro. De cartas d'"avis" a n'els jutges, ja n'havia fet malvé a dotzenas: no duya americana a rentar que n'hi trobessin tres o quatre. Lo que li faltava, era ocasió; una ocasió si és o no és desesperada per falta de salut, per ruïna, per desengany; d'aquellas que posan l'home a proba... y aquesta ocasió no venia, La salut, la tenia a proba de vida; las pèrduas, a proba de sort, y menos la

negror que veyia, tot li lluhia a ne la vida!

Ademés, tenia un dupte, que sovint consultava a n'els amichs. - Escolteu- els deya ab cara de satisfacció fatídica.- ¿El matar-se, qu'és per vosaltres? ¿Valentia o cobardia?

-Per mi, cobardia- deya un.

-Valentia, y gran valentia- deya l'altre.

-¿Per què?

-Home, perquè és fugir de las trigulgas; deya el primer.

-O perquè és fugir de la mort, afirmava'l segon.

-Y el matar-se tenint salut com jo tinch y una fortuna, y sent jove, no més per convicció de no viure, digueu-me, qu'és per vosaltres?

-Ximpleria- deyan tots.

-¡Imbècils! -exclamava ell. -No sabeu qu'és, desgraciats, la voluptuositat de matar-se! Sentir la fredor de l'arma! Saber que hi ha una bala a dintre y que sortint com... una bala... entrarà allà ahont no entreu vosaltres, ximplers: a n'el mateix cervell de l'home; a la mateixa intel.ligència; y qu'en un obrir y tancar d'ulls, deixareu totas las misèrias, totas las bestiesas, toas las injustícias humanas, totas...

-Sembla que ho hagus probat -li deya un desvergonyat.

-Ho provaré avans que tú, però no és això lo que vos consultava.

-¿Donchs què?

-Si és valentia o cobardia.

-Que no ho sabem, t'havem respost.

-Donchs ja ho sabré jo...! deya deixant-los.

-¿Quan?

-A la primera ocasió -anava dihent-se an ell mateix). No tinch necessitat que siga avuy: semblaria que ho faig per punt. Però serà. M'ho sento; y els amichs quedaran sorpresos, y diran: -Ja ho deyam: -els ximples-. Y'm trobaran estirat a n'el meu quarto, o al llit, o en el billar, o a casa la Júlia, o allà ahont sia, que'l lloch és igual per aquest acte. Jo no'm mato per aparato. 'M mato per convicció, per filosofia, per resultat dels meus estudis, per coneixement de la vida... plena de baixesas morals, d'hipocresias, de maldat, d'infàmias, crims y injustícias. ¿Quan serà? Potser demà... Demà no pot ser. ¿Donchs demà passat? ¡Menos! El dia que sia. ¡Viva Déu! que tots els dias seran de festa pera sortir d'aquesta vida!

Tots els dias seran de festa; però sempre eran dias de feyna. Un dia... tenia un assumpto urgent. L'altre s'havia de trobar ab els amichs ab urgència. Y com qu'ell no'n duya, d'urgència, els dias seguian als dias, els anys als anys... i el dia felís no arribava.

Tants ne varen passar, d'anys i anys, que's començava a témer que vulgas o no vulgas viuria. Li creixian las conviccions del suicidisme obligat, però si la dèria pessimista li rosegava el pensament, ab tot y l'experiència que tenia ja per no matar-se, cercava a un amich i li deya:

-Té, guarda'm el revòlver, que avui sí, que arribaria el dia. Y l'amich hi tenia tanta confiança que'l dia no arribaria, que li tornava carregat a sobre la seva consciència: al ninot que tenia a casa qu l'havia suïcidat mil voltas.

Y de tant amenassar-se, va arribar qu'els amichs li deyan:

-¿Bé, quan va allò?

Y ell, res.

-¿Quan ne sortim?

Y ell fent-se vell...

-¿Què esperas?

-¿Què espero? Espero que pel temps que'm queda de viure... aixís

que vingui la mort, escriuré'l darrer: "No culpéis", y'm mato una hora avants de morir-me.

## Els vicis venials<sup>45</sup>

Quan un ser vertebrat, superior, o siga, un home, no pot retenir las passions, ja siga per falta de voluntat conscient o per mandra del psicoplasme, se diu d'ell qu'és un home viciós.

L'escola determinista assegura, després de negar el lliure *albedrío*, que l'home no hi té cap culpa d'estar donat a n'això del vici. El vertebrat superior -diu l'escola- és un malalt *involuntari*; és un ser evolutiu que no té la voluntat d'obrar perquè ha nascut ab malas cèlulas, y'l que ha nascut ab malas cèlulas ja pot cridar cèlulas a vendre; serà viciós *determinat*, viciós *nato*, viciós *vitalici*, o més clar: el vici s'haurà apoderat d'ell en comptes d'apoderar-se ell del vici.

Això sí, per de la mànega ampla que siguin els sabis deterministas, hi ha tres manifestacions del plasme que creuen que han de ser corretjidas sinó ab rigor y censura com els vells pares de l'Iglésia, ab tots els ingredients de la ciència. Aquestas manifestacions són tres vicis. El vici de la carn (carn pecadora), el vici del vi (beguda clàssica) y'l vici passional del joch de desde la malva-bescambrilla fins a la cicuta-bursàtil.

Per aquests tres vicis no hi ha perdó. Són els tres vicis *màxims* de l'home. Las tres fitas de l'embrutiment humà. Els tres barranchs de la *sustancia*. Sigas de l'escola que sigas ja s'ha passat a votació que l'home que's dóna al vi ja ha begut oli o aygua, qu'encare és més ofensiva; que ab el que's dóna al joch ningú hi juga, y que'l que fa abusos de la carn acaba per tornar-se peix; y per l'home qu'es torna peix és quaresma tota la vida.

Però sempre hi ha un però al darrera d'aquests vicis que podríam dir-ne mortals si hi hagués la mortalitat del vici; hi han els vicis venials que la ciència atenua, però que per venials que siguin y per ulls grossos ab que se'ls mirin no deixan de fer els seus estragos.

Un d'aquests vicis venials bastant extès per tot arreu és del vici de no pagar. Que'l que no pot pagar no pagui's comprèn, y sinó's comprèn

---

<sup>45</sup> *Almanach de La Esquella de la Torratxa pera 1907*, Barcelona, Antoni López ed., 1906.

convé compendre-ho perquè tampoch pagaria; però qu'el que pot pagar quedi a deure, sinó fos culpa de las cèlulas no hi hauria manera d'entendre-ho. Hi ha home de bon aspecte que té las cèlulas de la cara tan groixudas y fornidas, que ni ab fregas de vergonya hi ha modo de fer-lo pagar. Per ell el no pagar és com un punt, una obligació, un *albedrío* viceversa. El dia que pagués un deute's creuria deshonrat. No gosaria sortir de casa per temor de que'l bescantessin; aniria ab el cap baix y ab els diners a sota l'ala; patiria de compliment, hauria perdut el descrèdit, sentiria un buyt al mitj del cor y una infló a la consciència, y acabaria morint-se per quedar a deure l'enterro.

El vici que contrasta ab aquest és el vici del cobrar. Hi ha ser que ha vingut a n'aquest món no més que per cobrar. Encare va a coll de la dida y ja comensa a cobrar herèncias y més herèncias de tios, de tias, de nebots, de cosins valencians y de cosins que no han estat may a València, que sembla que's morin a posta perquè la criatura cobri. Encare algú no està malalt, per mica parent que li siga, ja'l notari prepara els quartos, las casas y las Almansas. Creix la criatura cobradora y se li van acumulant tants interessos, qu'en comptes de pendre mestres té de pendre cobradors. Se casa y al vespre mateix té de deixar la seva dona ab la flor del taronger per anar-li a cobrar un feix de dots dels difunts de l'altra banda. És casat y no s'entén de feyna. Cobro del procurador, cobro dels cupons que té al Banch, cobro dels censos de las fincas, desl vehins, dels contribuyents, dels que's passejan, dels que dormen, fins cobra d'aquells que no pagan. Aquest vici és dels més temibles, però en cambi té una ventatja y és que no'l pot tenir tothom. Segons diuhen las estadísticas són més els que pagan que'ls que cobran.

Dos vicis més i ben feréstechs que'ls posarem de costat per mirar de contrarrestar-los: són el de treballar y de no fer res. El de fer el dropo és venial; però l'altre, 'l de treballar, sinó és mortal poch se n'hi falta. Hi ha sociòlechs que han fet entendre a n'els que'ls hi han vist inclinació que'l treball era una virtut, perquè'ls convenia que traballessin, y molts s'ho han pres tant en sèrio que han convertit el treball en vici; y d'altres que han pres la *vagància* com a cosa tan enlayradora que també s'hi han viciat. Això sí, si'l gandul és un gandul per forsa, ja casi passa a ser un virtuós, y si'l treballador ho fa per lo mateix és més pena que pecat. No'n parlem d'aquests. Quedan absolts. Els que's tenen de combatre a cops de doctrina y de moral, són els que's poden passar de feyna o anar-se'n a jeure o a badar y que'l malehit vici'ls ho priva. Per'aquests ja'n pot fer de sol y de bon temps y de Primavera, ells a fer feyna y a castigar-se; y pels altres, pels de la mandra, que'n vagi venint de feyna, com més ne ve, menos ne reben. Uns y altres són uns



viciosos que Déu ens privi de seguir-los, però comparant els dos pecats el ser gandul és menos pecat. Aquest per poca feyna que fassi no s'alaba may de no fer-ne; però l'altre, 'l dat al treball, és terrible. Converteix el vici en símbol y sabem com acaban els símbols. Van a parar a lletra mayúscula, y vinga marxa triomfal, himne, bandera y professó cívica.

Els viciosos més modestos també els posarem fent contrast per la distribució de l'assumpto y per l'armonia de l'estudi; són els que diuhen las veritats y'ls que no diuhen més que mentidas. Els *veritaderos* y'ls embusteros. Els de la dèria de la rectitut y els del pecat de torcitut, tan pecadors els uns com els altres. El qu'és tocat de la veritat, si un amich està malalt té de dir-li; si la dona l'enganya encare més; si un company el traheix, desseguida; la qüestió és salvar els principis y que suri la veritat; y com que de marits enganyats, de companys trahits y de malalties amagadas n'hi ha més que moscas en els pobles, per allí hont passa'l verista ab el seu vici de dir veritats deixa un róssech de trastorns que ja tenen feyna per forsa estona. En cambi l'altre, l'embustero, si no pogués dir mentidas ¡pobret! tindria l'escarlatina. Si és viciós de bona mena ni per casualitat n'encerta una. Si sortís aquella senyora qu'anava tan curta de roba del pou de la mitologia, a n'ella mateixa enganyaria si és qu'ella's deixés enganyar. Aixís que li agafa l'arrancada no's pot aturar ni ab frens. Inventa per aquí, infla per allà, tergiversa per l'altra banda, la mentida surt rodona, fresca, brillant y perfecta com una bombolla de sabó que fa bonich però que's reventa! Com se veu també'l viciós de la virtut fa més estragos que l'altre. Totas dugas cosas són dolentas, però vici per vici estem pel segon. Val més anar pasturant y viure contents y enganyats, que saber del cert las cosas que tenen de reventar-nos.

Com se veu, els vicis venials abundan qu'és una hermosura. Donchs encare n'hi ha més per contar. N'hi ha tants, que si'ls arrengherés, no tindria prou paper, ni prou tinta. Conta tu mateix i ho veuràs: hi ha el vici de fumar y de no portar cigarros, ni petaca, ni mistos, ni pipa, ni ganas de dur-ne may més; el vici de llegir a n'els amichs (*mea culpa!*) els dramas y las comedias, ab alevosia y en despoblat; el vici de tirar tiros allí ahont veuhen una persona que vesteix un altre uniforme (vici que ha malmès a molta gent); el vici d'agafar per forsa al que no segueix les ordenansas, ni ganas; el vici de donar voltas, agafats els homes ab las dona, quan senten tocar una música; el vici d'escriure perquè'ls altres ho llegeixein; el de fer córrer les mans sobre'l piano, y fer-lo tocar qu'és doble vici; el vici de fer discursos y el d'anar-los a escoltar; el de casar-se, el de ser viudo, el de cantar sense ganas quan hi ha un senyor que ho senyala ab un bastonet a las mans; el de ser de todas las

juntas pera veure's el seu nom en el diari; el de jugar a fer-se víctima, o hèroe, o noble o condecorat; el de volguer fer felís al poble des d' un tancat qu'en diuhen Corts, y en fi, n'hi ha tants y tants altres que, si'ls haguéssim d'apuntar, agafaríam el vici més terrible que l'home pugui patir, la plaga de fer estadísticas, plaga que'l pobre que s'hi fixa acaba mussol honorari.

Per acabar aquest inventari, te'n vaig a contar un de nou, que no l'he vist inscrit en lloch. És nou, y además és veritat.

Allí, en un poblet de València, a la botiga d'un fuster, pintava un interior, y com que hi anava cada dia, me vaig fer amich de la casa. Un dia, garlant ab la mestressa, vam sortir a parlar del seu home, y ella va fer un sospir molt fondo.

-Ja hi som; -vaig dir- ja tenim penas.

-Y grossas- me va contestar ella.

-¿Las donas?, ¿las cartas?, ¿la beguda? -vaig respondre jo.

-Ja s'hi afina, perquè'm té un vici, però no és cap d'aquests tres.

-Y donchs, ¿quin té?

-El dels fochs artificials.

-¿Què diu ara?

-Tal com sent. El meu home és bon subjecte. Honrat, may ha tingut cap trenca-coll. No juga, no beu. És un pare de sis fills que'ls estima com sis tresors, però així que arriba'l dissapte no entra ni un cèntim a casa: tot se'n va en petardos y pólvora!

-No és ell sol- li vaig contestar.

-La traca, senyor; la traca! ¡Ens té'l vici de la traca!...

Y aquella pobra fustera s'hauria estimat més veure al seu home borrarxo cada disapte, o jugant o corrent ab altrás, que ab aquell pecat venial que'ls hi portava la misèria.

Ja veus, donchs, estimat lector, si tenen rahó els moralistes, per deterministas que sigan, de combatre'ls vicis petits. Tres vicis petits ne fan un de gros, y tres de grossos, vés a saber.

Si pels venials hi ha purgatori, ja cal que aixamplin el local. Sort que'l venerable Sant Pere deu fer una mica'ls ulls grossos, perquè també havia viatjat pel món, y el viatjar ensenya molt, o sinó ¡pobres de nosaltres! prou a las portas del cel hi faríam una cua que arribaria a la terra, y com que arribaria a la terra, mentres esperaríam *turno*, agafaríam vicis nous y seria el pecat contínuo.

## El Sanxopanxisme<sup>46</sup>

Si'ns haguessin dit que vindria un moment, qu'en un punt d' aquella Espanya del Príncipe dels Ingenis, arribaríam a anyorar els llibres de caballeria, 'ns hauria semblat un somni.

Doncs ja hi som. L'esperit pràctich d'en Sanxo ha arribat a dominar de tal modo; ens havem tornat tan positivistas; som gent tan sensata, tan serena, tan terrosa; el sentit comú s'ha tornat tan comú i s'ha extès tan pel pla de la prudència, que si avuy el Quixot tornava, tothom podria fer-li de criat, pera anar a seguir las aventuras.

Lo que no trobaria són molins. En la plana d'aquella Manxa ensopida, fins els Molins han aterrat, fins les pedras que poguessin semblar-li gegants; tot ha de ser pla, avuy en dia; tot ha de ser Manxa y el raser de la prudència ho ha nivellat tot a la plana.

-Sobretot, no comprometre'ns; -és el crit general de les classes neutras. No distingir-se. No esbalotar el galliner... No remoure els fonaments de las cosas. No ficar-se en llibres de caballerias. Ser ben Sanxos y dormir la son de la mandra. Sobretot nq mourer's de la posició, no caminar massa depressa, no geure massa estona, mirar ahont se posa els peus per no caure; no badar, ni somniar un moment en la vida; sobretot no fer lo que fan els altres, y els altres, fins a convertir la nostra terra en un camp inmens d'hortalissa, ahont no hi neixi ni una flor, y ahont totas las lletugas tinguin la mateixa mida, fins allà ahont arribi la vista.

Els artistas han de fer un art que no ofengui a la gent de mitja vista; un art de mitj cromo, de colors ni molt apagats ni molt encesos, de líneas de mitj nivell y d'assumptos que no molestin. Els dramaturgs han fet dramas, que donguin sempre la raó al públich; dramas suaus, ahont triomfi la virtut del bon obrer, o la generositat del bon amo; ahont no s'ataquin las creèncias dels devots de dalt, dels creyents de baix, y de la majoria que no creuhen, però que no ho diuhen per prudència; dramas que no inquietin a ningú, y deixin fer

---

<sup>46</sup> *L'Esquella de la Torratxa*, núm. 1373, 28-IV-1905, pp.283-285.

la bacayneta; dramas que no ho siguin, de dramas, o que si ho són que no ho semblin. Els periodistas han de fer articles que no exaltn: pràctichs, positius, serens, prosa defensora dels interessos materials y de las industrias creadas; tractats de Santa Economia, Doctrinas industrials, Bíblies comercials y manaments de la lley de Déu, aplicats al comers d'exportació, y encare d' un comers tranquil, d'un comers que no hi hagi empentas entre la carga y la descarga.

Tot ha de ser pla, y serè, y encarrilat a la rutina en la nostra estimada terra, per no distreure als que vejetan, y no exaltar les passions, y remoure els entusiasmes; que quan domina el sufragi, el pecat més gran dels votants és pecar per idealisme. Las creèncias han de ser conservadoras; creure lo que no pugui pertorbar; creure en un més enllà tranquil que no torbi ni destorbi una digestió serena. La societat té de ser mansa, una mena d'estany humà ahont no cantin ni las granotas, o un formiguer unformat que tingui per glòria el graner. L'amor, una societat en comandita, de dos cors, que s'uneixen legalement per la reproducció de l'espècie i la millora de dos casas y l'engrandiment de dos fincas. La política, las ambicions personals fetes dogma, a l'altura dels remats. Y fins la mateixa anarquia té de ser reglamentada; té de ser una anarquia ab ordre, ab els caps de colla dirigint una disbauxa ab cordura, un daltabaix tranquil, una revolució que ofengui als altres, però no a n'els revolucionats: una trencadissa de cosas, però no una revolta de conscièncias.

Oh Sanxo! ab quina santa pau que viurias si vinguessis a viure entre nosaltres! Que'n trobarias d'amichs en la nostra terra laboriosa. Que bé la governarias aquesta Insula Baratària si't fessin governador! Tothom ha arribat a imitar-te, en aquest pla de la calma. Tots els caps de prosa d'Espanya hi han vingut a posar botiga! Tota la gent pràctica hi ha vingut a practicar! Y mentres ab el burriquet els teus admiradors se fan richs venent gènere de prudència, el benaventurat del teu amo moriria de misèria, entre tants galeots moderns, que no li trencarian cap os perquè fins els ossos fan servir productes industrials y falsificacions honradas! Quan tu anavas per la Manxa, encara no sabias qu'era el tant per cent, amic Sanxo; encara no sabias ni qu'eran societats anònimas, ni bolsa, ni tantas cosas que havem perfeccionat desde allavoras. Hi havia la tacanyeria y l'egoisme; que d'aquests instints tu n'eras mestre, per obra y gràcia del Gran Manco; però els refinaments de avuy en dia, no'ls havias pogut apendre, tu! qu'eras un'ànima senzilla, un usurer d'aire lliure, un escanya pobres bucòlic, comparat ab els companys de prosaisme que la civilització ens ha fet néixer!

Avuy, de petit, ja t'ensenyarian de números; més tart de firmar pagarés; després de no pagar-los, y després de fer-te rich a las bonas o a las malas. Quan fossis rich serias lo que volguessis: fins home de talent; comprarias lo que volguessis: fins l'amor y las conscièncias; anirias allà ahont volguessis, que fent trincar la moneda se t'obririan totas las portas.

Sí, avuy no és del teu amo, que havem de celebrar el centenari: és teu. L'exemple d'aquell pobre boig idealista, no l'ha seguit ningú més: no se'n desencantan de princesas sense dot, ni se n'obren de gàbies de lleons sense córrer, ni se'n deslliuran de catius sense una mira egoista. Avui tu ets el símbol, el sant que t'havem de posar a l'altar major del poble; el patró a qui encendríem ciris, si no fos per malgastar cera.

Cervantes va volguer-te fer home, y matà els qüentos d'encantats, y ell devia saber perquè. Ho ha ben lograt a casa nostra. Ho ha lograt tant, que si avui pogués veure l'estrage, potser voldria aturar-ho, esribint un'altra obra mestra.

Un llibre de caballeria que'ns tragués del fangal de prosa, que'ns té agafats per la camas.

## 2. Polèmiques

### Carta a Gelabert ( I)<sup>47</sup>

Estimat amic Gelabert:

Acab de llegir un article de *La Tarde* en el que et donen, com diem nosaltres, els pintors, una *rebutada*, i ja saps lo que entenem per *rebutada*. *Rebutada* vol dir la femella del *bombo*... i tant el mascle com la femella els escriuen els que tenen simpatia o antipatia per un autor i que, faltats d'aquells coneixements que a un Nostre Senyor els envia com qui diu de naixença i altres se'ls grangeen per voluntat i estudi, no tenen més remei que escriure articles llargs perquè no tenen temps de fer-los curts.

No t'espantis per lo que et diuen. Tot és tinta. Tot són paraules, paraules... i paraules, com diu Hamlet, de l'home que no sap pintar i s'esbrava dient paraules. No hi trobaràs ni un consell, ni com se té de pintar, no com se té de veure, ni quins exemples s'han de seguir, ni per quins camins se té d'anar. El que ho ha escrit no en sap, de camins; no en sap cap més que el de l'Ajuntament que et va donar aquelles pessetes, que tu ja sé que agraeixes, no per lo que són les pessetes, sinó perquè amb elles has pogut veure lo que no pot veure un curt de vista, i lo que no veurà mai el de l'article. Tampoc te desanimis. Ara comences la carrera, i per cada flor que trobis en trobaràs moltes d'espines. Molts *rebuten* perquè no són rebutables, perquè no presenten *blanco*, perquè's passen la vida criticant lo que dóna pena de fer, però que encara dóna més pena de voler fer y no poder. Tampoc te n'alabis que et *rebutin*, perquè encara que siga bo merèixer tal cortesia, de vegades és tant despit com ignorància i no convé confondre les coses.

Fins de modernisme te parlen, quan fa tants anys que li havem cantat les absoltes a n'aquella paraula-bandera, que va ser el moviment d'un dia per

---

<sup>47</sup> *La Almudaina*, 14-I-1904.

fer parlar a crítics i a més crítics, i que ara arriba a segons qui amb deu anys de retràs de coneixements i vint d'idees! Fins de tendències, fins de *saltos atrás* i endavant, fins de la teva modèstia oculta o pública i fins d'aquella veritat *veritat* que fa tants segles que no se'n canta ni gall ni gallina, i fins de tantes i tantes coses grandioses. Decididament, Gelabert, el crític *rebentador* deu ser d'aquells que es miren el quadre amb el puny clos (perquè semblava de bulto) o d'aquells de les acadèmies forestals, que deien als seus deixebles que n'hi havia tres de *bellezas*: *Belleza natural*, *Belleza extraordinaria* y *Belleza propiamente dicha*.

No en triïs cap de les tres, i treballa. Treballa tant com puguis i que cantin, els que han nascut per cantar. Si ara has donat un pas, un altre dia en donaràs dos i pensa que, si encara que a poc a poc vas caminant endavant, sempre aniràs un poc més lluny que els que es van plantar en el *modernisme*. De *rebentades*, ja en vindran com més treballs i com més modèstia tinguis, però pensa que l'art no és fer *indianes*, que cada any canvien de moda i es pot perdre la parròquia. L'art es fa pel temps i el temps agraeix lo que es fa per ell, i encara et quedarà algun quadre quan no quedaran *rebentadors*.



## Nova carta (II)<sup>48</sup>

Amic Gelabert:

Me sento jove, ¿per què, diràs?. Perquè veig que no tinc experiència.

Quan vaig llegir l'*intermezzo* anunciant la segona *tardinilaria*, allò del *rábano por las hojas*, me vaig dir: ara d'art i en sèrio. Començarem per l'Apel.les, ens en irem cap als romans, donarem una mirada a Pompeia, passarem pel túnel de la *oscuridad de la Edad Media*, entrarem al Renaixement, visitant en Rafael, sobretot en Rafael, anirem a parar a Velázquez, Goya, Murillo i demás amics i mestres i màrtirs i ens deixarem caure al modernisme. D'allí no en sortirà el crític de *La Tarde* i allavors s'explicarà amb una de les dues tendències que sempre, infal.liblement, tenen aquest rengló de crítics de la mena dels de *La Tarde*: els que diuen que ara estem a una *era de transición*, o els que asseguren que estem a la *decadencia*.

Però res d'això ha passat, amic Gelabert. Altra vegada tindrè d'agafar vulgues no vulgues, *el rábano por las hojas*, perquè com que tot lo que diu són fulles i no hi ha ni raves, ni raves fregits, ni cua, no tinc més remei que enfullar-me. Res d'Apel.les, ni de Murillo, ni d'art, ni de cabòries. Lo que s'havia deixat al tinter, segons deia el crític, més valdria que hi hagués quedat, al tinter, perquè ara ja no se tracta de tinta, ara se tracta de bilis, i visca la noblesa! Bilis que no és artística, sino de persona que té bilis. Quina llàstima que el crític tingui mals sentiments, a més de no entendre de pintura! Tan divertit que era parlant-ne! Ara em surt amb L'Olimpo i amb quatre cartes, i amb visions fantàstiques i verdaderament descoratjadores pels que esperàvem resultats més que positius, per a les cabòries de l'estètica! Si lo que tenia al tinter pogués tornar-hi, al tinter, el tinter es podria ofendre, però el bon gust i els sentiments nobles li cantarien un *Te Deum*, que els pintors podríem anar a oferir-li.

---

<sup>48</sup> *La Almudaina*, 10-I-1904.

Res! *A pesar* de la poca experiència que et deia, veig ben bé que no es tractava d'Art. Se tracta de teneduria. Res de les oficines del Foment, tot per a les oficines d'Hisenda. Res de pintura: *La pensión aplicada a la pintura*. Aquest és el lema, i aquí plora la criatura, i la criatura és el crític.

Pobre Gelabert! Què has fet? Per què la vares acceptar, la pensió? Que no veies que te l'havien de retreure? Que no ho veies que el crític de *La Tarde* s'ofendria? Que no veies que lo que has anat a estudiar no és per ell: que és pintura que li ve ampla, que l'has posat en un compromís d'haver de parlar de formes noves i colors inèdits i sentiments diferents, ell que ja tenia les receptes? *Paisaje de montañas: Diáfana perspectiva aérea, ambiente; Retrato; Amplia pincelada, carácter, parecido; figura: Velazquina, Murillona, Rafaelina*. Que no veus que és comprometre una tarda i fins un dematí, sortir ara amb cabòries noves? Deixa fer la digestió a la gent en pau i no amoïnis als que no saben de pintura!

Però tu em diràs: al menos, ja que no en saben, anessin a trobar algú que hi entengui. ¡Ai fill meu! Tothom hi entén en pintura. Si un està malalt va a trobar el metge; si t'has de fer un armari, encara que siga raconer, al fuster; fins si has de tenir una cosa tan humana i general com fruit de benedicció, vas a cercar la llevadora..., però en pintura? La pintura és la cantinera, tothom hi té dret; com que es veu, tothom hi entén; com que es toca, tothom té dret a palpar-hi i ja has vist el crític de *La Tarde*. En comptes d'anar a trobar un pintor o un crític entès (també n'hi ha), d'aquells que no hi pensen en el seu art només que la tarda, *sinó* tarda, dematí i vespre, ja vas veure qui va trobar. Va anar a trobar un *jurisconsulto* i el *jurisconsulto*, és clar, en comptes de mirar-se els quadres, va cercar feina de l'ofici: vinga plet i raons i polèmica i judici oral artístic.

Si hagués anat als pintors del Foment, tots amics nostres, hauria vist que allí no hi ha *ce/s* per un company; que si t'han donat una pensió, un altre dia en daran a un altre i que, a més d'estar contents que l'Art siga protegit, no *reben* com ho fa aquell *jurisconsulto*, perquè saben el que costa d'arribar a fer qualche cosa i perquè de la teva pensió tampoc n'haurien cobrat ni un cèntim. Saps per què hauria servit, la teva pensió? Per fer deu metres més de *subsuelo* i matar sis dotzenes de microbis (no parlo per ningú) i tenir una mica més de salut pública (i dic pública perquè, quan tingues malalts a casa, pensa que tenim *salud pública*), o bé, potser, hauria servit per aterrar quatre metres més de muralles. Diràs que és bo que les tirin a terra. Conformes, però a més que per quatre metres l'aire del camp ja farà els medis

per passar i portar salubritat condensada, amb els arbres tallats de la Rambla al menos n'entren vint metres més d'aire de salubritat, i no tot ha d'ésser aterrar muralles: també els aterren tres-cents duros de muralles, els pintors. Si no són muralles de pedra, són muralles de rutina, que són més fermes que les altres.

*Resumiendo*, com diria el nostre *jurisconsulto*, només he de dir-te dues o tres aclaratòries. Que si et torno a escriure, encara que allí estàs molt lleugerament al.ludit, és justament per això mateix: perquè l'*al.lusió* no va per mi; després, perquè de retruc d'ha parlat d'un amic nostre que només amb les sobres del seu talent ne podria espigolar, aquell crític *susodicho*, tots els dies de la seva trista vida; i finalment, perquè en comptes de fer un bon acte de modèstia i contricció i fer entrega de les seves vanitats a l'Olimpo aquell de què parla, encara torna a respondre i reprendre, amb culpa que és pecat mortal estètic.

La cosa no té remei. És qüestió de desequilibri. Si tu vas a les terres estrangeres i adelantés i veus coses noves i portes tendències forasteres i el crític es queda plantat a l'època del modernisme, no hi haurà manera d'entendre's. Passarà lo mateix que a les masies quan envien el noi gran a ser advocat. Quan torna, ell parla de dret romà i els pares de la collita, del pèsol i del bròquil o del moniato. El noi ha estudiat i ells no, i la casa se queda a les fosques. Així és que només puc dir un *resumiendo*: que si et pensionen a tu i no al crític, tu sabràs més que ell, com ara passa, i resultarà un *desequilibrio isleño*. Així és que proposo formalment: que siga el crític el pensionat, que ho necessita més que tu; que l'enviïn a estudiar tot allò que s'ha estudiat del modernisme *a nuestros días* i que si els fondos no escassegen, com a torna, s'hi enviï el *jurisconsulto*.

Amic Gelabert:

Va la darrera carta, no perquè no tengui ganes d'escriure't sinó perquè el públic ja no tendria ganes de llegir-nos.

Com te deia, lo que em falta és experiència. He vist ben clar que no en tenia i he vist més clar que al crític de *La Tarde* n'hi sobra. Tan mal és pecar per més com per menos, i ja veus que em dol fer rebaixes.

Jo em creia, francament, que no li agradaven els teus quadres. Doncs altra vegada m'he errat. Es veu que li agraden i no vol dir-ho. Ell mateix ho confessa: tot és qüestió de represàlies. Parlant de tu, van dir mal de segons qui, que no sé qui són ni tinc ganes de saber-ho. Doncs ara parlant de tu han de reconcentrar la malícia i, guardant-se el criteri ben endintre i fermant la bona fe amb una cadena, vinga gran rebentamenta!

Visca la crítica de bona fe i visca la imparcialitat! i visca el gran Zarathustra! Això és fer crítica sense passió! Això és fer Art! Això és fer anar la ploma amb noblesa! La confessió és de penitent, és d'home verament arrepenit, que fa *santosallí* on li couen les passions! És de vertader pecador estètic! Però quina llàstima, Gelabert! Quina llàstima que no hagués titulat l'article, per coneixement de tothom: *Venganza de agravios aplicados a la pintura ó Gelabert culpable de las críticas ajenas*. Això havia d'haver posat, que, a més de ser un bon títol, hauria fet veure a n'el seu públic que *a pesar* que els teus quadres li agradaven tenia *compromisos políticos* que havia de sacrificar sobre les raons de l'estètica.

No ho va fer així, però ara confessa. Menos mal. Sempre és bo que el pecador s'arrepenteixi. Lo que hi ha, que l'arrepentiment no és prou franc. Confessa que tu saps pintar i, després d'haver fet aquesta obra franca, les emprèn amb mi i amb els meus quadres i altre cop se'ns embranca amb el *modernisme*.

Això d'aquest ditxós modernisme, ja saps que va ser una reacció.

---

<sup>49</sup> *La Almudaina*, 22-I-1904.

Una reacció espiritualista en contra del naturalisme, que espiritualisme hi haurà, passi el que passi i vingui l'art que vingui, per més pedretes que hi tirin tots els crítics de *La Tarde*. Que se n'ha fet la caricatura? I de què no se n'ha fet? I de què no se'n farà? I de quines coses se'n faran, sinó de les que valen la pena? Perquè hi hagi a Barcelona un herbolari d'estil gòtic ningú no negarà que les catedrals siguin hermoses. Perquè hi hagi quadres esfinges al Born, ningú tindrà res a dir de la immensa majestat de l'arquitectura egípcia; perquè el crític de *La Tarde* faci crítica, ningú dirà mai d'en Taine, ni d'en Ruskin, ni d'altres grans crítics; perquè nosaltres, mortals, fem pintura, ningú negarà als immortals que en facin. El modernisme no és de broma, de broma se torna quan en parla l'anticrític de *La Tarde*.

I ara, anem a les preguntes. Que si considero just i equitatiu que l'Ajuntament et pensioni sense haver fet concurs abans? Molt just i molt equitatiu. Primer, perquè t'ho mereixes. Segon, perquè si has trobat opinió per donar-te-la i l'opinió ha vingut de l'Olimpo, per alguna cosa ve de l'Olimpo i no del mercat ni d'un públic que tant se n'hi dóna o, que si se li'n dóna, no ho demostra. Tercer, perquè en aquest Olimpo que dèiem fan opinió i no fan jurat. Figura't, amic Gelabert, un jurat en el concurs amb sis crítics de *La Tarde*! No hi nego la bona fe, però allò de la intel·ligència crec que aniria molt escassa i n'hi ha tants d'aquesta mena de crítics que farien de jurat amb una seriositat pasmosa! I quarta, i ara va la bona: perquè pensionar-te no *quita*, com deia, que en pensionin tants com vulguin, amb jurat, amb concurs, sense, amb concurs i jurat, i sense jurat i concurs. Crec que lo que falten són ganes. Si ganes hi hagués, tant tu com jo n'estaríem molt contents, que prou lloc hi ha per a tothom en el camp de la pintura.

I ara a pintar, i prou controvèrsia. El moviment es demostra caminant, doncs la pintura, pintant. Pensa només que dels teus quadres se'n fan crítiques a *La Tarde* i que d'una crítica a *La Tarde* tu no en podràs fer mai cap quadre.

### 3. Pròlegs de Santiago Rusiñol

Pròleg de Santiago Rusiñol a *Cuentos Lírics*, per Eduardo L. Chavarri, València, Impremta de F. Domènech, 1907.

#### Al lector

Si tu, lector, coneixes y has tractat a n'Eduard Chavarri, no van per tu aquestes quatre paraules. Ja coneixes l'home, y llegint coneixeràs a l'artista; y seria temps perdut explicar-te lo que ja saps y lo qu'et dirà ell mateix en les planes d'aquest llibre. Però si no el tens tractat, o no has tingut ocasió de parlar ab ell, com que jo he tingut la sort de tractar-lo, y molt temps, y en temps de rialles y de llàgrimes, deixa'm dir-te'n alguna cosa.

Lo primer que notaries a n'ell si el coneguessis és que sempre riu, que té l'alegria oberta pera tots els que van a la font de la seva amistad carinyosa; que riu a tota caricatura, que riu a tota paraula ingeniosa, que riu a tot sentiment delicat, que riu estimant, pensant, combatent, com si descarregués a tot lo que passa espurnes de la seva ànima, oberta a tot lo que sia vida. Naturalment qu'al veure'l riure, per poca experiència de la vida que t'hagin carregat els anys, desseguida pensaries una cosa: aquest home que riu tant és un trist, és un sensitiu, és un melencònic; els nervis que gasta per riure, també els gastaria per plorar; d'allí ahont ne puje l'alegria, també'n puja la tristesa; y naturalment, endevinaries lo qu'és fàcil d'endevinar: que l'home que'n l'arpa dels nervis hi té la corda de les rialles, també hi té la de les llàgrimes; y que per ser artista, y que per fer llibres, lo primer que's necessita és tenir arpa.

Lo que pot ser no endivinaries tan fàcilment, coneixent a n'en Chavarri, és qu'aquest xicot tan expansiu, tan franc, tan ple de bondat, siga en el fons de tot un *rebelde*; y si no s'hagués fet mal ús de la paraula, m'atreviria a dir... que un anarquista.

Naturalment que no ho és *de acció*, que no és dels qu'ens volen fer felissos per l'enginy de la balística, y les ventatjes dels explosius y el terror *bien entendido*; naturalment que no és d'aquells que volen capgirar la societat per medi de la convicció forzosa y l'insinuació violenta; que no és dels que't volen redimir, vullgues que no, y caigui'l que caigui. Però com que no és un home que s'avingui a lo que li hajin ensenyat de petit; com que és un home que no està conforme en lo que volen casi sempre les invulnerables majories; com que no és home de sufragi universal, ni d'universal, ni de sufragi; com qu'és home que va a la seva, encara que els altres no vagin a la d'ell; com que no va a lloguer d'idees, sinó que té el seu hortet bon conreuat; com que'ls crits de la multitud no l'aturdeixen, ni les empentes el pertorben, ni el poble sobirà l'emborratja, ni els sermons vuits el convencen; y com que de tot això'n protesta, y'n protesta, no cridant, sinó rient, per això dihem qu'és un rebelde.

Y'n protesta per lo qu'ell té més afició: per l'art. A Chavarri, com a tots els esperits triats que's troven a cada poble, li passa una cosa sapiguda: quand arriba una idea nova, d'aquelles que fan riure a tothom, ell es posa serio y l'ampara, y quan la multitud se la fa seua, y l'ha matxucada prou, y l'ha passat per baquetes, y ha acabat per pendre-se'l en serio, allavoras ell se'n riu, perquè ja no té la forma de lo qu'era.

Quan al seu poble casi no hi havia wagneristas, ell n'era un, y ferm, y valent, y aquí caic y allí m'aixeco, anava predicant la doctrina com un peregrí del *Tannhauser*; y quan-se'n van apoderar las orgas, ja casi tenia ganes de no ser-ne. Quan es va aixecar aquella bandera que vam comensar a dir-ne modernisme, ell va ser un dels "abanderados"; y ara que ja fins les planxadores, y els barbers, y las castanyeras tenen tendes modernistes, ha dexat la senyera a casa y no més la trau els dies de festa.

En Chavarri és dels que veuen les idees pures, y las estima per la puresa; però el dia que s'arrossegan, y la multitud se n'apodera, y les enfanga pel carrer, allavoras se n'aparta, y com que no té forsa per salvar-les, s'allunya mitj rient de pena.

El llibre que vas a llegir és rebelde, y ho és per lo que menys et penses: ho és perquè està escrit en sèrio, en l'hermosa, y frescal, y oberta llengua llemosina. A València, ahont no més s'ha escrit en vers, o en broma, o pel teatre, posar-se a escriure en prosa sèria és una gran rebelió, que tant de bo per València y per l'art vagi trovant molts exemples. En Chavarri ha arribat a

entendre que quan se vol fer parlar el cor, se'l té de fer parlar com ell parla, qu'és la llengua que sap parlar del cert, perquè no l'ha apresca en diccionaris, sinó que la ha apresca al bressol; que quan la lletra surt de l'ànima, no cunulta ab l'Acadèmia, perquè això de l'Acadèmia, que sap tantes y tantes coses, no'n sap una paraula de l'ànima; que quan se vol parlar ab el seu poble, no se li pot parlar traduït, si es vol qu'el poble senti la flaire que porta cada paraula; que si's vol plorar *verídic* y que les llàgrimes surtin llàgrimes en contes de sospirs retòrics, han d'anar dels ulls a la ploma sense qu'el pensament les axugui volguent cercar la traducció; y que, si les rialles han de ser fresques, no's poden posar en conserva; y qu'el riure no pot ser de *lata*, sinó fruita primaverat de la qu'es cull a cada poble.

En Chavarri ha comprès també que tots els escriptors valencians, com els catalans, com els mallorquins, quan volen escriure en castellà, o en saben poc o en saben massa. Si en saben poc, menos mal: resulta una traducció, y com a traducció ens els passem; però si n'arriben a saber massa, de tant passar les idees del cervell al diccionari, del diccionari al paper, del paper al retoc, del retoc a la por de ser incorrecte, y de la incorrecció a la correcció, aixís que surten de l'imprenta ja no són idees nuas, sanas fresques, com quan han naixcut, sinó idees vestides ab toga o uniforme acadèmic: ¡pobres idees disfressades ab roba qu'els ve baldera!... Y com qu'ha comprès això ha escrit en valencià.

Si els fills han sortit de la terra, ja ho veuràs tu mateix, lector. Jo no et vull destorbar més. Obre la porta d'aquest llibre, y entra, y no't doldrà d'haber entrat. La flaire de tarongina que sentiràs pel camí és ben bé flaire de València.



## APÈNDIX V: 1908-1931

### 1. El *Glosari* de Xarau a *L'Esquella de la Torratxa* (1907-1925). Índex

#### 1907

1. "Glosari", *LET*, núm. 1486, 21-VI-1907, p. 406
2. "Glosari", *LET*, núm. 1487, 28-VI-1907, p. 422-424
3. "Glosari", *LET*, núm. 1488, 5-VII-1907, p. 437-438
4. "Glosari", *LET*, núm. 1489, 12-VII-1907, p. 456
5. "Glosari", *LET*, núm. 1490, 19-VII-1907, p. 470
6. "Glosari", *LET*, núm. 1491, 26-VII-1907, p. 488
7. "Glosari", *LET*, núm. 1492, 2-VIII-1907, p. 502-504
8. "Glosari", *LET*, núm. 1493, 9-VIII-1907, p. 518-519
9. "Glosari", *LET*, núm. 1495, 23-VIII-1907, p. 549. Recollit dins XARAU, *Glosari*, Barcelona, Antoni López ed., s.d. (1915), p.25-26, amb el títol "París.-La Santa Mandra".
10. "Glosari", *LET*, núm. 1496, 30-VIII-1907, p. 565-566
11. "Glosari", *LET*, núm. 1497, 6-IX-1907, p. 584

12. "Glosari", *LET*, núm. 1498, 13-IX-1907, p. 597-598
13. "Glosari", *LET*, núm. 1499, 20-IX-1907, p. 615. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 27-28, amb el títol "Poesia pràctica".
14. "Glosari", *LET*, núm. 1500, 27-IX-1907, p. 629-630
15. "Glosari", *LET*, núm. 1501, 4-X-1907, p. 645-646
16. "Glosari", *LET*, núm. 1502, 11-X-1907, p. 662
17. "Glosari", *LET*, núm. 1503, 18-X-1907, p. 678
18. "Glosari", *LET*, núm. 1504, 25-X-1907, p. 693
19. "Glosari", *LET*, núm. 1505, 1-XI-1907, p. 710. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p.29-30, amb el títol "Dormim-hi".
20. "Glosari", *LET*, núm. 1506, 8-XI-1907, p. 726-727
21. "Glosari", *LET*, núm. 1507, 15-XI-1907, p. 743-744
22. "Glosari", *LET*, núm. 1509, 29-XI-1907, p. 775
23. "Glosari", *LET*, núm. 1510, 6-XII-1907, p. 791-792
24. "Glosari", *LET*, núm. 1511, 13-XII-1907, p. 805-806
25. "Glosari", *LET*, núm. 1512, 20-XII-1907, p. 821
26. "Glosari", *LET*, núm. 1513, 27-XII-1907, p. 838

1908

27. "Glosari", *LET*, núm. 1514, 3-I-1908, p. 22-23

28. "Glosari", *LET*, núm. 1515, 10-I-1908, p. 38-39. Recollit a XARAU, *Glosari*, p. 31-34, amb el títol "El Congrés vist per sobre".

29. "Glosari", *LET*, núm. 1516, 17-I-1908, p. 54

30. "Glosari", *LET*, núm. 1517, 24-I-1908, p. 68

31. "Glosari", *LET*, núm. 1518, 31-I-1908, p. 85-86

32. "Glosari", *LET*, núm. 1520, 14-II-1908, p. 119-120

33. "Glosari", *LET*, núm. 1521, 21-II-1908, p. 134

34. "Glosari", *LET*, núm. 1522, 28-II-1908, p. 152. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 7-9, amb el títol "Entre glosadors".

35. "Glosari", *LET*, núm. 1523, 6-III-1908, p. 165. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p.11-14, amb el títol "Crisi".

36. "Glosari", *LET*, núm. 1524, 13-III-1908, p. 183

37. "Glosari", *LET*, núm. 1525, 20-III-1908, p. 197-198. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 15-18, amb el títol "Salva l'ànima però no atropellis".

38. "Glosari", *LET*, núm. 1526, 27-III-1908, p. 213-214. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 43-45, amb el títol "Les regidores".

39. "Glosari", *LET*, núm. 1527, 3-IV-1908, p. 228-229. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 39-41, amb el títol "L'art mecànic".
40. "Glosari", *LET*, núm. 1528, 10-IV-1908, p. 247. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 35-37, amb el títol "El ball polític".
41. "Glosari", *LET*, núm. 1529, 17-IV-1908, p. 262-263. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 47-50, amb el títol "Els senyors del *subsuelo*".
42. "Glosari", *LET*, núm. 1530, 24-IV-1908, p. 277-278. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 51-53, amb el títol "Educació física".
43. "Glosari", *LET*, núm. 1531, 1-V-1908, p. 294. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 55-57, amb el títol "Firmes perdudes".
44. "Glosari", *LET*, núm. 1532, 8-V-1908, p. 310-311. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 59-60, amb el títol "Qui dia passa any empeny".
45. "Glosari", *LET*, núm. 1533, 15-V-1908, p. 324-325
46. "Glosari", *LET*, núm. 1535, 29-V-1908, p. 359-360
47. "Glosari", *LET*, núm. 1536, 5-VI-1908, p. 374-375. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 61-64, amb el títol "Ni les ermites".
48. "Glosari", *LET*, núm. 1537, 12-VI-1908, p. 389-390
49. "Glosari", *LET*, núm. 1538, 19-VI-1908, p. 405. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 65-66, amb el títol "Compreu paperets!".
50. "Glosari", *LET*, núm. 1539, 26-VI-1908, p. 421-422

51. "Glosari", *LET*, núm. 1540, 3-VII-1908, p. 437-438
52. "Glosari", *LET*, núm. 1541, 10-VII-1908, p. 452-453. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 67-69, amb el títol "Cercant la fresca".
53. "Glosari", *LET*, núm. 1542, 17-VII-1908, p. 470. Recollit a XARAU, *Glosari*, p. 19-20, amb el títol "Fent pàtria".
54. "Glosari", *LET*, núm. 1543, 24-VII-1908, p. 485-486. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 71-73, amb el títol "Filosofia barata".
55. "Glosari", *LET*, núm. 1544, 31-VII-1908, p. 502-503. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 75-77, amb el títol "*Volverán las oscuras...*".
56. "Glosari", *LET*, núm. 1545, 7-VIII-1908, p. 517-519. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 79-81, amb el títol "L'estiu artificial".
57. "Glosari", *LET*, núm. 1546, 14-VIII-1908, p. 532
58. "Glosari", *LET*, núm. 1547, 21-VIII-1908, p. 549-550. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 83-86, amb el títol "Bèsties i modes".
59. "Glosari", *LET*, núm. 1548, 28-VIII-1908, p. 567-569
60. "Glosari", *LET*, núm. 1549, 4-IX-1908, p. 580-581. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 87-89, amb el títol "Quadros vells".
61. "Glosari", *LET*, núm. 1550, 12-IX-1908, p. 597
62. "Glosari", *LET*, núm. 1551, 18-IX-1908, p. 614-615. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 91-93.

63. "Glosari", *LET*, núm. 1552, 25-IX-1908, p. 629-631. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 95-99, amb el títol "Excomunicant".
64. "Glosari", *LET*, núm. 1553, 2-X-1908, p. 645. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 101-104, amb el títol "Malures d'higiene".
65. "Glosari", *LET*, núm. 1554, 9-X-1908, p. 662-663. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 105-106, amb el títol "Un riu obrer".
66. "Glosari", *LET*, núm. 1555, 16-X-1908, p. 677-679. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 107-111, amb el títol "Acadèmies de secà".
67. "Glosari", *LET*, núm. 1556, 23-X-1908, p. 693
68. "Glosari", *LET*, núm. 1557, 30-X-1908, p. 710-711
69. "Glosari", *LET*, núm. 1558, 6-XI-1908, p. 725-726
70. "Glosari", *LET*, núm. 1559, 13-XI-1908, p. 742-743
71. "Glosari", *LET*, núm. 1560, 20-XI-1908, p. 757
72. "Glosari", *LET*, núm. 1561, 31-XI-1908, p. 775
73. "Glosari", *LET*, núm. 1562, 4-XII-1908, p. 789-790
74. "Glosari", *LET*, núm. 1563, 11-XII-1908, p. 806
75. "Glosari", *LET*, núm. 1564, 18-XII-1908, p. 821-822
76. "Glosari", *LET*, núm. 1565, 23-XII-1908, p. 837-838

77. "Glosari: En Pere Romeu", *LET*, núm. 1566, 31-XII-1908, p. 856-857.  
Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 113-116 amb el mateix títol.

**1909**

78. "Glosari", *LET*, núm. 1567, 8-I-1909, p. 20

79. "Glosari: En Dionís Puig", *LET*, núm. 1568, 15-I-1909, p. 36.

80. "Glosari: Les *Cançons d'infants* de Na Narcisa Freixa", *LET*, núm. 1569, 22-I-1909, p. 54

81. "Glosari: La Creu Roja de la Reforma", *LET*, núm. 1570, 29-I-1909, p. 70-71. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 117-119, amb el títol "Relíquies urbanes".

82. "Glosari", *LET*, núm. 1571, 5-II-1909, p. 87-88. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 121-124, amb el títol "Nevades casolanes".

83. "Glosari: Parlem de *La intel·lectual*", *LET*, núm. 1573, 19-II-1909, p. 117-118

84. "Glosari: Una mare", *LET*, núm. 1575, 5-III-1909, p. 150-151. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 21-22.

85. "Glosari: Els pobres arbres", *LET*, núm. 1576, 12-III-1909, p. 168-170. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 125-127, amb el títol "La festa dels podadors de l'arbre".

86. "Glosari: Versos d'en Joan Alcover", *LET*, núm. 1577, 18-III-1909, p. 181-182

87. "Glosari", *LET*, núm. 1578, 26-III-1909, p. 199-200



88. "Glosari: Progrés a mitges", *LET*, núm. 1579, 2-IV-1909, p. 214-216. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 129-132, amb el títol "Avenç de pobre".
89. "Glosari: El multinòmetre", *LET*, núm. 1580, 9-IV-1909, p. 234-235
90. "Glosari: Les traduccions", *LET*, núm. 1581, 16-IV-1909, p. 245-246. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 133-136, amb el títol "Traduccions trascendentals".
91. "Glosari: El tragí d'En Blasco Ibáñez", *LET*, núm. 1582, 23-IV-1909, p. 262-263
92. "Glosari: La colla del llegum", *LET*, núm. 1583, 30-IV-1909, p. 276-278. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 137-140, amb el títol "Blederies".
93. "Glosari: El glosador vota", *LET*, núm. 1584, 7-V-1909, p. 295-296. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 141-143, amb el títol "El dret del vot".
94. "Glosari: Fent pàtria", *LET*, núm. 1585, 14-V-1909, p. 312-314. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 149-153, amb el títol "Millorant la raça".
95. "Glosari", *LET*, núm. 1586, 21-V-1909, p. 337-338
96. "Glosari: Tot badant", *LET*, núm. 1587, 28-V-1909, p. 349-350. Recollit dins XARAU, *Glosari*, 23-24.
97. "Glosari: L'art per a tots", *LET*, núm. 1588, 4-VI-1909, p. 366-367. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 145-147, amb el títol "Art oficial".
98. "Glosari: L'Albéniz", *LET*, núm. 1589, 11-VI-1909, p. 332
99. "Glosari: Les dames grises", *LET*, núm. 1590, 18-VI-1909, p. 397-398.

Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 155-157, amb el títol "Monges grises".

100. "Glosari: Fogueres patriòtiques", *LET*, núm. 1591, 25-VI-1909, p. 418-419

101. "Glosari", *LET*, núm. 1592, 2-VII-1909, p. 431

102. "Glosari: Jocs Florits de la bellesa", *LET*, núm. 1593, 9-VII-1909, p. 446-447

103. "Glosari: Lo del mot", *LET*, núm. 1595, 23-VII-1909, p. 478-479

#### Andalusia

104. "Glosari: La guitarra", *LET*, núm. 1596, 30-VII-1909, p. 498-499.  
Recollit a XARAU, *Glosari*, p. 159-163, amb el títol "Flaires i sorolls".

105. "Glosari: El club d'en Guerrita", *LET*, núm. 1597, 6-VIII-1909, p. 511-514. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 165-168, amb el títol "El club de l'hèroe".

106. "Glosari: Entre germans", *LET*, núm. 1598, 13-VIII-1909, p. 526.  
Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 169-170, amb el títol "Una venjança".

107. "Glosari: L'exèrcit de l'aquarel·la", *LET*, núm. 1599, 20-VIII-1909, p. 544-545. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 171-174, amb el títol "Les dones d'aigua".

108. "Glosari", *LET*, núm. 1600, 27-VIII-1909, p. 562-563

109. "Glosari: La qüestió del treball", *LET*, núm. 1601, 3-IX-1909, p. 574-

576. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 175-178, amb el títol "Gent d'estisora".
110. "Glosari: Moros de bé", *LET*, núm. 1602, 10-IX-1909, p. 589-590.  
Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 179-181, amb el títol "Veritats moresques".
111. "Glosari: La guerra al xiprer", *LET*, núm. 1603, 17-IX-1909, p. 608-609.  
Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 183-185.
112. "Glosari: L'alegria andalusa", *LET*, núm. 1604, 25-IX-1909, p. 622-625.  
Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 187-190.
113. "Glosari: *El personas*", *LET*, núm. 1605, 1-X-1909, p. 638-639. Recollit  
dins XARAU, *Glosari*, p. 191-195.
114. "Glosari: Medicació andalusa", *LET*, núm. 1606, 8-X-1909. Recollit dins  
XARAU, *Glosari*, p. 197-199.
115. "Glosari", *LET*, núm. 1607, 15-X-1909, p. 668
116. "Glosari: La casa del viudo", *LET*, núm. 1608, 22-X-1909, p. 685-687.  
Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 201-204.
117. "Glosari: L'urbanisació de l'Alhambra", *LET*, núm. 1609, 29-X-1909, p.  
701-702
118. "Glosari: El *gazpacho*", *LET*, núm. 1610, 5-XI-1909, p, 718-719.  
Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 205-207.
- 
119. "Glosari: De Teatre Català", *LET*, núm. 1611, 12-XI-1909, p. 733-734
120. "Glosari: De política", *LET*, núm. 1612, 19-XI-1909, p. 751-753

121. "Glosari", *LET*, núm. 1613, 26-XI-1909, p. 766-767. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 209-211, amb el títol "Ceràmica d'Empúries".
122. "Glosari", *LET*, núm. 1614, 3-XII-1909, p. 783-786
123. "Glosari: A un candidat amic", *LET*, núm. 1615, 10-XII-1909, p. 799-802
124. "Glosari", *LET*, núm. 1616, 17-XII-1909, p. 816
125. "Glosari: Un pessebre curiós", *LET*, núm. 1617, 24-XII-1909, p. 831
126. "Glosari: 31 de desembre", *LET*, núm. 1618, 31-XII-1909, p. 846

## 1910

127. "Glosari", *LET*, núm. 1619, 7-I-1910, p. 7-8

128. "Glosari", *LET*, núm. 1620, 14-I-1910, p. 24

129. "Glosari: Manifestacions y números", *LET*, núm. 1621, 21-I-1910, p. 40

130. "Glosari: *Le ton fait la chanson*", *LET*, núm. 1622, 28-I-1910, p. 58

131. "Glosari: Sobre l'exposició d'en Nonell", *LET*, núm. 1623, 4-II-1910, p. 70

132. "Glosari: El sacerdocí de la crítica", *LET*, núm. 1624, 11-II-1910, p. 87-88. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 209-216.

133. "Glosari: Més de la crisi teatral", *LET*, núm. 1625, 18-II-1910, p. 102-103

134. "Glosari: Orientacions polítiques", *LET*, núm. 1626, 27-II-1910, p. 119-120

135. "Glosari: La crisi a Montserrat", *LET*, núm. 1627, 4-III-1910, p. 135. Recollit dins XARAU, *Glosari*, p. 217-219.

136. "Glosari: Del Born a Bruseles", *LET*, núm. 1628, 11-III-1910, p. 152

137. "Glosari: *Dichoso aquel que tiene...*", *LET*, núm. 1629, 18-III-1910, p. 168-169

138. "Glosari: *La visita al Cascarón*", *LET*, núm. 1630, 25-III-1910, p. 183-184

139. "Glosari: Una *pecadora* i un *Crec-en-un-Déu*", *LET*, núm. 1631, 1-IV-1910, p. 200-201
140. "Glosari: El *Canigó* a Figueres", *LET*, núm. 1632, 8-IV-1910, p. 216
141. "Glosari: *Chantecler ...y prou*", *LET*, núm. 1633, 15-IV-1910, p. 232-234
142. "Glosari: Varios... a... caja", *LET*, núm. 1634, 22-IV-1910, p. 246
143. "Glosari: El programa de les festes", *LET*, núm. 1635, 29-IV-1910, 263
144. "Glosari: A l'hora del apat", *LET*, núm. 1636, 6-V-1910, p. 279-280
145. "Glosari: Un rei *charmant*", *LET*, núm. 1637, 13-V-1910, p. 293-294
146. "Glosari: La nit fatal", *LET*, núm. 1638, 20-V-1910, p. 309
147. "Glosari: Compreu paperets!", *LET*, núm. 1639, 27-V-1910, p. 328
148. "Glosari: Retrats exposats", *LET*, núm. 1640, 3-VI-1910, p. 343-346.
149. "Glosari: Els *pesos*", *LET*, núm. 1641, 10-VI-1910, p. 359-360
150. "Glosari: Esperit de manifestació", *LET*, núm. 1642, 17-VI-1910, p. 374-375
151. "Glosari: Paraules y obres", *LET*, núm. 1643, 24-VI-1910, p. 392
152. "Glosari: El vot de gràcies", *LET*, núm. 1644, 1-VII-1910, p. 410
153. "Glosari: Tots policies", *LET*, núm. 1645, 8-VII-1910, p. 424-426

154. "Glosari: Bustos y estatués", *LET*, núm. 1646, 15-VII-1910, p. 442-443
155. "Glosari: La por", *LET*, núm. 1647, 22-VII-1910, p. 455
156. "Glosari: Llibres y llegidors", *LET*, núm. 1648, 29-VII-1910, p. 472-474
157. "Glosari: Papers ridículs", *LET*, núm. 1649, 5-VIII-1910, p. 488
158. "Glosari: Una cullerada... cada quatre hores", *LET*, núm. 1650, 12-VIII-1910, p. 503-504
159. "Glosari: Margaritas a puercos", *LET*, núm. 1651, 19-VIII-1910, p. 522
160. "Glosari: Precaucions", *LET*, núm. 1652, 26-VIII-1910, p. 536
161. "Glosari: Septembral", *LET*, núm. 1653, 2-IX-1910, p. 551-552
162. "Glosari: El dret de vagar", *LET*, núm. 1654, 9-IX-1910, p. 570
163. "Glosari: 606", *LET*, núm. 1655, 16-IX-1910, p. 585-586
164. "Glosari: *Dies irae*", *LET*, núm. 1656, 23-IX-1910, p. 600
165. "Glosari: Un crim", *LET*, núm. 1657, 30-IX-1910, p. 616
166. "Glosari: Paladística", *LET*, núm. 1658, 7-X-1910, p. 630
167. "Glosari: Aniversaris", *LET*, núm. 1659, 14-X-1910, p. 647-650
168. "Glosari: *De sociedad*", *LET*, núm. 1660, 21-X-1910, p. 663-666
169. "Glosari: La tradició", *LET*, núm. 1661, 28-X-1910, p. 683-684

170. "Glosari: Susceptibilitat dimissionària", *LET*, núm. 1662, 4-XI-1910, p. 695-696
171. "Glosari: Una visita al metge", *LET*, núm. 1663, 11-XI-1910, p. 712
172. "Glosari: En pro de la beguda", *LET*, núm. 1664, 18-XI-1910, p. 726
173. "Glosari: Art de Viena", *LET*, núm. 1665, 25-XI-1910, p. 744-746
174. "Glosari: Els hidròpics", *LET*, núm. 1666, 2-XII-1910, p. 758-759
175. "Glosari: Un *prometeus* que promet", *LET*, núm. 1667, 9-XII-1910, p. 773-774
176. "Glosari: Pells", *LET*, núm. 1668, 16-XII-1910, p. 791-792
177. "Glosari: Nadal", *LET*, núm. 1669, 23-XII-1910, p. 808-810
178. "Glosari: Manaments", *LET*, núm. 1670, 30-XII-1910, p. 824



## 1911

79. "Glosari: 1911", *LET*, núm. 1671, 6-I-1911, p. 10-11
180. "Glosari: Gnosis y no Pistis", *LET*, núm. 1672, 13-I-1911, p. 21-22
181. "Glosari: A la vaga", *LET*, núm. 1673, 20-I-1911, p. 38-39
182. "Glosari: Un recó típic", *LET*, núm. 1674, 27-I-1911, p. 53-54
183. "Glosari: El forn de Sant Jaume", *LET*, núm. 1675, 3-II-1911, p. 72
184. "Glosari: Jardins de claustre", *LET*, núm. 1676, 10-II-1911, p. 85
185. "Glosari: En Jaume Capdevila", *LET*, núm. 1677, 17-II-1911, p. 101-102
186. "Glosari: 200 francs d'elevació", *LET*, núm. 1678, 24-II-1911, p. 120-122
187. "Glosari: Al bacallà (oda clàssica)", *LET*, núm. 1679, 3-III-1911, p. 138
188. "Glosari: Un home valent", *LET*, núm. 1680, 10-III-1911, p. 150
189. "Glosari: Del lecho del dolor", *LET*, núm. 1681, 17-III-1911, p. 166
190. "Glosari: Tarde y con daño", *LET*, núm. 1682, 24-III-1911, p. 182-183
191. "Glosari: Aspergis", *LET*, núm. 1683, 30-III-1911, p. 197-198
192. "Glosari: El progrés i les criatures", *LET*, núm. 1684, 7-IV-1911, p. 217-218

193. "Glosari: L'ambient", *LET*, núm. 1685, 14-IV-1911, p. 232
194. "Glosari: Quatre *tantos* per un *goal*", *LET*, núm. 1686, 21-IV-1911, p. 246-247
195. "Glosari: El primer barret de palla", *LET*, núm. 1687, 28-IV-1911, p. 263
196. "Glosari: La talla de l'exposició", *LET*, núm. 1688, 5-V-1911, p. 280-281
197. "Glosari: Els putxinel·lis d'en Bagaria", *LET*, núm. 1689, 12-V-1911, p. 296
198. "Glosari: Comèdies de senyors", *LET*, núm. 1690, 19-V-1911, p. 312-314
199. "Glosari: Fullaraca al vent", *LET*, núm. 1691, 26-V-1911, p. 326-327
200. "Glosari: Vedrines", *LET*, núm. 1692, 2-VI-1911, p. 343-344
201. "Glosari: El miracle de tanda", *LET*, núm. 1693, 9-VI-1911, p. 360
202. "Glosari: Beaumont.-Pío X.-Rostand", *LET*, núm. 1694, 16-VI-1911, p. 376-377
203. "Glosari: Qüestions de vida o mort", *LET*, núm. 1695, 22-VI-1911, p. 393
204. "Glosari: El sombrero - El sombrero...", *LET*, núm. 1696, 30-VI-1911, p. 408

205. "Glosari: Un poble a dins d'un pis", *LET*, núm. 1697, 7-VII-1911, p. 424
206. "Glosari: El debut de l'Apeles Mestres", *LET*, núm. 1698, 14-VII-1911, p. 442
207. "Glosari: Una lliga", *LET*, núm. 1699, 21-VII-1911, p. 445-446
208. "Glosari: De la galanteria en els tramvies", *LET*, núm. 1700, 28-VII-1911, p. 472

### Estiuejant

209. "Glosari: Estiuejant", *LET*, núm. 1701, 4-VIII-1911, p. 486-487
210. "Glosari: Estiuejant", *LET*, núm. 1702, 11-VIII-1911, p. 502-503
211. "Glosari: Estiuejant", *LET*, núm. 1703, 18-VIII-1911, p. 519-520
212. "Glosari: Estiuejant", *LET*, núm. 1704, 25-VIII-1911, p. 534-535
213. "Glosari: Estiuejant", *LET*, núm. 1705, 1-IX-1911, p. 550-551
214. "Glosari: Intermezzo", *LET*, núm. 1706, 8-IX-1911, p. 568
215. "Glosari: Estiuejant", *LET*, núm. 1707, 15-IX-1911, p. 582
216. "Glosari: Estiuejant", *LET*, núm. 1708, 22-IX-1911, p. 600
- 
217. "Glosari: Una qüestió prèvia", *LET*, núm. 1709, 29-IX-1911, p. 616-617

218. "Glosari: Trípoli?...Trípoli?", *LET*, núm. 1710, 6-X-1911, p. 629
219. "Glosari: Els esvera-burgesos", *LET*, núm. 1711, 13-X-1911, p. 647-648
220. "Glosari: L'amic de l'home", *LET*, núm. 1712, 20-X-1911, p. 664
221. "Glosari: Rodamón", *LET*, núm. 1713, 27-X-1911, p. 678-679
222. "Glosari: La santa dèria d'escriure drames", *LET*, núm. 1714, 3-XI-1911, p. 696

### **La Manxa**

223. "Glosari: Hegemonia", *LET*, núm. 1715, 10-XI-1911, p. 710
224. "Glosari: El dinar an en Bombita", *LET*, núm. 1716, 17-XI-1911, p. 727-728
225. "Glosari: La pareja", *LET*, núm. 1717, 24-XI-1911, p. 742-743
226. "Glosari: Governadors", *LET*, núm. 1718, 1-XII-1911, p. 759-760
227. "Glosari: Obriu, que volem entrar!", *LET*, núm. 1719, p. 774-775
228. "Glosari: De la fotografia y dels processats", *LET*, núm. 1720, 15-XII-1911, p. 791-792
229. "Glosari: Les fàbriques de divertir-se", *LET*, núm. 1721, 22-XII-1911, p. 808

230. "Glosari: Els sants ignocents", *LET*, núm. 1722, 29-XII-1911, p. 822-824

1912

231. "Glosari: Diàleg", *LET*, núm. 1723, 4-I-1912, p. 18
232. "Glosari: Sentimentals", *LET*, núm. 1724, 12-I-1912, p. 32
233. "Glosari: La dida", *LET*, núm. 1725, 19-I-1912, p. 50
234. "Glosari", *LET*, núm. 1726, 26-I-1912, p. 64
235. "Glosari: Una visita fallida", *LET*, núm. 1727, 2-II-1912, p. 79
236. "Glosari: La tos y els concerts de música", *LET*, núm. 1728, 9-II-1912, p. 96
237. "Glosari: La vaga de València", *LET*, núm. 1729, 16-II-1912, p. 111
238. "Glosari: Sports d'hivern", *LET*, núm. 1730, 23-II-1912, p. 127-130
239. "Glosari: Un jardí a València", *LET*, núm. 1732, 8-III-1912, p. 167
240. "Glosari: Gazetilles", *LET*, núm. 1733, 15-III-1912, p. 184
241. "Glosari: Vinguen ossos", *LET*, núm. 1734, 22-III-1912, p. 199-200
242. "Glosari: En Eugeni Noel", *LET*, núm. 1735, 29-III-1912, p. 214-215
243. "Glosari: A l'hora de l'àpat", *LET*, núm. 1736, 6-IV-1912, p. 229-230
244. "Glosari: La batalla de l'arròs", *LET*, núm. 1737, 12-IV-1912, p. 248
245. "Glosari: El tren de Sòller", *LET*, núm. 1738, 19-IV-1912, p. 263-266

246. "Glosari: L'ànima de Catalunya", *LET*, núm. 1739, 26-IV-1912, p. 279
247. "Glosari: L'Hospital de Sitges", *LET*, núm. 1740, 3-V-1912, p. 293-294
248. "Glosari: Glòria als que cauen", *LET*, núm. 1741, 10-V-1912, p. 305-309
249. "Glosari: Mossèn Pedregosa", *LET*, núm. 1742, 17-V-1912, p. 327-330
250. "Glosari: Setmana artística", *LET*, núm. 1743, 24-V-1912, p. 342-343
251. "Glosari: Regeneradors", *LET*, núm. 1744, 31-V-1912, p. 354-355
252. "Glosari: En Pérez Galdós", *LET*, núm. 1745, 7-VI-1912, p. 375-376
253. "Glosari: ¡La Glòria!", *LET*, núm. 1746, 14-VI-1912, p. 393
254. "Glosari: Voliaina", *LET*, núm. 1747, 21-VI-1912, p. 408
255. "Glosari: La democràcia i el cine", *LET*, núm. 1748, 28-VI-1912, p. 423-424
256. "Glosari: El darrer solidari", *LET*, núm. 1749, 5-VII-1912, p. 440

#### **L'Illa de la calma**

257. "Glosari: I. L'esperar el barco", *LET*, núm. 1750, 12-VII-1912, p. 455-456
258. "Glosari: II. El pendre el sol", *LET*, núm. 1751, 19-VII-1912, p. 470-472

259. "Glosari: III. Es Born", *LET*, núm. 1752, 26-VII-1912, p. 487-489
260. "Glosari: IV. El cafè de la pau", *LET*, núm. 1753, 2-VIII-1912, p. 504-507
261. "Glosari: V. Els carrers estrets", *LET*, núm. 1754, 9-VIII-1912, p. 517-518
262. "Glosari: VI. Els gats", *LET*, núm. 1755, 16-VIII-1912, p. 534-536
263. "Glosari: VII. El mirador", *LET*, núm. 1756, 23-VIII-1912, p. 549-551
264. "Glosari: VIII. La Seu", *LET*, núm. 1757, 30-VIII-1912, p. 567
265. "Glosari: IX. Aquells carrers", *LET*, núm. 1758, 6-IX-1912, p. 581-583
266. "Glosari: X. El Molinar", *LET*, núm. 1759, 13-IX-1912, p. 600
267. "Glosari: XI. El tramvia de la prudència", *LET*, núm. 1760, 20-IX-1912, p. 616-617
268. "Glosari: XII. El tramvia de la prudència (continuació)", *LET*, núm. 1761, 27-IX-1912, p. 630-633
269. "Glosari: XIII. Del "Terreno" a Palma", *LET*, núm. 1762, 11-X-1912, p. 662-664
270. "Glosari: XIV. Les parets llargues", *LET*, núm. 1764, 18-X-1912, p. 674-675
271. "Glosari: XV. Els prenedors de lluna", *LET*, núm. 1765, 25-X-1912, p. 694-696



272. "Glosari: XVI. Els palmesans", *LET*, núm. 1766, 1-XI-1912, p. 712-714

273. "Glosari: XVII. Olles", *LET*, núm. 1767, 8-XI-1912, p. 729-730

274. "Glosari: XVIII. L'"element oficial"", *LET*, núm. 1768, 15-XI-1912, p. 743-744

275. "Glosari: XIX. Botigues de repòs", *LET*, núm. 1769, 22-XI-1912, p. 760-762

276. "Glosari: XX. El ball de "La Protectora"", *LET*, núm. 1770, 29-XI-1912, p. 775-776

277. "Glosari: XXI. La calma de la Quaresma", *LET*, núm. 1771, 6-XII-1912, p. 789-791

---

278. "Glosari: Falta un butxí", *LET*, núm. 1772, 13-XII-1912, p. 807-808

279. "Glosari: La ballena de Sant Feliu", *LET*, núm. 1773, 20-XII-1912, p. 822-823

280. "Glosari: La caixa del *pueblo*", *LET*, núm. 1774, 27-XII-1912, p. 838-840

1913

281. "Glosari: Diversions ab *modos* ", *LET*, núm. 1775, 3-I-1913, p. 21-23
282. "Glosari: El pi de les tres branques, malalt", *LET*, núm. 1776, 10-I-1913, p. 39-40
283. "Glosari: Del natural i De l'aigua municipal", *LET*, núm. 1777, 17-I-1913, p. 56
284. "Glosari: Barcelona, estació d'hivern", *LET*, núm. 1778, 24-I-1913, p. 70-71
285. "Glosari: Disfresses", *LET*, núm. 1779, 31-I-1913, p. 87-88
286. "Glosari: Les burres de la llet", *LET*, núm. 1780, 7-II-1913, p. 103-104
287. "Glosari: Teatre transcendent", *LET*, núm. 1781, 14-II-1913, p. 118-119
288. "Glosari: Déu vos dó bon dia", *LET*, núm. 1782, 21-II-1913, p. 136

#### L'illa blanca

289. "Glosari: Ivica", *LET*, núm. 1783, 28-II-1913, p. 152
290. "Glosari: La badia", *LET*, núm. 1784, 7-III-1913, p. 168
291. "Glosari: L'illa interior", *LET*, núm. 1785, 14-III-1913, p. 182
292. "Glosari: Els escavadors"; *LET*, núm. 1786, 21-III-1913, p. 201-202

293. "Glosari: La força de la ensaïmada", *LET*, núm. 1787, 21-III-1913, p. 201-202

294. "Glosari: Els murs d'Iviça", *LET*, núm. 1788, 4-IV-1913, p. 230

---

295. "Glosari: De cóm no s'ha d'exagerar en el robament", *LET*, núm. 1789, 11-IV-1913, p. 259-262

296. "Glosari: Els Ivicencs", *LET*, núm. 1790, 18-IV-1913, p. 280-281

297. "Glosari: Música de l'esdevenidor", *LET*, núm. 1791, 25-IV-1913, p. 294-295

298. "Glosari: Avantatges de la guillotina", *LET*, num. 1792, 2-V-1913, p. 312

299. "Glosari: Educació a l'americana", *LET*, núm. 1793, 9-V-1913, p. 331

300. "Glosari: Seguim sense teatre", *LET*, núm. 1794, 16-V-1913, p. 342

301. "Glosari: Sports nous", *LET*, núm. 1795, 23-V-1913, p. 358-359

#### Madrid i Aranjuez

302. "Glosari: Què tant règim!", *LET*, núm. 1796, 30-V-1913, p. 376-378

303. "Glosari: Del darrer crim", *LET*, núm. 1797, 6-VI-1913, p. 392-393

304. "Glosari: L'estigmatisme del *Greco*", *LET*, núm. 1798, 13-VI-1913, p.406-407

305. "Glosari: Banyes", *LET*, núm. 1799, 20-VI-1913, p. 424
306. "Glosari: Un nou sistema", *LET*, núm. 1800, 27-VI-1913, p. 440
307. "Glosari: La terra i l'espai", *LET*, núm. 1801, 4-VII-1913, p. 454-455
308. "Glosari: Coses que's corquen", *LET*, núm. 1802, 11-VII-1913, p. 472-473
309. "Glosari: Catalans a Iviça", *LET*, núm. 1803, 18-VII-1913, p. 488
310. "Glosari: El dret a la naturalesa", *LET*, núm. 1804, 24-VII-1913, p. 504-505
311. "Glosari: Esperitisme", *LET*, núm. 1805, 1-VIII-1913, p. 520
312. "Glosari: La meca dels cubistes", *LET*, núm. 1806, 8-VIII-1913, p. 538
313. "Glosari: Bòlids que no van a l'hora", *LET*, núm. 1807, 14-VIII-1913, p. 552
- 
314. "Glosari: Corrent l'estiu", *LET*, núm. 1809, 29-VIII-1913, p. 586-587
315. "Glosari: Els gaudisets", *LET*, núm. 1810, 5-IX-1913, p. 599-600
316. "Glosari: La tartana", *LET*, núm. 1811, 12-IX-1913, 616-619
317. "Glosari: El naufragi d'un envelat", *LET*, núm. 1812, 19-IX-1913, p. 631-632

318. "Glosari: La cacera del cinglà", *LET*, núm. 1813, 26-IX-1913, p. 647
319. "Glosari: Toros i avant!", *LET*, núm. 1814, 3-X-1913, p. 664-665
320. "Glosari: Menjar de fonda", *LET*, núm. 1815, 10-X-1913, p. 680
321. "Glosari: Mides preventives", *LET*, núm. 1816, 17-X-1913, p. 696
322. "Glosari: L'aconteixement", *LET*, núm. 1817, 24-X-1913, p. 712-713
323. "Glosari: Els *fenómenos*", *LET*, núm. 1818, 30-X-1913, p. 731-732
324. "Glosari: Els braus s'acaben", *LET*, núm. 1819, 7-XI-1913, p. 743
325. "Glosari: Cinc-cents noranta-vuit patriotes", *LET*, núm. 1820, 14-XI-1913, p. 759-760
326. "Glosari: Un home perfecte", *LET*, núm. 1821, 21-XI-1913, p. 775-776
327. "Glosari: L'anglès de les coses velles", *LET*, núm. 1822, 28-XI-1913, p. 792-794
328. "Glosari: Boicot de gargamelles?", *LET*, núm. 1823, 5-XII-1913, p. 808
329. "Glosari: La festa de l'arbre a Jetafe", *LET*, núm. 1824, 12-XII-1913, p. 823-824
330. "Glosari: Riu avall", *LET*, núm. 1825, 19-XII-1913, p. 839-840
331. "Glosari: Mals pensaments", *LET*, núm. 1826, 24-XII-1913, p. 855-856

1914

332. "Glosari: Mals pensaments", *LET*, núm. 1827, 2-I-1914, p. 6-7
333. "Glosari: Les fàbriques de dides", *LET*, núm. 1827, 2-I-1914, p. 21
334. "Glosari: Projectes", *LET*, núm. 1828, 9-I-1914, p. 40
335. "Glosari: Que s'hi conservini!", *LET*, núm. 1829, 16-I-1914, p. 57
336. "Glosari: Morts que rellisquen", *LET*, núm. 1830, 23-I-1914, p. 71-72
337. "Glosari: Un nom desgraciat", *LET*, núm. 1831, 30-I-1914, p. 90-91
338. "Glosari: L'Isle Soler", *LET*, núm. 1832, 6-II-1914, p. 106-107
339. "Glosari: Abaix el tango!...Abaix *Parsifal!*", *LET*, núm. 1833, 13-II-1914, p. 120-121
340. "Glosari: A votar", *LET*, núm. 1834, 20-II-1914, p. 136
341. "Glosari: Interview amb l'Alomar", *LET*, núm. 1835, 27-II-1914, p. 151-152
342. "Glosari: Visca l'igualtat", *LET*, núm. 1836, 6-III-1914, p. 168
343. "Glosari: El naufrag i l'autoritat", *LET*, núm. 1837, 13-III-1914, p. 184-185
344. "Glosari: La Sèu de Palma i en Gaudí", *LET*, núm. 1838, 20-III-1914, p. 201-202

345. "Glosari: La mort i la justícia", *LET*, núm. 1839, 27-III-1914, p. 215-216
346. "Glosari: el buç", *LET*, núm. 1840, 3-IV-1914, p. 228-229
347. "Glosari: Agna Monner", *LET*, núm. 1841, 10-IV-1914, p. 248-249
348. "Glosari: Raons...socials", *LET*, núm. 1842, 17-IV-1914, p. 262-263
349. "Glosari: Crisis de dones", *LET*, núm. 1843, 24-IV-1914, p. 279-280
350. "Glosari: Visca el *vaudeville!*", *LET*, núm. 1844, 1-V-1914, p. 292-293
351. "Glosari: Coses de *L'avi*", *LET*, núm. 1845, 8-V-1914, p. 310-311
352. "Glosari: Parlant amb el *Gallo*", *LET*, núm. 1846, 15-V-1914, p. 331-332
353. "Glosari: Un bacallà d'honor", *LET*, núm. 1847, 22-V-1914, p. 344-345

#### Coses de Castella

354. "Glosari: La reixa", *LET*, núm. 1848, 29-V-1914, p. 358-359
355. "Glosari: Els borriquets", *LET*, núm. 1849, 5-VI-1914, p. 376
356. "Glosari: Cafès de *camareras*", *LET*, núm. 1850, 12-VI-1914, p. 391-392
357. "Glosari: Un brindis i una orella", *LET*, núm. 1851, 19-VI-1914, p. 406-407

358. "Glosari: El debat polític", *LET*, núm. 1852, 26-VI-1914, p. 422-423

359. "Glosari: Un centre d'inventors", *LET*, núm. 1853, 3-VII-1914, p. 443-444

---

#### **Coses de Barcelona**

360. "Glosari: Un jardí abandonat", *LET*, núm. 1854, 10-VII-1914, p. 455-456

361. "Glosari: Les cabres de la llet", *LET*, núm. 1855, 17-VII-1914, p. 471-472

362. "Glosari: La ràbia", *LET*, núm. 1856, 23-VII-1914, p. 488-489

363. "Glosari: Piçarres i piçarretes", *LET*, núm. 1857, 31-VII-1914, p. 506-507

364. "Glosari: La veu de la ciutat", *LET*, núm. 1858, 7-VIII-1914, p. 519-520

365. "Glosari: Banyes de mar", *LET*, núm. 1859, 13-VIII-1914, p. 535

---

#### **Espurnes de la guerra**

366. "Glosari: Espurnes de la guerra", *LET*, núm. 1860, 21-VIII-1914, p. 552-554

367. "Glosari: Espurnes...", *LET*, núm. 1861, 28-VIII-1914, p. 565-566



368. "Glosari: Espurnes...", *LET*, núm. 1861, 28-VIII-1914, p. 566bis
369. "Glosari: Espurnes...", *LET*, núm. 1862, 4-IX-1914, p. 586-588
370. "Glosari: Espurnes...", *LET*, núm. 1863, 11-IX-1914, p. 600-602
371. "Glosari: Espurnes...", *LET*, núm. 1864, 18-IX-1914, p. 616-619
372. "Glosari: Espurnes...", *LET*, núm. 1865, 25-IX-1914, p. 631-633
373. "Glosari: Espurnes...", *LET*, núm. 1866, 2-X-1914, p. 647-650
374. "Glosari: Espurnes...", *LET*, núm. 1867, 9-X-1914, p. 665
375. "Glosari: Espurnes...", *LET*, núm. 1868, 16-X-1914, p. 682-683
376. "Glosari: Espurnes...", *LET*, núm. 1869, 23-X-1914, p.696-699
377. "Glosari: Espurnes...", *LET*, núm. 1870, 30-X-1914, p. 714-715
378. "Glosari: Espurnes...", *LET*, núm. 1871, 6-XI-1914, p. 726-730
379. "Glosari: Espurnes...", *LET*, núm. 1872, 13-XI-1914, p. 744-746
380. "Glosari: Espurnes...", *LET*, núm. 1873, 20-XI-1914, p. 760-762
381. "Glosari: Espurnes...", *LET*, núm. 1874, 27-XI-1914, p. 776-778
382. "Glosari: Espurnes...", *LET*, núm. 1875, 4-XII-1914, p. 792-793
383. "Glosari: Espurnes...", *LET*, núm. 1876, 11-XII-1914, p. 810

384. "Glosari: Espurnes...", *LET*, núm. 1877, 18-XII-1914, p. 827-828

385. "Glosari: Espurnes...", *LET*, núm. 1878, 23-XII-1914, p. 840-843

386. "Glosari: Espurnes...", *LET*, núm. 1879, 31-XII-1914, p. 856